

GENERAL JOSE DE SAN MARTIN

CARAS y CARETAS

9 DE JULIO
1816 — 1938



LOS PAQUETES CONTIENEN VALES POR MAGNIFICAS BICICLETAS "SPEEDSTER" DE AGAR CROSS y Cía. Ltda.

•

ADEMAS DE LOS GRANDES PREMIOS EN EFECTIVO Y RELOJES MASCOTA CONDAL



Romance del mate

Por

Maruja Vidal Fernández

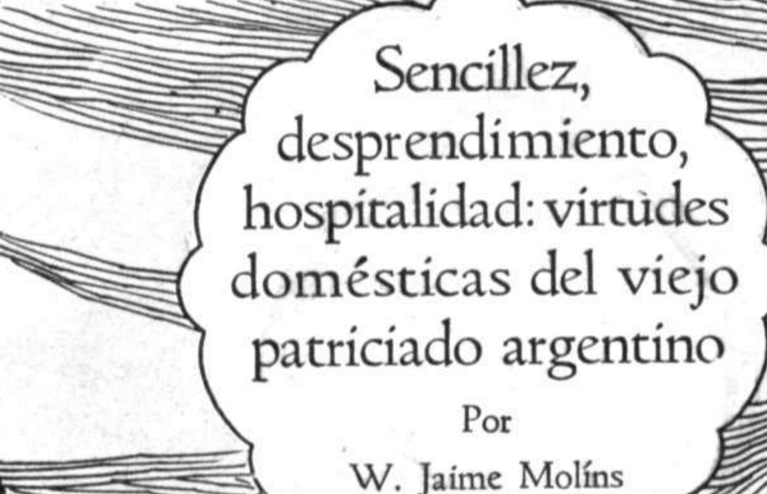
Dibujo de Valdivia

Mate amigo y compañero,
rey porteño del fogón,
que la soledad auyentas
con tu ritmo rezongón.
Mate que inspiras endechas
al lírico payador
cuando canta en la guitarra
los tormentos de su amor.
Del palacio al conventillo
tu sitio siempre es de honor;
del pobre engañas el hambre;
del rico, el ocio traidor.
Como el pan y como el agua,
simple y grato es tu sabor;
quien se aficiona a quererte
no encuentra nada mejor.
De tu popular estirpe
limpio ostentas el blasón;
tu lema es "hijo del pueblo"
y el pueblo te consagró.
El pueblo, a quien viste un día
con patriótico fervor,
luchar por sus libertades,
poner bien alto su honor.
Tú escuchaste de sus himnos
la grandiosa inspiración,
tú marchabas al combate
como el soldado mejor;
fué siempre tu fiel amigo
el héroe Libertador,
y en la lucha o en la tregua
eras una bendición
para los labios sedientos
y el cansado corazón.
Compañero en la vitrina
de mantilla y peinetón,
aromado en las esencias
de yerba, anís y cedrón.
De la mansión solariega
donde eras dueño y señor,
llegabas simple y bohemio
a los barrios del tambor.
De Montserrat las campanas
tocaban a la oración,
rumoreaban los portales
en larga conversación,
y tú ibas de mano en mano
con galleta y chicharrón,
mientras su pregón cantaba
la Santa Federación.
¡Cuántas veces sorprendiste
la oculta cita de amor,
o bajo la airosa capa
el negro puñal traidor!
Premisas tiene de oráculo
tu fiel lenguaje de amor:
muy dulce, "me gustas mucho";
amargo, "¡qué decepción!";
frío, "de mí no te acuerdes";
caliente, "dame tu amor".

Hoy que ya la gran aldea
en urbe se convirtió,
hoy que la ley del progreso
viejas cosas anuló,
tú sigues guardando siempre
tu puesto de vencedor,
y ni el té de los ingleses
ni el chocolate español,
restar pudieron el brillo
de tu larga tradición.

¡Mate amigo y compañero,
rey porteño del fogón!

Maruja Vidal Fernández



Sencillez, desprendimiento, hospitalidad: virtudes domésticas del viejo patriciado argentino

Por

W. Jaime Molíns

Si no fuera que algunos viajeros y cronistas de los tiempos de la Colonia nos han hablado del sentimiento generoso y acogimiento cordial con que las familias criollas de los tiempos que precedieron a la Revolución de Mayo, recibían y agasajaban a los viajeros que llegaban a nuestras tierras — fuera por cuestiones mercantiles, dentro del estrecho límite comercial impuesto por el régimen de la Corona, fuera en tránsito para las costas del Pacífico o para las ciudades del Alto Perú, pródigas en aventuras y munificientes en la magia de sus metales, — podríamos decir que la expresión más castiza, más elocuente, más sintomática de la hospitalidad rioplatense, está documentada, popular y socialmente, a partir de las invasiones inglesas.

Tal aseveración se dijera una paradoja. ¿Pues de qué manera, sino con piedras y agua hirviendo podríamos haber recibido a las huestes de la orgullosa Albión que se metieron como Juan por su casa, en las calles de la indefensa Buenos Aires?... Pero es que aquellas mismas bravas y garridas criollas que desde las azoteas de las casas diluviaron sus cacharros diabólicos sobre los impertérritos soldados ingleses, fueron, en el mismo acto de las refriegas y después de la victoria, las diligentes desflecadoras de hilas y providenciales samaritanas que se constituyeron con ternezas maternales y radiosa bondad de juventud, en los hospitales de sangre para restañar las heridas de los vencedores y de los vencidos. Y es lógico suponer que de esta conjunción de ternura y bondad, de belleza y juventud, de tragedia y de fe — amor y dolor, en suma — nacieran los idilios cuyo corolario fuera el primer entronque genealógico anglo-criollo en tierras del Río de la Plata.

Precisamente, dentro de los tumultuosos acontecimientos provocados por las invasiones inglesas podemos colocar como espécimen de la hidalguía porteña que define, por lo caballeresco, por lo humano y por lo heroico, la levadura eminentemente hispánica en que se afirmaba el derecho de las armas triunfantes y el sentido glorioso de la hospitalidad.

Los invasores, batidos palmo a palmo en las calles adyacentes a la Plaza Mayor, se habían ido replegando en el Fuerte. El famoso regimiento 71, invicto hasta entonces, se había puesto a buen recaudo de la mosquetería criolla en su avance incontenible. Parapetado entre los muros del viejo baluarte, emplazó algunos cañones como último recurso. Y mientras trababa con gruesos maderos el portalón central que daba a la plaza, ataba al tope de un mástil improvisado, el trapo blanco de la rendición. Bajo la voz de mando de los jefes, cesó como por ensalmo el fuego de las tropas regulares.

Pero la disciplina militar que silenció el ruido de las armas para atender gallardamente, el parlamento promovido por los invasores, nada pudo contra el torbellino de la multitud embravecida — ¡hombres, mujeres, niños! — ante cuyo coraje arrollador, de nada hubieran valido las murallas del fuerte, ni el puente levadizo atorado de heridos y de cadáveres...

Fué en aquel instante trágico, que parecía reproducir con hervores de sangre criolla, el derrumbamiento de la Bastilla, que un oficial porteño, — el mismo que acababa de desprender Liniers para imponer a los sitiados y vencidos (vencedores de la víspera), el rendimiento incondicional, ennoblecido con el galardón generoso de todas las garantías... — un oficial porteño, repito, que, dándose cuenta de aquella sanción que iba a cobrarse la multitud desenfrenada, sanción trágica, capaz de empañar con la matanza irreflexiva, los gloriosos laureles de la Reconquista, trepó enérgicamente hasta lo alto de la muralla, se abrió la casaca, descubrió el pecho y con un solo gesto, un gesto másculo de magnanimidad y de coraje, contuvo el paroximo de la multitud electrizada:

—¡Fusiladme, si queréis, pueblo victorioso, pueblo de Buenos Aires... pero, respetad al vencido!...

¡Palabras de sortilegio, palabras mágicas que detuvieron como un freno olímpico al turbión de las pasiones enloquecidas de la calle!...

"El resultado fué instantáneo", dice el prisionero y capitán inglés Alejandro Gillispie, testigo y actor de aquella formidable tragedia que bautizó en la pila lustral del heroísmo la plaza de la Victoria... "Si vive ese joven oficial — agrega el inglés, en su libro de viajes "Buenos Aires y el Interior", — será un honor para su patria"...

Y tuvo razón en suponerlo así, porque aquel bravo defensor de Buenos Aires, fué más tarde el glorioso general de la Independencia de América don Hilarión de la Quintana.

Esta anécdota define, como un trasunto digno de la hidalguía castellana, el temperamento moral de la juventud porteña de aquellos tiempos... Representa, sin duda, el episodio más elocuente y más castizo, capaz de documentar por sí solo el senti-

miento de la hospitalidad en aquellos azarosos pródromos de la Colonia que estructuraron con el sacrificio de la sangre y el sentido claro de una hasta entonces insospechada cohesión social, los fundamentos medulares de la gran familia argentina.

Con la incorporación de los ingleses al ambiente porteño — así fueran en calidad de prisioneros — se producen fenómenos hasta entonces desconocidos en la incipiente ciudad. Disipados bien pronto los odios populares y acallado el fragor de las armas, los invasores que no son confinados a distintos puntos del país, dejan de ser enemigos para ser huéspedes. Se incorporan a nuestra vida ciudadana, se identifican al medio como si hubieran gozado la vecindad de una larga convivencia. Y mientras los oficiales concurren a las tertulias domésticas concertadas por las familias de rango, los prisiode tropa son sustraídos de la vigilancia avisora de los cuarteles para ser distribuídos en las casas de familia, no con el prurito de someterlos a las bajas tareas del servicio doméstico — a título de humillante represalia — sino para hacerles más llevadera la vida y paliar y suavizar, con el trato familiar y sencillo, el sentimiento apenador de la nostalgia...

¡Si habrá bondad y corazón en los hogares hispano-criollos del viejo y ya lejano Buenos Aires!

Felizmente para la historia del hogar patricio, son los mismos ingleses los que se encargan de remembrar las costumbres antañonas de Buenos Aires, legando a la posteridad, sobre la base de documentos fehacientes, el cuadro primitivo y encantador de aquella sociedad tan buena, tan generosa, tan sin reatos, tan accesible al dolor y tan abierta a la hospitalidad.

Desde luego, una de las características criollas que llamó más profundamente la atención de los ingleses, fué la forma bondadosamente humana con que nuestras abuelas trataban a los esclavos. "Entre los más amables rasgos del carácter criollo — ha dicho un destacado oficial inglés, en libro de amplia difusión — no hay ninguno más conspicuo y ninguno que más altamente diga de su no fingida benevolencia, que su conducta con los esclavos. Después de haber sido testigo del duro tratamiento que dan a sus esclavos nuestros plantadores del Norte, no pude menos que aplaudir la forma realmente tierna y humanitaria que emplean los amos de Buenos Aires para manejar a estos pobres africanos, a quienes tratan con suavidad y con cariño, instruyéndoles en la moral doméstica, en los recursos del idioma y en los principios de la fe".

Con relación al trato social durante la breve dominación inglesa y después de la Reconquista — una vez enquiciada y regularizada la vida normal del municipio — pudieron observar estos huéspedes esporádicos, que la benevolencia era una virtud nacional demostrada en toda ocasión con una franca y encantadora espontaneidad.

No podría loarse, sin duda, la cultura literaria del bello sexo; pero en cambio, nuestras abuelas unían a una gracia natural, de miga genuinamente hispánica, los recursos de una conversación agradable y el ejercicio de modales desenvueltos y amables, para animar las frecuentes tertulias hogareñas.

"Era invierno cuando nos adueñamos de Buenos Aires — dice en sus memorias uno de los más cultos oficiales ingleses. — Durante esa estación se daban tertulias o bailes todas las noches en una u otra casa. Allí acudían todas las niñas del barrio, sin ceremonias, envueltas en sus largos mantos. Y cuando no estaban comprometidas, se apretaban juntas, aparentemente para calentarse, en un largo sofá, pues no había chimeneas y se utilizaba el fuego solamente con frío extremo, trayéndose a la sala un brasero capaz de atemperar gratamente la atmósfera pero... muy propicio a las jaquecas por las emanaciones del carbón..."

Las invasiones inglesas promovieron, sin duda, una enorme renovación en las costumbres de Buenos Aires, trocamiento que se afirmó con nuevas características de modernidad a raíz de la Revolución de Mayo, hasta culminar, años más tarde, bajo la égida formidablemente renovadora de Bernardino Rivadavia al amparo de un régimen administrador abierto a todas las franquicias comerciales y accesible a las adaptaciones de las más nobles conquistas humanas: se sacudieron las costumbres arcaicas; se refrescaron los gustos; se perfilaron con nuevas y refinadas habitudes las prácticas sociales, resultado de una interpretación comprensiva del ritmo evolutivo de la modernidad y un mayor contacto con los pueblos de Europa.

Mientras tanto, puestos en la tarea de espigar libros y documentos dejados por los viajeros ilustres que cruzaron en todas direcciones el territorio de la nueva Nación, no encontramos la más mínima discrepancia en ninguno de ellos al referirse con cálidas y fervientes loas, tanto a la generosa caballerosidad de las familias porteñas como a los hogares argentinos en los pueblos y ciudades del Interior, donde la sencillez, afirmada en las más nobles virtudes domésticas, armonizaba con el ejercicio de la hospitalidad, esa hospitalidad dadivosa y transparente de los criollos, tan acogedora, tan buena, tan sin dobleces, hospitalidad afirmada en la contextura moral de la raza y abrevada en las divinas fuentes del Evangelio.

El capitán Andrews, experto minero desprendido por un poderoso sindicato inglés con propósitos de monopolio sobre los ingentes yacimientos metaleros de nuestra virgen América; el capitán Andrews, que recorre el país desde Buenos Aires a la meseta boliviana, y luego cruza el desierto, desde Potosí hasta Arica, va jalonando su viaje con recuerdos que son formalizados en libro, páginas vivientes sumamente gratas al sentimiento argentino. Trae su gaveta atesorada de sonoras libras esterlinas. Vale decir, que puede afrontar con dinero contantes y sonante, todos los tropiezos de la travesía... Pero es tan generosa, tan amplia la amistad con que se le acoge en todas partes — en las ciudades y en los cortijos; en los ranchos del gaucho y en las postas misérrimas — que no puede menos que tributar, con la veracidad proverbial de su raza y de su firma, la más abierta pleitesía a todos los pobladores del camino, delgado y canoso, de toscos cabellos, rígidos cordobesa, aureolada de tiempo atrás por las luces de la casa de Trejo y Sanabria. Habla de Tucumán con entusiasmo fervoroso, no solamente de su notable sociedad sino de sus hombres públicos. Allí, precisamente, en las deliberaciones de su sala legislativa, advierte la figura tribunicia de un formidable orador criollo que le recuerda — según sus propias palabras — al líder de los Comunes, míster Fox, uno de los más grandes batalladores parlamentarios que ha producido Inglaterra a través de los tiempos. Y es tan justiciero y veraz Andrews en sus apreciaciones, que no tiene el más mínimo reparo en decir: "Jamás olvidaré la figura de este viejo tribuno tucumano, delgado y canoso, de toscos cabellos, rígidos cual cerdas, y en cuya fogosa oratoria advierto infinitamente mayor gracia en sus maneras y más delicadeza de entonación que nuestro gran orador inglés..."

Y al partir de Tucumán, míster Andrews se despide con estas palabras que copio de su jugoso libro de viajes al pie de la letra:

"Adiós, delicioso Tucumán, hospitalarios tucumanos; adiós encantadoras llanuras y magestuosas y románticas montañas. Aunque los ingleses no han de llegar a ser vuestros hermanos en el regazo de vuestra tierra, hay uno que conservará siempre por vosotros cariñoso sentimiento fraternal y os deseará prosperidad y dicha".

Y así como Andrews, numerosos y veraces viajeros que nos visitaron durante la época virreinaticia ya bien adentrada en nuestro régimen político la magestad de la República, han legado a la posteridad interesantes crónicas que definen, con rasgos inconfundibles, la substancia moral con que se iba plasmando el fundamento racial de la familia argentina.

Mientras los hermanos Róbertson perfilan con recias aristas las características más salientes de Buenos Aires, se adueñan del corazón de la sociedad santafecina y trazan un panorama, noblemente austero, de la vida hogareña de Corrientes. Samuel Haigh, el capitán Bond Head y numerosos viajeros más, orientados hacia todas las rutas de la República, salvan del olvido la generosa recordación de las virtudes domésticas, identificadas armoniosamente en todos los ámbitos del país, como que se abroquelaban en el recio cuño de una inconfundible hispanidad pasada por el tamiz entre gauchesco y aborígen, entre selvático y montañes de una accidentada geografía, capaz de localizar todos los temperamentos y tipificar, con caracteres propios, las más diversas costumbres sociales.

No es extraño que a menudo los viajeros que nos visitaron por aquellos tiempos, ávidos de emociones nuevas, recogieran a menudo las impresiones de verdaderos contrastes. Bond Head — siempre he de citar ingleses, pues son los viajeros que han legado a la posteridad mayor cúmulo de impresiones escritas — Bon Head, se siente sorprendido en Mendoza cuando advierte la sencillez paradisíaca con que toman sus baños los vecinos más destacados, en el canal central que atraviesa mansamente al arrullo de rumorosas alamedas, el corazón del municipio... Pero, también confiesa su admiración, cuando al caer de las tardes, aquella misma sociedad que entregó a la transparencia de las aguas — con inocencia virgiliana, sin duda — la airosa gracilidad de sus náyades, arrastra con rumbo versallesco y a la luz de los farolillos multicolores, la cola de sus vestidos de gala — primores de la "haute couture" — tiranizados por las grandes galerías de París y llegados a tierras del Plata por los últimos barcos...

Uno de los Róbertson — grato siempre a la acogida patriarcal que le dispensaron en todas partes — no deja de sentirse extrañado frente a las costumbres domésticas de Santa Fe cuando a la hora de la siesta se concentraban las familias de abolengo en los zaguanes de las casas; y mientras grandes y chicos soboreaban con fruición terrígena las ensangrentadas y jugosas sandías, las damas respetables consumían con deleitosa suavidad sus interminables cigarros de hoja.

Pero ante la sorpresa de estas habitudes inocentes y minúsculas — que en nada desmerecen la austeridad acrisolada de los hogares — Róbertson se siente subyugado por la noble distinción de la vida doméstica; por aquel régimen patriarcal que va sedimentando sobre cimientos de hormigón las columnas firmes del patriciado argentino. Y cuando describe la vida campesina de aquel glorioso litoral, nos deja la más bella semblanza que ha podido bocetarse hasta ahora, sobre el príncipe... el más príncipe de los gauchos — Mariano Candioti — figura legendaria de la pampasia argentina, semblanza que ha servido a los historiadores de hogaño para plasmar en páginas imperecederas el arquetipo de los hombres de campo. Gaucho de una sola pieza y caballero medieval por sus cuatro costados...

Y finalmente, mientras Andrews, cuyos apólogos sobre la incipiente sociedad de los pueblos del interior, han de servir como elementos básicos para urdimbrar un día, en páginas de historia, los fundamentos morales de la familia argentina — mientras Andrews, como digo, va cruzando la selva santiagueña — un episodio — sencillo y hondo, por la propia primitividad de la naturaleza, pero grande y sugestivo por la magnitud de su fuerza conceptual — nueve, también, el sentido de los contrastes...; por que al propio tiempo que significa una nota cultural, enquistada, como una flor de invernadero, en el corazón de las florestas tropicales, tiene valimientos de un precedente digno de incorporarse al anecdotario de la instrucción pública en aquellos gloriosos albores en que asomaba

"a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación".

Cuenta Andrews, que pasando la aldea de Vinará, fué sorprendido por un rumor de voces que salía de un matorral a la vera del camino. Observando por entre el ramaje, el viajero inglés pudo advertir que un grupo de rapazuelos sentados en troncos y en calaveras de caballos, a guisa de bancos, escuchaba la lección de un maestro. "¡Que delicioso estudio natural!", dice el pasajero. Frescas hojas anchas lo abovedaban realzando el interés de la escena. "Los muchachos, dice, se desperdigaban bajo la rotonda del follaje magnífico. Algunos con las piernas cruzadas, deletreaban, ba... be... bi... Otros, haciendo mesa de las rodillas, parecían grabar, más bien que escribir, en una tablilla del tamaño de una pizarra común... Y a todo ésto, el maestro, con su larga varita, no se olvidaba de zurrar el celemín de los perezosos o soñolientos". Sorprendido por los muchachos y a invitación del maestro, se vió obligado Andrews a pasar al silvestre recinto de la escuela. Y allí se entretuvo largo rato en examinar el adelanto de los alumnos, escuchando interesantes respuestas sobre los recientes acontecimientos históricos que estaban cimentando en los campos de batalla, los fundamentos de la nacionalidad...

¿Concebís el cuadro?

Aquella escuelita de las florestas santiagueñas, ha sido sin duda, la primera de las aulas al aire libre que anticipó, humildemente, fervorosamente, una de las más nobles conquistas de la pedagogía moderna.

Sarmiento — tenedlo por seguro — hubiera besado en la frente a aquel modesto precursor que buscaba el silencio del bosque y la gloria del espacio para cultivar, como un buen labriego, el corazón de los niños, mientras las vainas de los algarrobos se tostaban al sol y ensayaban las calandrias silvestres su dulce ritornello...

Dibujo de Caballé

W. Jaime Molins

Prohombres Argen-



BELGRANO Y LAS DAMAS

El general Belgrano — refiere José Celedonio Balbín — era un hombre de talento cultivado, de maneras finas y elegantes; gustaba mucho del trato de las señoras. Un día me dijo que algo de lo que sabía, lo había aprendido en la sociedad con ellas. Otro día me dijo: — Me lleno de placer cuando voy de visita a una casa y encuentro en el estrado, en sociedad con las señoras, a los oficiales del ejército. En el trato con ellas los hombres se acostumbran a los modales finos y agradables, se hacen amables y sensibles. En fin, el hombre que gusta de la sociedad de ellas, nunca puede ser un malvado.

Esta ocurrencia — comenta el autor citado — me hizo reír mucho.

ENTEREZA DE MARIANO MORENO

Sabido es que el doctor Mariano Moreno, fogoso y activísimo secretario de la Primera Junta de Gobierno, de 1810, murió en alta mar, a bordo de la fragata inglesa "Fama", cuando iba hacia Europa en cumplimiento de una misión especial. Manuel Moreno, su hermano menor, que le acompañaba en el viaje como primer secretario de la misión, describe así los últimos momentos del ilustre prócer:

"Desde antes de embarcarse, la salud del doctor Moreno se hallaba grandemente injuriada por la incesante fatiga de los asuntos públicos. Los últimos disgustos abatieron considerablemente su espíritu y la idea de la ingratitud se presentaba de continuo a su imaginación, con una fuerza que no podía menos de perjudicar su constitución física. En vano era que la reflexión ocurriera a aliviar las fuertes impresiones causadas en su honor por el ataque injusto de las pasiones vergonzosas de sus contrarios. La extrema sensibilidad le hacía insoportable la más pequeña sombra de la irregularidad absurda que se atribuía obscuramente a sus operaciones.

Debilitado su sistema, sufrió un mareo demasiado fuerte, después del cual cayó en una languidez tan profunda que le fué imposible sostener las incomodidades anexas a una navegación penosa. Esta deplorable situación se aumentaba con la total falta de medicinas en que se hallaba el barco. Mas sus continuados padecimientos no le impedían el volver incesantemente su vista hacia su amada patria, y el estado en que la había dejado no podía separarse un momento de su consideración.

El doctor Moreno vió venir su muerte con la serenidad de Sócrates. Ya a los principios de la navegación, le pronosticó su corazón este terrible lance.

—No sé qué cosa funesta se me anuncia en mi viaje, — nos decía con una seguridad que nos consternaba.

Después de esto, el doctor Moreno se entregó tranquilamente a su duro destino. A las cuidadosas atenciones que le pagaba nuestra amistad y respeto, correspondía con una suavidad admirable, pero con el triste desengaño de que serían sin efecto.

Su último accidente fué precipitado por la administración de un remedio que el capitán de la embarcación le suministró, imprudente y sin nuestro consentimiento. A esto siguió una terrible convulsión, que apenas le dió tiempo para despedirse de su patria, de su familia y de sus amigos.

El último concepto que pudo producir fueron las siguientes palabras: — ¡Viva mi patria aunque yo perezca! Ya no pudo articular más.

Tres días estuvo en esta situación lamentable: murió el 4 de marzo de 1811, al amanecer.

LA MADRID Y QUIROGA

La gracia que yo quería obtener respecto a Quiroga — refiere Gregorio Aráoz de La Madrid en sus "Memorias" — era la de cuidarlo en una jaula para hacerlo conocer en los pueblos que tanto había ultrajado, y hacer que cada uno de los individuos que él había azotado o abofeteado lo azotara y abofeteara también. A un soldado vecino de los Llanos y paisano suyo, le había cortado Quiroga una oreja, porque dicho soldado o vecino le había reyunado un caballo de su marca porque se le cansó en una travesía y tuvo que hacer el resto del camino con el apero al hombro. Habría hecho también que dicho individuo le cortase una oreja.

¡Todo esto lo consideraba justo — agrega La Madrid — para mostrar a ese bárbaro y en él a los que le imitaron después, que no era ése el modo de tratar a los hombres!



...tinos en Anécdotas

EL GENERAL PAZ Y ESTANISLAO LOPEZ

En su "Historia de la Confederación Argentina", refiere Adolfo Saldías el siguiente episodio cuyo relato le fué hecho por Saturnino Gallegos, testigo del mismo. Se refiere a la llegada al campamento de Calchines, del general Paz, quien había sido hecho prisionero por elementos del caudillo santafecino Estanislao López.

"Si grande fué la sorpresa — dice Saldías — que produjo la noticia, no lo fué menos la duda acerca de la veracidad del informante: aunque entre las señas que daba, la de "manco" era inconfundible. El general ordenó al señor Echagüe que sin demora montase una mitad de lanceros de 25 hombres con un oficial a la cabeza y, acompañando al chasque Serrano, fuese a encontrar la partida que se decía conducía al prisionero. Verificado esto y antes de mucho rato, regresó el todo de la gente y a la inmediación del general López desmontaba el señor Paz, en mangas de camisa y quitándose un gorrete de tropa que se le había dado en vez de la gorra que le quitó uno de los soldados. Don Estanislao López y demás de su círculo se pusieron de pie, y el primero se adelantó a dar la mano y saludar al prisionero, ofreciéndole con grande instancia aceptase la única silla, que era una pequeña, con asiento de paja, para sentarse, la que Paz rehusó con toda cortesía, sentándose en una cabeza de vaca de las que rodeaban el fogón. El señor López le ofreció entonces mate, café o té. Y, al mismo tiempo, ordenó a un asistente subiese a un carretón y trajese un poncho de abrigo y una chaqueta para que el huésped se cubriese, pués el frío era fuerte, diciendo al mismo tiempo:

—General, las únicas "capas" que podemos ofrecerle son las de "cuatro puntas" y de ponerse por la boca.

A lo que el general Paz contestó que eran mejores. Y cuando vino el asistente, se cubrió, arrebozándose,

EL GENERAL, ADMINISTRADOR

El general Belgrano — cuenta José C. Balbín — era muy honrado, desinteresado, recto; perseguía el juego y el robo en su ejército; no permitía que se le robase un solo peso al Estado, ni que se le vendiese más caro que a los otros. Como yo le había hecho a él algunos servicios y muy continuos al ejército, sin interés alguno, cuando necesitaba paños, lencería o alguna otra cosa para el ejército me llamaba y me decía:

—Amigo Balbín, necesito tal cantidad de efectos, tráigame las muestras y el último precio, en la inteligencia de que, a igual precio e igual calidad, usted es preferido a todos. Pero a igual calidad y un centavo menos, cualquier otro.

SAN MARTIN, Y LA OPINION PUBLICA

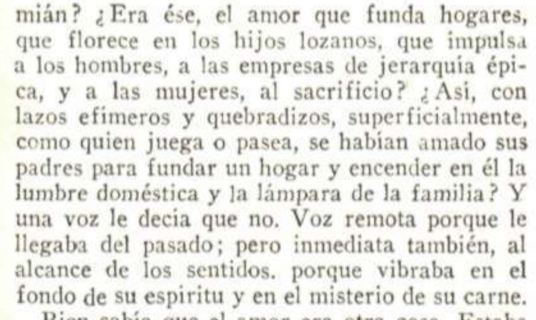
Basilio Hall, en su libro "El general San Martín en el Perú", refiere con estas palabras, cómo procedió San Martín ante la toma de Lima:

"Durante la primera visita que hice a San Martín, vinieron varias personas de Lima para discutir privadamente el estado de los negocios, y en ésta ocasión expuso con claridad sus opiniones y sentimientos y nada vi en su conducta posterior que me hiciera dudar de la sinceridad con que entonces habló. La lucha en el Perú, decía, no es común; no era guerra de conquista y gloria, sino enteramente de opinión: era guerra de los principios modernos y liberales contra las preocupaciones, el fanatismo y la tiranía.

—La gente pregunta — decía San Martín — por qué no marcho sobre Lima al momento. Lo podría hacer e instantáneamente lo haría, si así conviniese a mis designios, pero no conviene. No busco gloria militar, no ambiciono el título de conquistador del Perú, quiero solamente librarlo de la opresión. ¿De qué me servirá Lima, si sus habitantes fueran hostiles en opinión política? ¿Cómo podría progresar la causa independiente, si yo tomase Lima militarmente y aun el país entero? Muy diferentes son mis designios. Quiero que todos piensen como yo y no dar un solo paso más allá de la marcha progresiva de la opinión púbica".



Dibujos de Batlle



Una encrucijada en la pampa

por CÉSAR CARRIZO

(Continuación)

Estaba desorientada. No sabía si avanzar o retroceder. No tenía fuerzas para definirlo todo en un ímpetu bravo, de loba que defiende sus cachorros o de moza del pueblo que se juega por un querer como en el poema y en el drama de la copla. La estirpe de sus antepasados, la raza de sus abuelos — conquistadores de la pampa — parecía haberse menguado y enmohecido. ¿Dónde estaba la herencia de su padre, que después de fracasar en la ciudad abandonó los salones, se remangó los brazos y plantó en la llanura un cortijo que se transformó en estancia, sembrando su voluntad en los campos bárbaros, y su corazón en el corazón de una mujer? ¿Dónde estaba el legado moral de la madre, que acompañara a su marido en las pruebas difíciles, siendo en todo momento la novia y la mujer fuerte del Evangelio?

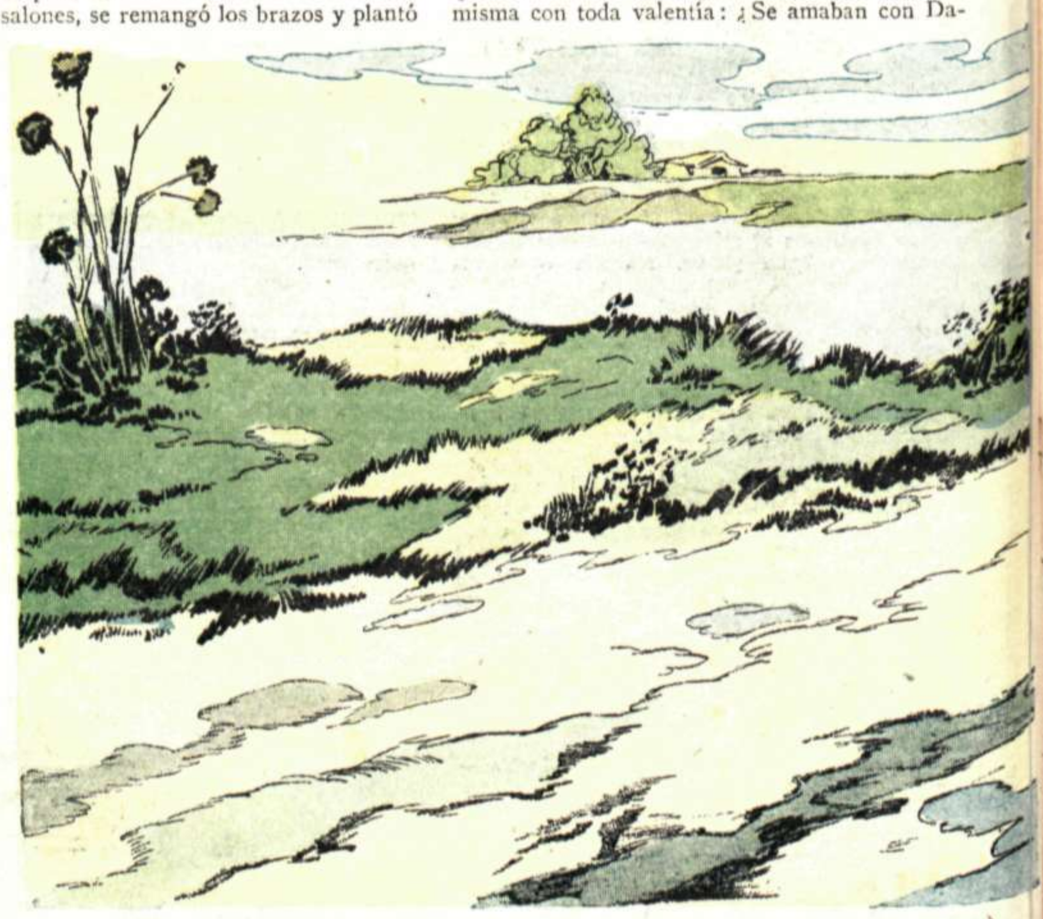
Carmen Pérez Huergo no habría sabido responder a estas preguntas. Menos todavía a la que una noche de vigilia se formulara a sí misma con toda valentía: ¿Se amaban con Damián? ¿Era ése, el amor que funda hogares, que florece en los hijos lozanos, que impulsa a los hombres, a las empresas de jerarquía épica, y a las mujeres, al sacrificio? ¿Así, con lazos efímeros y quebradizos, superficialmente, como quien juega o pasea, se habían amado sus padres para fundar un hogar y encender en él la lumbre doméstica y la lámpara de la familia? Y una voz le decía que no. Voz remota porque le llegaba del pasado; pero inmediata también, al alcance de los sentidos, porque vibraba en el fondo de su espíritu y en el misterio de su carne.

Bien sabía que el amor era otra cosa. Estaba forjado y modelado en metal humano y a toda fragua, y no en la substancia endeble con que se cuaja y descuaja la espuma. El ideal, el ensueño, la pasión por un hombre — por el hombre en quien sueña toda mujer — no llegaba ni se anunciaba así, frívolamente. El amor, como las Tablas de la Ley que Jehová reveló a Moisés en el Sinaí tormentoso, se revelaba también en medio de la lucha, en las cumbres de la vida y no en los artificiales jardines de invierno.

Poco le costó convercerse que ni Damián Laprida la amaba de verdad, ni menos ella a él. Sin embargo, no podía dar un paso atrás. No podía rebelarse. Le era difícil romper los círculos de hierro del ambiente, de la opinión pública, de la sociedad que impone sus normas.

No había más remedio que seguir la danza: saraos, casamientos, compromisos, sepelios, temporadas de mar, de sierras y termas, partidas de naipe, comidas donde se bebe y se fuma los alcoholes mejor combinados y los tabacos con más ricas orobias. Lo importante era pasar la vida y no vivirla: correr las horas, empujar la monotonía y el hastío, en un deseo absurdo de correr carreras con el tiempo y aun superarlo.

Pero es sabido que una vida así, trae a la larga o a la corta ese cansancio de los nervios, esas psicosis tan raras de que está henchido nuestro mal del siglo. Dijérase que ciertas gen-





tes están como cansadas de no hacer nada, porque nada grande saben hacer. Cansadas de cambiar de rumbo sin encontrar el norte. Ahitas de vivir y ansiosas de acabamiento, pero sin dolor, sin tiempo para enfrentarse con el misterio de la muerte.

Carmen poco a poco fué enfermándose. Después de las noches de fiesta sentía en su cuerpo una laxitud, y un vacío en torno, cual si las personas y las cosas se fueran diluyendo. A lo cual seguía una angustia y una desazón como si algo inminente — milagro o derrumbe — fuera a llegar en su vida.

La psicología moderna ha estudiado estos raros estados enfermizos en que a veces la personalidad se dispersa, se esfuma, o bien se hunde en abismos insondables, para después aparecer de pronto en un afloramiento subitáneo. De este modo Carmen entraba en un estado de letargia, de insensibilidad para despertar de pronto, presa de fiebre, de anhelos absurdos, de ímpetus atrevidos. Y era entonces el insomnio que atormenta, la vigilia poblada de duendes y fantasmas, las noches blancas que nunca terminan. Encendía la lámpara. Tomaba uno de esos libros tediosos capaces de provocar el sueño en el centinela más alerta, y lo arrojaba al punto. Saltaba del lecho. Iba y volvía por la alcoba, hasta que cansada, se recogía de nuevo. Apagaba la luz. Se taponaba los oídos para no advertir el más leve rumor de la noche, ni siquiera el paso de un recuerdo. Y todo, en vano.

Acudió entonces al veronal para conciliar el sueño. Al comienzo le dió resultado, hasta que se acostumbró al medicamento y lo desechó por ineficaz. Multiplicar más la dosis habría sido poner en peligro la vida.

Los insomnios continuaban y buscó remedio en la morfina, el estupefaciente que hace dormir y soñar, pero embota los sentidos y torna sombrío el espíritu, como si la personalidad se sumergiera en un tiniebla asfixiante, en una noche sin astros, sin oxígeno, sin preanuncios de amanecer.

No tardó en probar otros estupefacientes. Empezó fumando cigarrillos opiados como lo hacen muchas damas. Después opio, el opio en esencia que sabe de los mundos artificiales donde todo es bienandanza, fortuna y amor. Está demás decir que tomó cocaína, que es ya un aperitivo, un estimulante que a nadie asusta y que a lo mejor con el tiempo ha de transformarse en una golosina de criaturas...

Los traficantes de alcaloides por lo general andan sueltos. Son personajes de mucho atuendo, a manera de figuras consulares. Sólo así disimulan su pequeñez sombría. Y cuando la policía los atrapa, ya saben ellos zafarse del ronzal como esos lobos marinos que enlazan nuestros gauchos, con grave peligro de caballo y caballero.

Carmen no podía estar fuera de la moda. De ahí que conocía todos los refinamientos de la civilización, todas las conquistas del progreso. Y aunque la voz de su estirpe, voz de plata y de bronce, protestaba en los arcanos de su espíritu, ella seguía resbalando lentamente, como si una bruja maligna la llevara de la mano hacia el mundo de los palacios encantados, de los jardines que no se marchitan, de los lagos poblados de góndolas y cisnes: mundo inverosímil cuyos moradores por lo cumún, retornan amortajados a la realidad cuando no ocurre un mliagro que los salva.

Su hermano Adolfo, poco o nada intervenía en sus actos. Tampoco su padre, ocupado casi siempre en faenas de vaquería y de labranza, allá en el fondo de la pampa. Menos aún el aya obediente, ni la tía Petra más ocupada en sus misas y novenarios que en la edificación moral de Carmen. Aunque hacía de madre, tenía menos autoridad que nadie para salvar a su sobrina, imponiéndole una nueva línea de conducta.

Hasta que Carmen enfermó gravemente, y el médico con voz enérgica, dió sus órdenes. Habló con el padre, de hombre a hombre. Le dijo con palabras simples, sin eufemismos, sin falsos cumplimientos, la terrible verdad. Carmen marchaba al precipicio como tantas amigas suyas, como tantas mujeres modernas y hombres mundanos que viven una vida de torbellino y aquelarre, hastiados de todo y de todos, y con un sistema nervioso tan enervado que ya no responde a ningún estímulo.

Pero aun tenía remedio. Carmen podía curarse, pero no en un sanatorio, sino en el campo, en la pampa inmensa, rica de oxígeno y de sol. Es que nada hay como la naturaleza para estos enfermos de la ciudad, flagelados por la tiranía social y mordidos por la neurosis. Nada como el panorama, nada como la vida primitiva y heroica, agreste y creadora de los llanos argentinos, para estos seres que llevan intoxicada la carne y agonizante el espíritu.

Y Carmen Pérez Huergo se despidió por un tiempo de Buenos Aires para buscar un amable refugio en "La Baguala". Allá fué con su servidumbre. Allá, con su dolor de ciudad, con su "angustia contemporánea". Y llegó a la estancia de su padre, y penetró en su recinto con el alma desnuda y temblorosa a manera de los peregrinos antiguos que entraban descalzos en el templo de Jerusalén.

LA VIDA SE RECONSTRUYE

Hacía varios meses que Carmen descansaba en la estancia. Un cambio fundamental se había operado en sus hábitos y costumbres. No fumaba. No bebía aperitivos. No acudía a la morfina para dormir.

¿Qué tabaco mejor que las resinas y esencias del campo y el perfume de surco y de relente que el viento mañanero le traía en sus alas?

Se levantaba temprano, con la alondra y con el sol; y se dirigía al aprisco donde las mujeres de la estancia ordeñaban las vacas. Ahí, bebía dos vasos de leche espumante, dos vasos de "apoyo" que le sabían a licor de los dioses.

Después montaba en su yegua mora. Y allá iba —admirable amazona — sin el apremio del reloj ni del almanaque. A veces acompañaba a su padre en sus faenas y paseos. Corrían carreras, ya por los caminos andadizos, bien a

campo traviesa, al sesgo de los prados; cuando no a salto de mata y de acequia por los bañados sembrados de heno y de alfalfa. Y al descabalgar de un salto a la sombra de los paraísos, desbordante de risa y entusiasmo, era en verdad un ánfora llena de vino feliz.

¿Era posible este milagro? Nadie hubiera reconocido en la amazona de hoy, en la campesina de hoy, a la mujer moderna, a la criatura de costumbres extravagantes que tiene su "barra" de admiradoras y su corte de enamorados. En una palabra: nadie habría visto en la Carmen de la pampa a la novia oficial de Damián Laprida.

En "La Baguala" presenció las escenas fieras y bellas de la doma y de la hierra. Vió a los hombres de campo enlazar toros ariscos, "pialar" caballos, domeñar potros y mulas zahareñas. Y todo a la manera antigua, al estilo fulgurante y másculo de otra edad, como le gustaba al dueño de la estancia. Por algo le pusiera a su establecimiento de campo "La Baguala". Y es el caso que en la peonada nunca faltaba un domador de tierra adentro, un enlazador puntano o cordobés, o un baquiano santiagueño, de esos que gustan y olfatean el buen tiempo por el sabor y el olor de las hierbas mojadas de rocío.

Vió también a los reseros pasar arreando ganado. Oyó sus gritos, sus palabras broncas o pintorescas. Y captó y sintió con el alma estremecida, sus canciones cuitadas y querendonas, en cuyas coplas no se sabe si llora o embiste el temple de la vieja raza y el corazón de la patria.

Asistió a las fiestas de pastores, labriegos, chalanes, reseros y ordeñadores. Presenció las danzas pudorosas, las danzas pretéritas, tan sencillas y espontáneas, a fuer de castizas e inocentes, ya que en las danzas del pueblo es el alma la que baila y no los sentidos desenfrenados. Por cierto que también los bailes exóticos se colaban de rondón entre la peonada de "La Baguala". Pero ello era una excepción.

¡Qué costumbres, qué ambiente tan distinto al que ella había respirado! Esas gentes vivían plenamente la vida. Vivían y sufrían el amor, a su modo. Sabían de la dicha. Conocían el dolor que no es sino el preanuncio de la alegría sin compuertas y del sano alborozo. Y sobre todo, ignoraban la augustia del tiempo y no eran esclavos y víctimas de la civilización. Con gusto, Carmen habría cambiado el brillo y la batahola de la ciudad, toda la comedia de la urbe, por la armoniosa pastoral de los campos, pastoral que huele a majadas, que sabe a leche, que tiene melopeas de pampero y resplandores de perpetua aurora.

Corrían los meses, y Carmen poco a poco, sin darse cuenta, ya que la naturaleza nos absorbe, había ido olvidándose de su pasado reciente. Ahora sana de cuerpo y de alma parecía ir repechando una cumbre, para contemplar desde allá, como Moisés, la Tierra Prometida.

A medida que transcurría el tiempo descubría en sí misma, atributos desconocidos. Su propia personalidad se le revelaba en rasgos sorprendentes, en estados de alma atravesados por un relámpago o investidos de altura y majestad por magia del éxtasis. Eran en verdad verdaderos transportes místicos y pasionales que antes la habrían hecho reír, pero que ahora le humedecían los ojos y le prendían alas creadoras a los hombros.

Durante su ya larga ausencia de Buenos Aires, Damián Laprida había ido tres veces a visitarla. Se presentaba en "La Baguala" acompañado siempre por Adolfo, su futuro cuñado. Se quedaba en la estancia, tres o cuatro días; y regresaba a Buenos Aires harto de la "vida salvaje" inculta y bárbara que su "pobre novia" llevaba en el campo.

Aquello no era para él. Había demasiado sol y una "luz guaranga" como se dice. Demasiado aire y un viento molesto. Y cuando se ponía el sol y cesaba el viento, un silencio y una monotonía aplastante. ¡No! Eso no era para un hombre de ciudad que gusta de la penumbra, de la molicie, del ambiente de club y de "budoir", y también de la prisa, de la mudanza, de la rotación de las cosas.

—¿Cómo? ¿Ya no usas "rouge", ni "rimel", ni carmín?

—Nada. Ni una pizca de afeites.

—¿Tampoco te tiñes de rubio el cabello? ¡Qué horror! Ese cabello negro... Como si dos alas de cuervo te cubrieran la cabeza...

—Es mi pelo y me gusta.

—Te desconozco, Carmen. Pareces una monja; pero convengamos que eres una monja rozagante.

—¿Y no estoy mejor así?

—Tú, siempre estás bien.

—En cambio tú, Damián... La vida de juego, de cabaret, de "boite" — ¿de aventuras también?, — no te sienta.

—Sin embargo, me estoy volviendo un cenobita.

—¿Tú?

—Es verdad. Y sólo cuando la ola de los amigos me lleva por ahí, no vuelvo a casa. Tu hermano Adolfo es testigo. Hay que irse acostumbrando a la santa vida de los maridos ejemplares. ¿No te parece?

—Es cierto — contestó Carmen con cierta displicencia.

—¿Y cuándo vuelves a Buenos Aires? ¿Cuándo te reintegras a tu ambiente?

—No sé, Damián. Quizá demore unos meses más hasta que esté completamente sana.

—Sin embargo yo te encuentro muy bien. Has rejuvenecido diez años. Estás hermosa, aunque, eso sí un poquito gorda. Cuidado con perder la línea. Recuerda que tu figura, tu silueta, tu "chic" era la admiración de todos.

—Es posible; pero nadie sabía que me estaba muriendo: que tenía enfermos el cuerpo y el alma.

—¿Y ahora?

César Carrizo

Dibujo de Rechain

(Continuará en el próximo número)





Los fugitivos (Año 1538) Por Luis Cané

ROMANCERO TRAGICO DE LA CONQUISTA

Río arriba, río arriba,
contra la recia corriente,
de Buenos Aires se parten
huyendo al hambre y la fiebre,
cuatro hombres de Ruiz Galán.
¡Acompáñeles la suerte!
Muy faltos, muy faltos van
de armas para defenderse,
de lienzos para cubrirse,
de sal para mantenerse...

Pena de muerte tenía
quien abandonara el Fuerte;
Ruiz Galán cuando lo supo
quizá comentó cruelmente:
– Por su gusto se embarcaron:
prósperos vientos les lleven...
Soñaban encontrar tierras
por miserables que fuesen,
si no de frutos sabrosos,
con hierbas que los nutriesen.

Ciénagas de las orillas
nada de comer ofrecen...
Tras muy adversas jornadas,
arrepentidos se duelen;
las fuerzas se les agotan
y la adversidad los muerde.
¡Cuánto quisieran remar,
pero las manos no pueden!
Los quiebran sobre los remos
largas puntadas al vientre,

lo mismo que si las tripas
se enroscaran como sierpes.
Ya la embarcación ondula
a merced de la corriente.
Cuatro cadáveres lleva;
parecería que duermen.

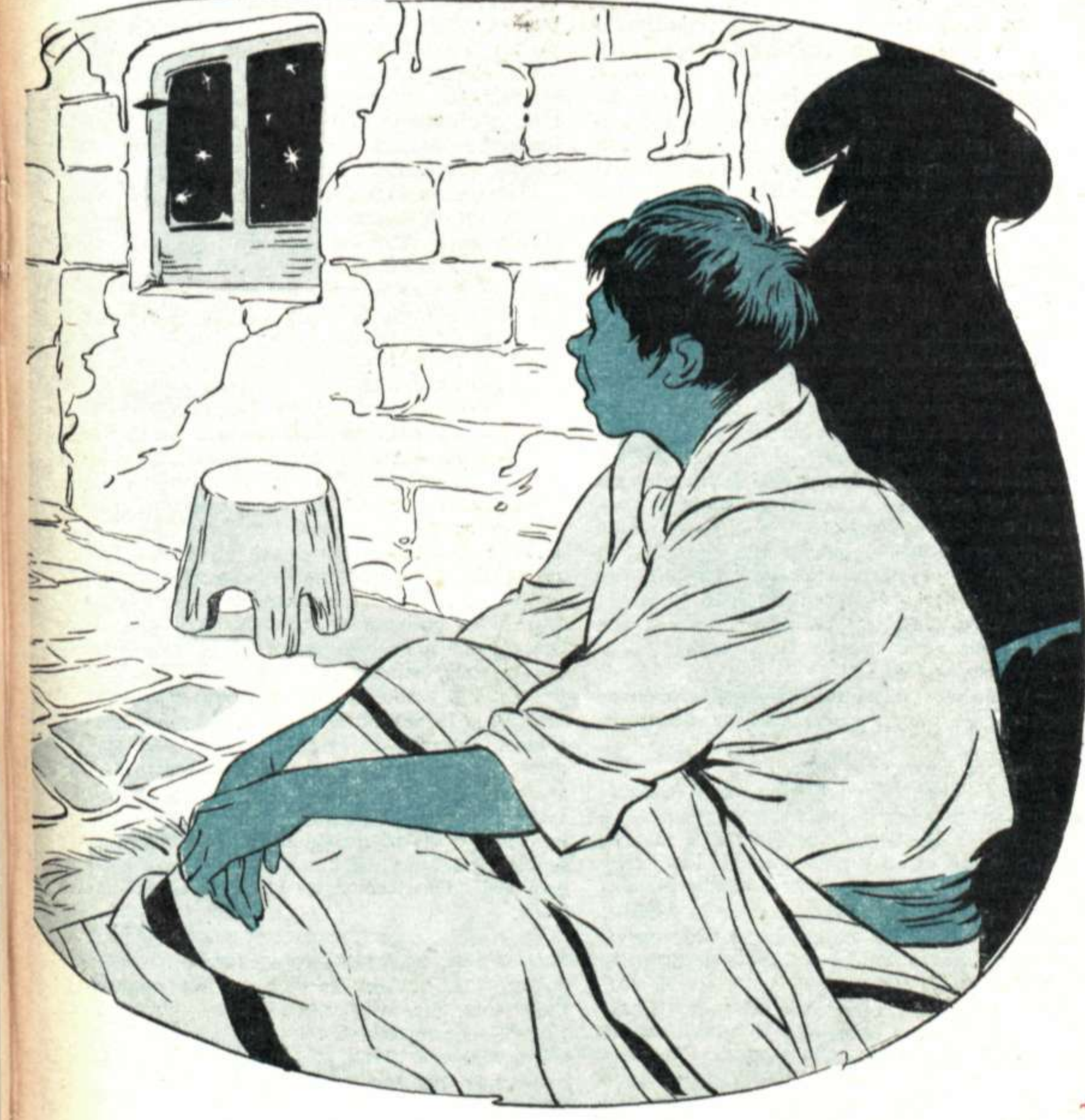
Dibujo de Alvarez





LOS VENCIDOS

Por
CARLOS SCHAEFER GALLO



DESCENDIA, directamente, de los irreductibles "abipones", que habían dominado las llanuras y vastas selvas norteñas. Sus padres, él, y sus hermanos, afincados en aquel pedazo santiagueño vecino del Chaco, libre de toda fricción con la época, jamás resolvieron allegarse a los centros poblados, como resistiéndose, por ley atávica, a la supremacía de los nuevos conquistadores. Ignorando los aportes del progreso, en esta otra guerra por la posesión del suelo de sus mayores — los recios ascendientes que habían resistido a las huestes de Don Diego de Roxas y, posteriormente, a la soldadesca del brigadier Juan Felipe Ibarra, aun cuando muchos hubiéronse incorporado a aquélla en pacto forzoso impuesto por el hambre y las epidemias, — prolongaban su utópico dominio en las hectáreas fiscales aun vírgenes de mensuras. Sólo de tarde en tarde, parecían volver a la realidad, interrumpiendo el sueño de posesión ante el lejano silbato de la locomotora, que cruzaba, allá por los terraplenes del horizonte, arrastrando la enorme lampalagua de los vagones colmados de quebracho. Seguía, para ellos, cumpliéndose el despojo: la tala de los bosques de sus ascendientes que, al ralearse, en aquella guerra al árbol, desdoblaba, cada vez más, la sábana inmensa del desierto. Como antaño el oro, ahora el hierro vegetal acuciaba la codicia de estos otros domeñadores de la raza.

Habíanse casado sus hermanos al modo tradicional que seguía imperando en la reducida

tribu, incorporando a sus mujeres al ranchería familiar, que se recostaba a la vera del bosque, entre majadas de cabras, tupidas caballadas y numerosa vaquería, obtenidas en trueque a cambio de cueros de puma, plumas de garza y tinajas amasadas horneadas y decoradas con todo el arte aprendido por lecciones paternas que tenían su arranque en el remoto punto convergente con la civilización incaica. De estos cambios, eran los beneficiarios los comisionistas, que solían aventurarse, a lomo de mula, soportando rudas jornadas a través del llano salitroso, donde escobaba el nitro el viento calcinante del Norte.

Era él, Coyllur, el menor de los hermanos, quien hacía las veces de lenguaraz para realizar los negocios, pues habiendo llevado en varias ocasiones bolsas de plumas para ser cambiadas por piezas de percal y bramante al turco de la tienda de la estación más próxima, había llegado a comprender el lenguaje de los "cristianos". Sus padres y sus hermanos, seguían resistiéndose a establecer contacto personal con los "usurpadores", si bien convenían en que era prudente mercar con ellos. Y, un buen día, en estos menesteres, Coyllur fué descubierto por el jefe político de la comarca:

—Decime, chango: ¿tus tatas no saben que hay escuela aquí, que no te mandan?

—Y éso, qu'és?

—Ya lo vas a saber. Deciles que ayer se abrieron las clases, y que mañana tenés que venir.

—Güeno, señor. Les diré.

La noticia que llevó Coyllur tuvo la fuerza suficiente como para hacer enmudecer a sus padres y hermanos, que era esa la manera de demostrar enojo y preocupación. Los "cristianos" aumentaban ahora su dominio, metiéndose a legislar hasta en el seno de la familia. Pero, no había más remedio que obedecerles, si no se quería entrar en malquerencia, lo que equivalía a cortar el intercambio del cual vivían, puesto que eludir esa obligación llevaba, implícitamente acoplada, la necesidad de ausentarse para escapar al mandato. De modo que Coyllur, anotado como alumno, tuvo que asistir a clase diariamente, para lo cual levantábase al alba, ensillaba y, al trotecito, llegaba a la hora obligatoria, regresando pasado el mediodía, despues de comer el plato de mazamorra que servían en la escuela.

Desde un comienzo llamó poderosamente la atención a Coyllur la belleza, nueva para él, de la maestra. Su cabello rojizo, parecíale la barba suave del choclo que, enmarcando su cara fresca y blanca como el quesillo, hacía resaltar los ojos, zarcos lo mismo que los de los terneros de la "vaca mocha". Sus dientes, cuando reía, eran igualitos que mazorca nueva de maíz, de esas que echan leche de puro tiernas. Pero, lo que lo tenía hipnotizado, ausentándolo de la clase en largos peregrinajes de ensueño, era el anillo de la maestra, aquella sortija de oro que apretaba esa gran piedra verde y oblonga, que refulgía a los ademanes, como el ojo magnético de una serpiente. Aquello llegó a convertirse en obsesión para Coyllur. Muchas noches, sentado en su camastro, en horas de insomnio, parecíale ver entre las ranuras del adobe el ojo verde que lo vigilaba, parpadeando a la luz de las estrellas que echaban su fulgor por el ventanuco; o bien, acercándose al bañado para beber, temblequeaba aquella pupila satánica entre el círculo concéntrico del agua removida.

Habíase tornado silencioso y hosco. El ojo verde, sin duda alguna, obraba su maleficio. Estaba bajo su poder diabólico; y, como él, sus tatas y sus hermanos y hasta la hacienda, pues había sido vehículo del contagio: el chucho quemaba de fiebre a toda la familia y los animales empezaban a caer víctimas de un mal misterioso. Iba ya con temor a la escuela, pensando en el daño que fluía de la sortija; pero, temeroso de caer en desgracia ante el jefe político que, sin duda alguna, haría llegar su autoridad a los suyos, seguía observando la misma puntualidad en la asistencia.

Un día, al terminar la clase, y mientras ajustaba la cincha del zaino, Coyllur vió que la maestra conversaba, bajo el algarrobo que sombreaba la puerta de la escuela, con un hombre desconocido. Preocupado, montó y se fué. A los pocos días, presenció la misma escena. Pero tuvo una sorpresa: la maestrita, lloriqueando, entregó al desconocido la sortija del ojo verde, echando a correr y cerrando tras sí la puerta del aula. El hombre, sonriendo, encendió un cigarro, alejándose lentamente. Coyllur, abrió la boca y respiró con ansias. Por fin terminaría el maleficio. El ojo verde desaparecía del lugar. Y aconteció que sus tatas y sus hermanos empezaron a sentirse bien, mientras que los animales veíanse libres del misterioso daño que los había raleado.

En cambio brusco, opuesto al desgano de los últimos días, antes del alba ya estaba ensillando Coyllur, ansioso de llegar a la escuela. Pero notó que la maestrita tornábase triste y pálida. Ya no reía como antes, con sus dientes de mazorca tierna... Pero, para él, estaba más linda que nunca. Y hasta sentíase más dueño de ella. Ahora, sí, podía contemplarla, libre del ojo vigilante. Acodado en el pupitre, seguía los ademanes de la mano blanca, de dedos largos y finos como los cilindros de la tiza. Entornaba los ojos, dejándose arrullar por la música de aquella voz que, a ratos, parecía velarse por escondidos sollozos; para despertar del ensueño al suave papirotazo de la pelirroja, que lo tornaba a la realidad.

De este modo, la conquista de los "cristianos", se prolongaba ahora, sojuzgando el alma de aquel último descendiente de los "abipones", que empezaba a comprender el amor...

Carlos Schaefer Gallo

Dibujo de Alvarez

Año XLI
Núm. 2075
Buenos Aires, 9 de Julio de 1938



Sumario de este número

Portada: General José de San Martín, reproducción a todo color.
Segunda portada: La abanderada, página alusiva, en citocromía.
Coronel Juan Pascual Pringles, reproducción en cuatro colores.
"Toilette" invernal, modelo, en colores.

COLABORACION LITERARIA, ARTICULOS, NOTAS Y REPORTAJES

Consultorio Médico Gratuito de CARAS Y CARETAS

Bajo la dirección del doctor Julio A. Alvarez, funciona este consultorio de "Caras y Caretas" en su local, Chacabuco 151, todos los días de acuerdo con el siguiente

HORARIO

CLINICA MEDICA
Dr. JULIO A. ALVAREZ
Lunes, Miércoles y Viernes, de 10 a 12.

VIAS RESPIRATORIAS - PULMON
Dr. FEDERICO GONZALEZ BONORINO
Martes y jueves, de 14 a 15.
Sábados, de 10 a 11.

PIEL Y SIFILIS
Dr. FELIX F. GUNCHE
Martes, de 9 a 10.

NERVIOSAS Y MENTALES
Dr. MARCOS VICTORIA
Viernes, de 14 a 15.

CIRUGIA
Dr. RODOLFO M. MONTMASSON
Jueves, de 10 a 11.
Dr. JOSE DELORME
Martes, de 16.30 a 17.30.

VIAS URINARIAS
Dr. SALVADOR J. PRAT
Martes, de 16.30 a 17.30.
Jueves, de 15 a 16.

OCULISTA
Dr. MARIO X. LANDO
Jueves y sábado, de 15 a 16.

PARTOS Y GINECOLOGIA
Dr. RAUL B. ALVIS
Viernes, de 10 a 11.
Dr. VICENTE MARINO DONATO
Martes, de 11 a 12.

NIÑOS
Dr. JOSE J. REBOIRAS
Jueves, de 17 a 18.

GARGANTA, NARIZ Y OIDOS
Dr. ANTONIO E. CARRASCOSA
Miércoles, de 10 a 11.

El doctor Mario X. Landó atenderá en su consultorio particular, calle Uruguay 172, los días señalados. Las órdenes para ser atendidos por este especialista serán entregadas los días miércoles y viernes, de 11 a 12, por el jefe de este servicio, doctor Julio A. Alvarez.

***NOTA:** Recorte este cupón, a la presentación del cual se entregará una tarjeta con la que será atendido por riguroso orden de llegada. Dicha tarjeta puede solicitarse cualquier día hábil, hasta media hora antes de iniciar su tarea el especialista de turno.*

CARAS Y CARETAS
"CONSULTORIO MEDICO GRATUITO"
CHACABUCO 151
CUPON
JULIO



Las presentes memorias comenzaron a publicarse en el Nº 2057 de "Caras y Caretas".

CAPITULO XXII

AMIGOS

LUIS de Zulueta colaboró conmigo en el primero de mis trabajos publicados. Se ha dicho que fué el poema dramático, titulado *Jesús y el Diablo*. Este poema dialogado se publicó en Barcelona por los años de 1898 y está realmente escrito en colaboración con Luis de Zulueta; pero, no es la primera obra que mi amigo y yo publicamos. La primera fué un folleto de exégesis taurina, con un título humorístico: *Lo que España necesita, menos guerra y más Guerrita*. En este folleto se hacía el elogio del torero cordobés Rafael Guerra (*Guerrita*). Lo criticaban en Barcelona porque se les antojaba más diestro y vistoso que valeroso y denodado. Allí gustaron siempre los toreros de emoción y coraje, tuvieran o no tuvieran escuela. Y a Guerrita, que ahorraba su vida, aunque derrochaba elegancia, arte y adornos, lo combatían con saña y le armaban indecibles gritas la mayor parte de las tardes.

Airado con esta injusta disposición del público, Zulueta, que entendía de tauromaquia y admiraba sinceramente a Guerrita, discurrió un alegato, defendiéndole. Firmaba *Caprilillo*. Me propuso la publicación del trabajo en un folleto donde iría además un romance sobre el conde de Villamediana, supuesto rival de Felipe IV que, precisamente en una fiesta de toros, lució una banda con el mote: *Son mis amores reales*.

Reunimos las treinta pesetas que nos pedían para editar *aquello* en la imprenta de una revista de toros con cuyo director mantenía Zulueta alguna amistad. Cuando se interesaba por bagatelas y nonadas lo hacía con la misma dedicación y empeño que ponía en las grandes cosas. Rodeaba su objeto por todas partes hasta dominarlo y apropiárselo. Había nacido para *entender*. Para Zulueta, *afición* y *comprensión* eran sinónimos. Sus gustos y curiosidades se le convertían al poco tiempo en ciencia y su ciencia se le recargaba de erudición. Probablemente su defecto ha sido considerarlo todo como "materia inteligible". Da la impresión de no haber usado realmente la vida; de no haber *querido*, de no haber *padecido*, de no haberse realizado en el mundo. Se me antoja siempre en su cátedra, esforzándose por comprender; esforzándose, principalmente, por hacer que entiendan los demás su comprensión del mundo. No se niega, por otra parte, a admitir, de un hecho, toda suerte de explicaciones, si todas ellas le caben en la inteligencia. Así van poco a poco inutilizándosele por desuso las nociones de *bien* y *mal*. No las necesita. La ciencia es para él, en efecto, el árbol del bien y del mal: lo entendido pierde toda aspereza y maldad. No entender, ignorar, es en el mundo el único pecado; y toda su filosofía se le resume en una pedagogía incansable y constante aplicada a criaturas humanas que han nacido para aprenderse la lección del mundo y llenar el misterio de proposiciones lógicas.

Así el mundo y la vida se le han ido a Zulueta de las manos. No entró en ellos sino como el técnico en un laboratorio; creyendo habérselas con instrumental y objetos únicamente reunidos y catalogados allí para sus experiencias y explicaciones.

CUANDO la broma editorial de nuestro folleto taurino, estaba empezando la guerra de Cuba: nuestra última guerra colonial, preludio de nuestro desastre en el choque inevitable con los Estados Unidos.

Por eso Zulueta afirmaba en el título que a España le convenía menos guerra. Y en cambio le recetaba, alegre y ligeramente, para remedio de sus males, más "Guerrita".



He traído a colación esta pequeña anécdota que pinta gráficamente la disposición de espíritu, ausente y fútil, en que había de sorprender, a los muchachos de aquella generación, el más trágico y duro trance porque pasaría la historia de España, antes del movimiento nacional. Como de un pecado mortal literario y patriótico he querido confesarme del hecho de haber publicado aquel folleto con semejante título.

Y sin embargo, Luis de Zulueta, que lo había bautizado no era entonces, ni ha sido nunca, un desaprensivo, un mal español, un demagogo cínico. Era, ha sido y es, como he dicho, ese hombre *demasiado inteligente,* de corrosiva influencia en los períodos agitados de una nación, para el que parece haberse inventado la frase funesta, lente esmeraldina de todas las decadencias: *entenderlo todo es disculparlo todo.*

Zulueta pertenecía a una familia vasca de origen que había pasado a Barcelona, después de unos años de permanencia y asiento en la isla de Cuba. El padre de mi amigo estaba relacionado con lo más pudiente de la banca barcelonesa; y mantuvo hasta su muerte la línea y nivel de su casa entre las que pertenecían a la más alta burguesía. Decían que era apoderado comercial de la Compañía de Jesús y que tenía inscritos a su nombre los bienes y propiedades de los jesuítas. En efecto, la expulsión de la Orden dictada en tiempos de Carlos III no había sido revocada. Se toleraba su presencia pero, los jesuítas legalmente no podían aparecer como propietarios de nada en España. Por eso el padre de Zulueta y otros buenos amigos los amparaban, prestándoles su nombre y apareciendo como dueños de los bienes y propiedades que, de otro modo, los jesuítas no habrían podido aceptar ni adquirir. Creo que esto, además, sirvió para inmunizarlos ahora, contra los primeros ataques directos cuando, recién decretada la disolución, quiso la República quedarse con sus bienes, despojando legalmente a la Orden. Sin el saqueo, el pillaje y los incendios que no tardaron muchas semanas en producirse no les habría sido tan fácil a los logreros del nuevo Poder arruinar a los hijos de San Ignacio. No aparecían como dueños de nada.

Zulueta y yo habíamos cursado nuestro bachillerato en el colegio de los jesuítas, donde Zulueta acababa el último año cuando yo aprobaba el penúltimo.

También fué condiscípulo nuestro en aquella casa Ventosa y Calvell, ex ministro de Hacienda de la monarquía, brazo derecho de Cambó en los mejores momentos de la política de la *Lliga* y uno de los llamados a colaborar desde ahora en la extirpación y cauterio definitivo del que ya he llamado cáncer del particularismo catalán.

A Ventosa le he tropezado pocas veces en la vida, porque desde el primer momento su actividad ha sido principalmente política. Pero cuando fué por primera vez titular de la cartera de Hacienda le visité en Madrid para felicitarle y charlamos un rato. Me recordó aquel día una



historia de nuestros años de colegio que yo había olvidado. Y es que, en la clase de retórica, un año después de mi *Romance a la Virgen María,* cuando ya, entre los condiscípulos, galleaba yo de poeta y me las daba de romántico, los jesuítas no me otorgaron más que un tercer premio en el concurso o certamen de poesía; y designaron, para el primero, a Ventosa.

—Y ahora, concluyó mi antiguo condiscípulo, — cuando los amigos me felicitan por haber sido llamado a desempeñar este cargo, les diría de buena gana: no vale la pena; felicítenme ustedes por haber sido una vez mejor poeta que un poeta.

Felicitémosle por las muchas veces que ha sabido ser más poeta que los poetas en la abnegación y el espíritu de sacrificio, inmolando las horas de su vida sobre el altar de la patria. No sólo es poeta el que escribe versos. También las acciones son poesía viva.

Zulueta y yo seguimos siendo congregantes de San Luis Gonzaga y de la Inmaculada (*Luises*), al dejar el colegio. Nos veíamos periódicamente en las sesiones o en las fiestas que celebrábamos los congregantes adscritos a la sección de literatura de la congregación.

Allí, una tarde otro muchacho que había de ser con el tiempo buen escritor y maestro de preceptiva literaria, Manuel de Montoliu habló de Gustavo Adolfo Bécquer. El tema prendió entre nosotros una inefable llamita de fervor romántico. Salimos unos cuantos, en grupo que había cuajado al calor de la llama común. Deambulamos bajo el atardecer obscuro, sin rumbo, hacia los más viejos barrios de la vieja ciudad. Y recorriendo los claustros de la Catedral, nos reconocimos y nos proclamamos hermanados en espíritu de idealidad y poesía.

Todos los compañeros que habíamos coincidido en aquella peregrinación, de la que naturalmente formaban parte los tres hermanos Montoliu, seguimos viéndonos y conversando de arte y literatura con frecuencia. Pero Zulueta y yo tomamos desde aquel día la costumbre de reunirnos en casa todas las tardes, al salir de nuestros respectivos trabajos.

Pusimos en común nuestros fervores literarios y resultamos coincidir en la admiración por Zorrilla, Espronceda, Larra, Bécquer y, en general, por toda la primera línea de nuestros románticos. Ibamos a ellos, saltando por encima de los Campoamor, Núñez de Arce, Manuel del Palacio, Grilo, Ferrari y Balart que teníamos más cerca en el tiempo; pero, que se nos habían desteñido y envejecido, por el uso, entre las manos.

Cuando Zulueta y yo, no contentos con el cambio de impresiones, nos pusimos a colaborar, escribimos una leyenda sobre Alhamar el Nazarita que en realidad parodiaba lo más oriental del poema *Granada* de Zorrilla. A continuación escribimos otra leyenda sobre los amores de Don Juan de Tasis, conde de Villamediana. De esta leyenda desglosaríamos, andando el tiempo, el romance que, con las prosas de Caprilillo había de integrar nuestro primer folleto en colaboración.

Y todo esto era juego que no podía satisfacernos. Queríamos otros rumbos, otros nombres: la hora de nuestra hora, para levantarnos de nuestro sueño de momias y ponernos a andar...

Buscábamos; aventurábamos; lo leíamos todo. En especial, las literaturas exóticas, los libros tachados de novelería bizarra, los autores desconocidos y de nombres raros.

Andaba por entonces en manos de la juventud barcelonesa, traducido al francés por el conde de Prozor el teatro de Ibsen.

No se me olvida una lluviosa tarde de domingo en la que un nuevo compañero, inquieto agitador de nuevos fantasmas nos había reunido alrededor de una mesa, en su casita de familia, a algunos amigos, entre los que estábamos Luis de Zulueta y yo. El nuevo compañero se llamaba José Pijoan. Había de ser, con el tiempo, catedrático en universidades de los Estados Unidos. Había de escribir, con el personalísimo criterio que mis lectores conocen sin duda, una Historia Universal de la Civilización. Y de consuno con el erudito maestro Cossio había de componer la "Summa Artis", una enciclopedia de todas las artes que aun está en curso de publicación. Nos reunía aquella tarde, en su casa, para leernos una traducción catalana de *Los Espectros* de Ibsen. Era Pijoan el que había de oficiar entre nosotros de *voz que despierta.* Nos quedamos mirándonos después de la lectura, paralizados y extáticos en el estupor de la entonces nueva emoción experimentada, sin palabras que expresaran la inédita maravilla con que, por primera vez asistíamos al descubrimiento de una arista desconocida en el vasto polígono del ingenio humano.

Había cerrado la tarde.

Sobre las aceras de la calle sangraban las gotas de luz de los faroles de gas, al despedirnos.

Una forma nueva de arte, la inserción de una fatalidad real, inexorable y activa en el plano de la existencia humana acababa de manifestársenos. La perspectiva del mundo se agrandaba ante nuestras conciencias y vivíamos más y hacia mayores profundidades que antes de conocer la obra de Ibsen.

No porque hubiéramos oído mejores cosas ni mejor expresadas: simplemente, porque sentíamos que estábamos oyendo la voz de *nuestros* días con los pensamientos y los sentimientos que andaban a la sazón por el mundo; que nos rodeaban, que nos envolvían y con los que de todas maneras, incluso para negarlos y combatirlos, nos iba a ser indispensable contar, desde aquel momento.

E. Marquina

Dibujo de Faber

(Continuará en el próximo número)

HEROINAS AMERICANAS

Por
Carlos Héctor Larrazábal



Cuando en la América del Sur se habló de independencia y de patria, esta idea se hizo fuego en el corazón de los hombres. Desde entonces la vida fué poca cosa a retenerlos lejos del peligro; persiguiendo el ideal más puro con que puede soñar el patriotismo, aquellos hombres se precipitaron hacia todos los sacrificios, hacia la muerte, por donde todos encontraron el camino de la gloria y muchos hallaron la senda de la inmortalidad.

La América se convirtió durante varios años en una inmensa hoguera, que si bien su luz rojiza ponía visos de gloria en la frente de los héroes también sus reflejos infernales iluminaban tristemente enormes lagos de sangre, infinitos campos cubiertos de cadáveres. Pero ese panorama espantoso, ese drama horrible no amedrentó el alma bondadosa y sencilla de la mujer americana. No, nuestras mujeres comprendieron que purificada en aquel fuego y fecundada por aquella sangre, había de alzarse soberbia y para siempre la libertad de un continente, y supieron hacerle frente al dolor.

La visión de la patria que surgía, conmovió en ellas la fibra del sacrificio, y así, no hubo en todo Sud América una sola mujer que retuviese entre sus brazos al hijo, al esposo, al padre, al hermano, al prometido que se iban a la guerra, que se iban casi seguro para no volver. Y a la hora de la partida, eran ellas las que, con un beso de amor ahogaban un grito de angustia y le cruzaban sonriendo el morral sobre la espalda.

Después... después lágrimas y plegarias ante una imagen; es la alianza del amor y la fe, no se le puede negar sus derechos al corazón: hay momentos en que el amor pide lágrimas y hay que dárselas.

Nuestra guerra magna pues, cuenta también heroínas y mártires. Recordemos hoy los nombres de algunas de aquellas mujeres que son orgullo de su raza y páginas brillantes en la historia de América.

Argentina. — La mujer argentina evidenció su patriotismo con rasgos admirables de generosidad y de civismo; tuvo la clara visión de la patria que entre nubes de tempestad, apenas se diseñaba en el horizonte del porvenir, y a ella, a la patria, consagró todos los estímulos de su esfuerzo, todas las valentías y todas las generosidades de su corazón.

Doña Francisca de Ibarrola, en los albores de la revolución, cuando todo era incertidumbre y amenaza, se presenta ante la Junta de Gobierno y le ofrece a la patria naciente todo cuanto tiene y cuanto ama. No sólo da su di-

nero para socorro de las primeras tropas que parten de Buenos Aires, sino que pide con instancia un puesto en ese mismo ejército para su hijo adolescente y único. Este gran gesto nos recuerda a aquella célebre espartana que al enterarse de que sus hjos habían perecido en un combate defendiendo la patria, exclamó con entereza: "Esparta, para ti los crié y a ti te los he dado". La señora de Ibarrola también pudo haber exclamado: "Argentina, todo cuanto tengo y cuanto amo te lo doy".

Doña María Thompson — más comúnmente conocida por su nombre de soltera Mariquita Sánchez — en momentos azarosos convierte su propio hogar en sitio de conspiraciones patrióticas que se realizan al amparo de brillantes fiestas sociales. Y es en aquel mismo lugar donde, estremeciendo de entusiasmo el alma de los oyentes, vibran por vez primera en Buenos Aires las notas del Himno Nacional.

En la ciudad de Mendoza, en momentos precarios para el Estado, en momentos de angustiosa escasez en el ejército de los Andes — que más tarde conducido por el inmortal general San Martín en la expedición libertadora de Chile, había de transponer la Cordillera para cubrirse de gloria en Chacabuco, — un grupo de damas argentinas presididas por doña Remedios Escalada de San Martín (esposa del héroe) penetran en la sala del Cabildo y con el fervor con que deja el creyente una ofrenda sobre el altar de una imagen sagrada, dejaron ellas allí para la patria todas sus ricas alhajas y muchos otros valiosos donativos. (1).

Bolivia. — Allá, en el Alto Perú, entre riscos y nieves, una mujer que desde la iniciación de la guerra viste uniforme militar y ciñe espada al cinto, va siguiendo a su marido en el camino del heroísmo y de la gloria: es doña Juana Azurduy de Padilla. Dos grandes pasiones la empujan hacia el peligro: el amor a la independencia y el amor a su esposo.

Caído el héroe para siempre, ella, Juana Azurduy, acalla su gran dolor de esposa, porque aun le queda una noble pasión por la cual luchar. Y en el combate de Villar, cuando la victoria parece darle la espalda, la heroína se transfigura, arremete intrépida y quita al enemigo por su propia mano la bandera realista. Con esta acción obtiene el triunfo de los suyos: su batallón ebrio de entusiasmo deshace al enemigo.

Y así, con aquel hermoso trofeo y con su vida ejemplar de abnegación y valentía, Juana Azurduy entra en la historia americana con legítimas credenciales de heroína.

Colombia. — En San José de Cúcuta, doña Merced Abrego, en la dulzura de su vida hogareña, en momentos de ensueño patriótico, en esas horas en que se confunden en un mismo sentimiento la patria y los héroes, piensa en el Libertador y con mano delicada y oro fino, borda un uniforme para aquel general, a la vez terrible y soñador que iba por los campos de América llevando la bandera de la libertad. La joven patriota se esmera en la ofrenda que prepara y porque el tiempo apremia duplica su afán y borda noche y día.

En aquellas alternativas tan frecuentes en nuestra guerra magna, un día, Bartolomé Lizón cruza con sus tropas la frontera venezolana y reconquista a Cúcuta; va ansioso de botín y de venganzas. Doña Merced Abrego es acusada de haber bordado en oro un uniforme para Bolívar. ¡Qué tremendo delito!... La acusada se muestra orgullosa de haber ofrecido con aquella labor humilde de sus manos un homenaje al general que combatía por la libertad de Colombia.

Delante de la propia víctima, los oficiales realistas "echan la suerte a los dados por ver a cuál de ellos toca la feliz ventura de cortarle la cabeza". La suerte "favorece al bizarro Lizón". Pero aquella mujer romántica y de temple heroico, no llora, no suplica; como una mártir espera el último momento. "El valerosísimo Lizón" la toma de los cabellos, desenvaina la espada y de un tajo le separa el cuerpo de la cabeza, que queda con los ojos abiertos y la mirada fija, como si en aquel instante supremo hubiese querido llevarse a ultratumba la visión de la patria.

Otra joven se ha singularizado en la historia de Colombia. Policarpa Salaverrieta, — comúnmente llamada Pola, — joven hermosa y muy amada de un bizarro oficial: Alejo Savarain, piensa en la patria antes que en la felicidad del hogar que le ofrece su himeneo y conspirando hábilmente va sembrando optimismo; descubre al fin planes del enemigo y los envía con su prometido al campamento patriota de Casanare. Se interpone la fatalidad, Savarain y sus compañeros caen en manos de los realistas; los documentos secuestrados comprometen a Pola y ésta es conducida ante una corte marcial. Se le hacen promesas halagadoras y falaces, Pola no habla, no denuncia; se guarda silencio; tampoco pide piedad, espera con resignación de mártir la sentencia atroz.

Un virrey cobarde, Juan Sámano, levanta en la plaza principal de Bogotá el cadalso le amenaza entonces cruelmente, la heroína donde Pola debe expiar el delito de amar la independencia de su patria. Está resuelto ya; sin embargo, se hace un proceso militar ruidoso, donde no hay un defensor de la víctima sino un fiscal acusador y la sentencia es cruel.

Al salir de la prisión, camino del patíbulo, la heroína bogotana manifiesta tener sed. Un oficial realista le acerca una copa de agua, que ella rechaza con estas palabras: "Ni el agua la quiero de los verdugos de mi patria". Llega al fin la mártir al lugar del suplicio y antes de que el fuego de los fusiles corte el hilo de aquella vida noble, la heroína se yergue sobre la arena que ha de recibir su cuerpo inerte y grita con voz vibrante: "Muy pronto mi sangre será vengada por los libertadores de la patria".

Venezuela. — La mujer venezolana también tiene rasgos hermosísimos en aquella contienda singular. En Caracas, manos femeninas y aristocráticas que después habían de tejer coronas de laurel para el Libertador, multiplicaron afanosas la labor de la aguja cosiendo vestuarios y haciendo hilas y vendas para las tropas que salían al encuentro del enemigo; y muchas hubo que distribuyeron sus alhajas y sus ahorros, grandes o chicos, entre esa misma tropa. Otras mujeres humildes y no por ello menos heroínas, seguían unas a sus hijos, otras a sus maridos; podían servir a la patria y a lo suyos: eran las enfermeras del ejército, eran la voz tierna que consuela al moribundo, la mano piadosa que cierra los ojos al que cae para siempre sobre el campo de la gloria.

---

(1) En la historia argentina hay otras mujeres singulares que son anteriores y posteriores a la Independencia, y por *esta misma razón* no entran dentro de los hechos que nos proponemos reseñar.

Y así hubo siempre en el ejército venezolano mujeres que marchaban al paso de sus soldados, llevando terciado a un lado el botiquín y al otro lado el fusil. Esas heroínas salidas de los calurosos llanos de Venezuela, tramontaron el páramo de Pisba siguiendo al ejército que iba a libertar a Colombia, y oyeron los clarines que anunciaron la victoria de Boyacá. Pero esas son las heroínas anónimas, como es también anónima la vida del soldado humilde, sufrido y glorioso, de quien, a mucho, se recuerda el número de su regimiento o el nombre de su batallón.

Doña Josefa Figueras era conocida en Barcelona (Venezuela) por la bondad de su carácter, las penas ajenas lastimaban su espíritu. Antes de 1810 había llegado a esa ciudad Francisco Tomás Morales en busca de suerte más propicia; y aquel aventurero en horas de enfermedad y de escasez, se acercó a la señora Figueras y fué socorrido. Luego llegan los días inquietantes de la revolución; la señora Figueras es entusiasta propagandista de la independencia, como una vestal va manteniendo vivo en los corazones el fuego sagrado del patriotismo; entretanto, Morales se ha hecho caudillo para defender la causa de su rey, y cuando entra vencedor a Barcelona pretende conquistar a la señora Figueras para la causa de la opresión. Aquella mujer de corazón bondadoso y temple varonil, sabe que va a morir, pero no traiciona a su patria, no se acobarda, no suplica. Y el atroz Morales sacrifica, — por el delito de ser patriota, — a la que fué su bienhechora en días de dolencia y de escasez.

Años después vuelve Barcelona a ser teatro de una espantosa carnicería: el coronel Juan Aldama ha tomado la ciudad a sangre y fuego; y el pundonoroso coronel Chamberlain, antes que sufrir los ultrajes del enemigo vencedor, se parte la frente de un balazo. Un oficial realista se acerca a doña Eulalia Buroz, viuda de Chamberlain que acaba de morir, y la conduce prisionera a Casa-Fuerte, donde pretende agregar al dolor de la viudez y la derrota, el ultraje a la virtud. La señora Buroz pálida y silenciosa de indignación y de pena le arrebata el arma al oficial y le parte el corazón de un pistoletazo; pero simultáneamente cae destrozada por más de treinta balas que descarga sobre ella la soldadesca realista que tanto se ensaña en la venganza, que a punta de bayoneta la desfiguran.

El terrible Boves entra vencedor a Cumaná y entrega la ciudad al saqueo y al furor de las tropas: la sangre patricia corre hasta empurpurar las aguas del río Manzanares. Pero esto no basta, José Tomás Boves necesita algo más; hace sacar del templo a doña Cármen Mercié; no contiene a la soldadesca ni siquiera el estado avanzado de maternidad en que se halla y es brutalmente atropellada. Pretende el inhumano Boves que la víctima denuncie a los suyos y para ello la amenaza con quitarle la vida.

No conocían aquellos hombres el temple moral de la mujer americana. La heroína cumanesa no vacila ni suplica, antes por lo contrario, responde con asombrosa entereza: "Antes la muerte". A estas palabras hace un gesto el jefe realista y ve complacido que las bayonetas de los soldados destrozan aquel indefenso cuerpo femenino. Doña Carmen Mercié había ido a arrodillarse ante el altar de Dios a pedirle al Todopoderoso piedad para sus compatriotas, piedad para ella, piedad y patria independiente para el hijo que había de nacerle y que tan cobardemente fué asesinado antes de venir a la vida.

En la misma ciudad de Cumaná, años más tarde, el coronel Aldama — aquel a quien ya hemos visto destruyendo a Barcelona, — tiene noticias de que los patriotas ocultan en la propia ciudad una considerable cantidad de parque. Despacha entonces un pelotón de soldados para conducir prisionera a una joven llamada Leonor Guerra. Piensa Aldama que en aquel frágil cuerpo de mujer ha de haber un alma timorata y pretende ganarla para la delación; pero aquella mujer que parece tímida, tiene la entereza viril del más profundo silencio; prefiere morir antes que traicionar la causa de su patria.

Aldama ordena el suplicio: Leonor Guerra es llevada a la plaza pública y allí, los soldados la azotan sin piedad; la heroína cumanesa se retuerce, exhala profundos quejidos... y al fin, bajo la inclemencia del castigo brutal, cae; pero guarda el secreto.

Comandada por el mariscal de campo Pablo Morillo, llegó a las costas de Venezuela la expedición más poderosa que hasta entonces hubiese preparado España. La isla de Margarita, llamada entonces Nueva Esparta, defendida sólo por cuatrocientos hombres se rinde sin combatir; pero su principal caudillo el general Juan Bautista Arismendi pronto enciende la hoguera de la insurrección. Doña Luisa Cáseres, esposa de Arismendi, es sacada de su propio hogar y colocada en la primera línea de combate para cohibir la acción del jefe insurrecto; pero el fuego no cesa. Frustrado este recurso innoble, se le amenaza cruelmente para obligarla ruegue a su marido que abandone las armas. Bien sabe el jefe realista la influencia que ejerce la joven esposa en el ánimo de su marido, y más en circunstancias en que está próxima a ser madre; pero no conoce el temple moral de su inocente víctima.

A todas las amenazas, la heroína caraqueña contesta firmemente: "Nunca conseguiréis de mí, le pida a mi esposo que falte a su deber". Es entonces conducida a un calabozo y duramente maltratada. Poco después le nace un hijo y lo ve morir de mengua en aquella celda obscura y triste sin poderlo amamantar.

Todo el delito de esta desventurada caraqueña y por el cual se le imponen tan duros tormentos, es el delito de ser venezolana y ser patriota.

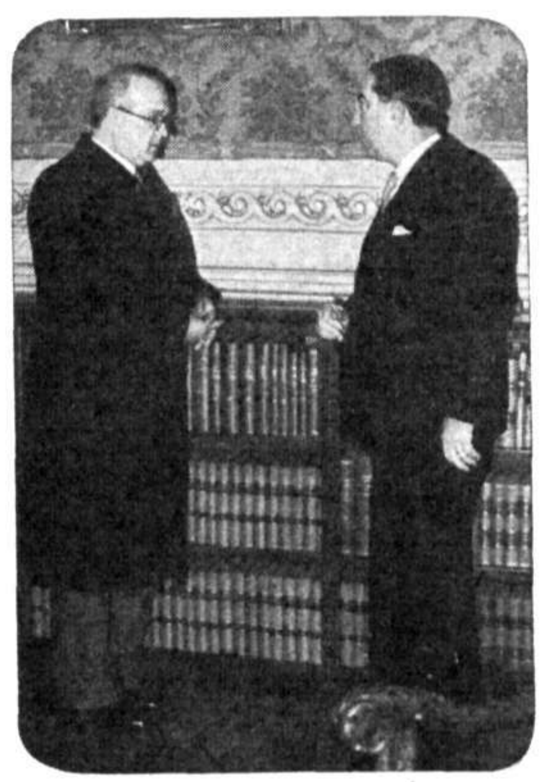
Más tarde, doña Luisa Cáseres de Arismendi es conducida a Cádiz en calidad de prisionera; y al subir a la nave que la conduce a morir en la tierra opresora de la suya, sonríe, porque lleva en la mente y en el alma la visión inefable de la patria redimida.

Con particular complacencia rendimos homenaje patriótico al evocar el nombre de estas mujeres que, como ya hemos dicho, son orgullo de su raza y páginas brillantes en la historia de América.

Carlos Héctor Larrazábal

Dibujos de Valdivia

Dónde se elabora la



Nuestro redactor conversando con el presidente de la Academia Nacional de la Historia, doctor Ricardo Levene, que a la vez es el autor de la transformación del organismo y de su nueva orientación.

Génesis y desarrollo de la Academia Nacional de la Historia

La Historia Argentina se está forjando en el seno de la que desde hace pocos meses es su Academia Nacional.

Este importante organismo, nuevo en su denominación actual, pero viejo en su vida de labor, está constituído por las figuras representativas de nuestro mundo estudioso que formaban la Junta de Historia y Numismática Americana.

El origen de ésta se remonta al último cuarto del siglo pasado, cuando un núcleo de investigadores de nuestra historia, a inspiraciones de Mitre, celebraba reuniones dominicales, a las que solían concurrir, entre otros notables, Alejandro Rosa, Ernesto Quesada, Angel J. Carranza, José Toribio Medina, José Clemente Marcó del Pont, Alfredo Meabe y Fregeiro, algunos en compañía de sus esposas.

Alguien propuso dar carácter estable y orgánico a tan provechosas tertulias, hace justamente cuarenta y seis años.

Y surgió la Junta de Historia y Numismática, que un año después, bajo la presidencia de Mitre, celebraba su primer acto en la casa del famoso numismático Alejandro Rosa. Luego se instaló, con carácter definitivo, donde hoy se encuentra — en la casa de Mitre, — después de pasar por el Archivo General de la Nación.

Desde entonces y hasta los primeros días del año corriente, el prestigioso y prestigiado organismo fué la representación genuina de los estudios históricos, no sólo de la Argentina, sino de toda América, con las correspondientes proyecciones hacia la Europa influyente.

Con su biblioteca, única en América, sus publicaciones, sus trabajos de investigación, sus estrechas vinculaciones y sus actos culturales, llegó a la consagración oficial, que tuvo lugar el 21 de enero último, con el decreto, firmado por el presidente Justo en las postrimerías de su mandato, en el que se reconoce a la Junta de Historia y Numismática Americana como Academia Nacional de la Historia.

Con el último presidente de la Junta y primero de la Academia

En este aniversario, que coincide con la publicación del tradicional número de CARAS Y CARETAS dedicado a rememoraciones históricas, consideramos oportuno entrevistar a uno de los estudiosos que más han trabajado, dentro y fuera de la entidad, por la investigación, depuración y divulgación de la Historia Argentina: el doctor Ricardo Levene, espíritu culto y dinámico, que durante varios períodos ha ejercido el cargo de presidente de la Junta, hoy Academia, y que es el verdadero autor de la transformación y nueva orientación de la entidad.

Nos dice el doctor Levene que, como manifestó en el acto solemne de la instalación de la Academia, el surgimiento del nuevo organismo inicia un momento de superación en los estudios históricos.

— En el estatuto dictado — dice — se organiza y se orienta la labor histórica actual, dándole sentido científico y cultural, social y pedagógico. En el artículo tercero se especifica esa acción, alentando las investigaciones originales y las publicaciones de obras, de periódicos y de documentos, asignándole además la intervención que le corresponde a la Academia en la reforma de la enseñanza de las Historias Americana y Argentina; en la reunión de los Congresos de Historia, nacionales y regionales, y en la colaboración que puede prestar en los hechos de gran valor moral, como la conservación de los lugares y restos históricos y la erección de monumentos conmemorativos.



Portada de la reimpresión facsimilar del "Telégrafo Mercantil", de 1801-1802, que fué dirigida por la Junta de Historia y Numismática Americana, hoy Academia Nacional de la Historia.

Historia de la Patria

Lo que publicó la Junta y lo que publicará la Academia

Interrogado sobre las publicaciones hechas por la institución, el doctor Levene se remonta a las efectuadas con el sello de la Junta de Historia y Numismática, desde los tiempos de Mitre hasta el ayer inmediato.

Entre otras obras, nos cita el "Viaje al Río de la Plata" (1534-1554), de Ulrich Schmidel, con notas bibliográficas de Bartolomé Mitre; la "Historia de las Revoluciones de la Provincia del Paraguay" (1721-1735), del P. Pedro Lozano, con prólogo y notas de A. Lafone Quevedo y Enrique Peña; "El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima" (1773), de Concolocorvo, con notas y prólogo de Martiniano Leguizamón, y otras muchas.

No quiere que pasemos por alto, pues merecen destacarse, las reimpresiones facsimilares de periódicos argentinos antiguos, como ser "El Telégrafo Mercantil", "El Semanario de Agricultura", "El Argos de Buenos Aires" y "La Gaceta". Y nos anuncia, a modo de primicia, la reedición de tres periódicos que hicieron época: "La Moda", de 1837, con introducción de José Oría; "El Iniciador", de 1838, y "El Zonda", de Sarmiento, de 1839. Estas obras están en prensa.

—También se publica el Boletín de la institución — nos dice el doctor Levene, — que lleva ya editados diez volúmenes bajo la competente dirección de don Rómulo Zabala.

Deja para el final de la conversación, por tratarse de la obra cumbre de la entidad, la "Historia de la Nación Argentina", que inició la Junta y terminará la Academia.

Otro de los grandes trabajos a que se ve abocada la Academia Nacional de la Historia son seis volúmenes que contienen las colaboraciones seleccionadas del II Congreso Internacional de Historia de América, que fué organizado por la Junta de Historia y Numismática en conmemoración del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires. Esta importante obra, que está en prensa, la dirige el propio presidente de la Academia, doctor Ricardo Levene. Comprende notas de éste y colaboraciones enviadas al referido Congreso. Además, y ocupando íntegramente el último volumen, "La vida de Miranda", por William Spence Robertson, publicación ordenada por la mencionada asamblea y traducida del inglés por Julio E. Payró.


EL INICIADOR.

La primera página de "El Iniciador", escrito en 1838 en Montevideo por los argentinos expatriados. Su reproducción facsimilar, encomendada por la Academia, verá la luz este año.

Las conferencias públicas

A esta altura de la entrevista, el doctor Levene nos presenta otro aspecto de la Academia: el de las conferencias públicas.

Nos dice que estos actos — que cuentan con la presencia de nutridos auditorios — se realizan sujetos a un plan orgánico sobre temas históricos.

Ocupan su tribuna personalidades y altos valores con el fin de formar una conciencia general sobre la historia patria.

En lo que va del año pronunciaron sendas conferencias Antonio Sagarna, Rodolfo Rivarola, José Torre Revello, Emilio Ravignani, José Imbelloni, Enrique de Gandía, Juan Pablo Echagüe y Arturo Capdevila.

El homenaje de la Academia a Sarmiento

Y aquí el doctor Levene nos ofrece otra primicia: el homenaje que los historiadores de la Academia rendirán a Sarmiento, con motivo del próximo cincuentenario de su muerte.

— El planeamiento de esta conmemoración — nos dice el doctor Levene — pertenece al presidente de la República, doctor Ortiz, y al ministro de Instrucción Pública, doctor Coll.

Dicha adhesión al recuerdo nacional consistirá en un ciclo de cuatro grandes conferencias, a cargo de otros tantos estudiosos, que tomarán la vida de Sarmiento bajo distintos aspectos. Los conferenciantes a cargo del homenaje son Ricardo Rojas, Juan Pablo Echagüe, Alberto Palcos y Rómulo Zabala. Además, se publicarán estudios de investigación sobre Sarmiento y su época.

La cultura histórica en las provincias

— Uno de los hechos más notables de la Academia Nacional de la Historia — nos dice el doctor Levene — es la labor que realiza con los estudiosos del interior del país.

Se han fundado las Juntas Filiales de Córdoba, que preside el doctor Enrique Martínez Paz; de Rosario, que preside el doctor Calixto Lassaga, y de Entre Ríos, que preside el doctor César B. Pérez Colman, ésta en Paraná, y se mantienen estrechas vinculaciones con las Juntas de Estudios Históricos de Mendoza, presidida por el doctor Edmundo Correas; de San Juan, que preside el R. P. Alfonso G. Hernández; de Tucumán, que preside el doctor Manuel Lizondo Borda; de Salta, presidida por el general Solá; de Santa Fe, que preside el doctor Manuel M. Cervera, y de Catamarca, presidida por el doctor Acuña.

De aquí ha resultado una comprensión profunda para valorar la Historia y aun la cultura nacionales.

Y agrega el presidente de la Academia:

— Cumplimos con lo que destaca el estatuto, o sea establecer esa clase de relaciones con el fin de estimular los trabajos de investigación original, según las regiones, y de elaborar al mismo tiempo la gran Historia Argentina, comprensiva de la Nación y las Provincias.

"El año pasado estuvimos en Mendoza en el Congreso de Historia de Cuyo, y regresamos ahora de Santa Fe, donde fuimos con motivo del Centenario de la muerte de López. La delegación que fué a esta última ciudad estaba integrada por

Emilio Ravignani, Enrique de Gandía, el R. P. Guillermo Furlong, Ricardo Caillet Bois, Juan Canter y el presidente de la Academia".

La Historia Americana

El doctor Levene recuerda complacido el éxito del II Congreso de Historia de América, demostración — dice — del prestigio que ha llegado a adquirir en el Continente este organismo y sus estudios de historia americana.

Convocados por la que entonces era Junta de Historia y Numismática, concurrieron al Congreso, entre otros, los insignes historiadores Clarence H. Haring y Percy Alvin Martin, de Estados Unidos de Norte América; Alfonso Reyes y Manuel Toussaint, de Méjico; Felipe Barreda Laos, Horacio Urteaga, J. Uriel García, Pedro Dulanto y P. Pedro Villar Córdoba del Perú; Luis Barros Borgoño, Domingo Amunátegui Solar y Ricardo Donoso, de Chile; Alcides Arguedas, de Bolivia; Mario Falcao Espalter, Felipe Ferreiro y otros notables historiadores, del Uruguay; José Santiago Rodríguez, de Venezuela; José Gabriel Navarro y Antonio Pons, del Ecuador; Pedro Calmón y Max Fleiuss, del Brasil; etc.



Primera medalla mandada acuñar por la Junta de Historia y Numismática, y que se hizo en honor de sus fundadores. Figuran en ella los nombres de Bartolomé Mitre, Alejandro Rosa, Enrique Peña, José Marcó del Pont, Alfredo Meabe y Angel J. Carranza.

Además, destaca el doctor Levene la significación intelectual de las delegaciones e instituciones culturales argentinas, tanto de la Capital como de las provincias. La sección de metodología, integrada con profesores de segunda enseñanza, adoptó importantes resoluciones sobre la revisión de los textos de Historia Americana y Nacional, de acuerdo con la verdad histórica y el espíritu de solidaridad continental, y sobre la enseñanza ilustrada y práctica, por la creación de los gabinetes de Historia, de gran significación para reformar esta enseñanza fundamental en la formación de la conciencia del país.

"Historia de la Nación Argentina"

Ha dejado el doctor Levene para el final, como ya hemos dicho, la descripción de la "Historia de la Nación Argentina", cuya publicación se realiza por ley del Congreso.

— Como expongo en el plan orgánico de esta obra — nos dice el presidente de la Academia, — el libro argentino y americano, antiguo y moderno, ha conquistado la preferencia pública, y particularmente el libro de historia y la manera moderna de la historia biográfica; pero la atracción que se siente por la historia de la civilización nuestra es realmente notable, porque obedece al profundo amor de lo propio, el vínculo sagrado con la madre tierra, que une al hombre al lugar de su nacimiento.

"La publicación de la *Historia de la Nación Argentina* — sigue diciendo — ha puesto en evidencia, por una parte, valores científicos de especialización en temas concretos de historia americana y argentina, y por otra, el espíritu de solidaridad para realizar una obra de conjunto. Contribuyen con sus respectivas colaboraciones estudiosos de la anterior y la nueva generación, maestros consagrados y jóvenes con vocación en las investigaciones históricas. No necesito destacar este aspecto y su significado moral, como escuela de cooperación y respeto recíproco, cualesquiera sean las disidencias en la materia fundamental.

"Abarca desde los orígenes prehistóricos y los antecedentes hispánicos y europeos; recorre los tres siglos de la Colonia; entra en la Revolución de Mayo, generándose la historia puramente argentina en los momentos dramáticos de la anarquía, la tiranía y las luchas por la formación nacional hasta la organización definitiva en 1862.

"Las presidencias hasta el centenario de la Revolución de Mayo, en 1910, serán estudiadas en la obra que esperamos editar después.

"Los primeros cuatro volúmenes, desde los orígenes hasta 1810, comprenden: *Tiempos históricos y protohistóricos; Europa y España; el momento histórico de los descubrimientos; Colonización y organización de Hispano-América; Adelantados y gobernadores del Río de la Plata, y El momento histórico del Virreinato.*

"Los seis volúmenes subsiguientes, desde la Revolución de 1810 a la organización definitiva, en 1862, comprenden: *La Revolución de Mayo hasta la Asamblea General Constituyente de 1813; El proceso de la Independencia y de la organización política interna, desde 1813 al advenimiento de Rosas en el gobierno, en 1829; Rosas y su época, y la Constitución de 1853 y la organización definitiva de la Nación, en 1862.*

"Los volúmenes IX y X estudian la formación de las provincias y territorios nacionales y su historia geográfica, económica, institucional y cultural".

En los cuatro volúmenes que se llevan publicados de esta gran obra colaboran Joaquín Franguelli, Milciades Alejo Vignati, José Imbelloni, Eduardo Casanova, Fernando Márquez Miranda, Emilio L. y Ducan R. Wágner, Francisco de Aparicio, Enrique Palavecino, Antonio Serrano, Clemente Ricci, José A. Oría, Julio Rey Pastor, Héctor R. Ratto, Ramón Menéndez Pidal, Pedro Henríquez Ureña, Jorge Cabral Texo, Rafael Altamira, Enrique de Gandía, Diego Luis Molinari, Max Fleiuss, José María Ots, Ricardo Levene, Felipe Barreda Laos, Pedro Calmon, Efraim Cardozo, Roberto Levillier, Manuel Lizondo Borda, Manuel V. Figuerero, José Torre Revello, José Aníbal Verdaguer, Mario Falcao Espalter, Guillermo Furlong Cardiff, Emilio Ravignani, Juan Alvarez, Emilio A. Coni, Ramón de Castro Esteves, Roberto Marfany, Alejo González Garaño, Juan A. Carrizo, Rómulo Zabala, Juan Canter, Juan Pablo Echagüe, Martín S. Noel, Juan Probst, Antonino Salvadores, Raúl Orgaz, Félix Garzón Maceda, Juan M. Monferini, Juan Beverina, Nicolás Fassolino y Pedro Grenon.

Hasta aquí la descripción de la obra, hecha por el presidente de la Academia, y ante la evidencia de su magnitud, podemos decir nosotros también que la trascendencia europea y americana de esta empresa desinteresada señala un momento de superación de nuestra cultura.

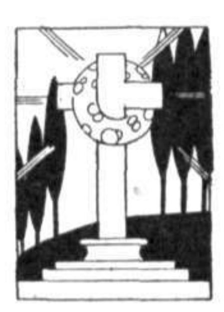
Y, terminando la conversación, expresa el doctor Levene:

— La Academia de la Historia tiene una significación moral e intelectual que procede del pensamiento de Mitre, su ilustre fundador y primer presidente, afianzada y extendida durante las presidencias sucesivas que desempeñaron los eminentes compatriotas Enrique Peña, José Marcó del Pont, Antonio Dellepiane, Ramón J. Cárcano y Martiniano Leguizamón. Ha estado y está integrada por valores representativos de la cultura argentina y americana, y existe entre sus miembros un gran espíritu de recíproca consideración y de solidaridad en la labor que es resultante del esfuerzo de todos.

A. P.



Una página de "Juvenilia"



Miguel Cané

UNA mañana vagábamos en el claustro, asombrados que hubiese pasado un cuarto de hora del momento infalible en que M. Jacques se presentaba. De pronto un grito penetrante hirió nuestros oídos; conocí la voz de Eduardo Fidanza, uno de lo discípulos más distinguidos del colegio. Corrí a la portería y encontré a Fidanza pálido, desencajado, repitiendo como en un sueño: "¡M. Jacques ha muerto!" La impresión fué indescriptible; se nos hizo un nudo en la garganta y nos miramos unos a otros con los rostros blancos, lívidos, como en el momento de una desventura terrible.

El portero había recibido orden de no dejarnos salir; lo echamos violentamente a un lado y muchos sin sombrero, desolados, corrimos a casa de M. Jacques.

Estaba tendido sobre su cama, rígido y con la soberbia cabeza impregnada de una majestad indecible. La muerte lo había sorprendido al llegar a su casa después de una noche agitada. El rayo de la apoplegía lo derribó vestido, sin darle tiempo para pedir ayuda. Pendía su mano derecha fuera de la cama; uno por uno, por un movimiento espontáneo, nos fuimos arrodillando y posando en ella nuestros labios, como un adiós supremo a aquel a quien nunca debíamos olvidar.

Su espíritu liberal, abierto a todas las verdades de la ciencia, libre de preocupaciones raquíticas, ha ejercido su influencia poderosa sobre el de todos sus discípulos.

Lo llevamos a pulso hasta su tumba y levantamos en ella un modesto monumento con nuestros pobres recursos de estudiantes.

Duerme el sueño eterno al abrigo de los árboles sombríos, no lejos del sitio donde reposan mis muertos queridos. Jamás voy a la tumba de los míos, sin pasar por el sepulcro del maestro y saludarlo con el respeto profundo de los grandes cariños.

Nuestra portada

El retrato del Libertador, reproducido al frente de este número conmemorativo, se halla expuesto en la galería del Círculo Militar. Esta es su historia:

Por patriótica y feliz iniciativa del ingeniero César González Segura, presidente de la comisión de interior del Jockey Club en 1921, contaba este centro con una nueva obra pictórica de gran mérito artístico e histórico. Para iniciar la ejecución de esta importante reconstrucción gráfica, digámoslo así, del gran prócer argentino, el pintor Brorr E. Kronstrand, asesorado por el doctor Dellepiane, director del Museo Histórico, y por el ingeniero González Segura, dedicó algunos meses a la lectura de cuantas obras se han escrito sobre el general San Martín y su vida. Estudió detenidamente una serie de estampas, cuadros de época, dibujos, grabados y miniaturas existentes del Libertador, y logró pintar uno de los retratos que mejor evocan la grandeza y varonil gallardía del glorioso patriota americano. El cuadro está ejecutado con la más rigurosa exactitud histórica. La espada, el uniforme, las botas, el elástico que sujeta con su mano izquierda, la banda, las condecoraciones que ostenta y



todos los detalles de la indumentaria fueron copiados de las prendas personales del general San Martín.

El 3 de abril de 1924, el Jockey Club donó la brillante obra al Círculo Militar.

MANUEL BELGRANO

Una biografía ejemplar por Luis Roque Gondra

La personalidad del general Manuel Belgrano, hasta el presente, no había tenido más que en Mitre un abundante aunque no por eso menos difuso historiador. Fué el laborioso investigador quien la emplazó sobre el merecido pedestal y fué también él quien nutrió infinidad de pequeños trabajos, hechos más para la acción ejemplarizadora y nacionalista que para aclarar innúmeros aspectos de la existencia del que, en verdad, puede considerarse como el precursor de nuestra independencia.

Ahora, el profesor Luis Roque Gondra, autor de un anterior e interesante y bien documentado trabajo sobre *Las ideas económicas de Manuel Belgrano*, dedica un nutrido volumen a la biografía de esta figura ejemplar hacia la cual sintióse siempre inclinada su vocación de historiógrafo y de indagador de los problemas sociales y, con preferencia, económicos.

Sobre animados fondos reconstituídos con elementos documentales y literarios de las distintas épocas, el autor nos muestra a Belgrano, primero en la colonial Buenos Aires y luego en la España de las postrimerías del siglo XVIII, alternando con estudiantes y cortesanos, nutriendo su espíritu, a la vez, en las doctas y anquilosadas universidades peninsulares y en la borboteante bibliografía que desde Francia e Inglaterra llegaba a sus manos, para, finalmente, hacerlo regresar, "al seno de los suyos, en 1794, trayendo como Prometeo en el hueco de la férula, la chispa que había de inflamar el espíritu de sus compatriotas".

En la segunda parte aparece el joven secretario del Consulado, luchando contra la "tosudez y la codicia" de los mercaderes españoles, difundiendo entre sus amigos las ideas obtenidas en Europa tras laborioso trajín libresco, aportando iniciativas e inspirando mejoras al Tribunal, laborando como periodista y, finalmente, encabezando el grupo revolucionario que realizó el movimiento emancipador de Mayo.



Luis Roque Gondra

Y, algo después, el cauto doctor entra en la Historia y se convierte en general, a veces afortunado, otras desdichado, aunque siempre caldeado por un fervor patriótico que no se encontrará, tan aquilatado y nítido, en ningún otro de los forjadores de nuestra nacionalidad.

Como en las horas de España, para estas otras de la labor proselitista, de economista precursor, de guerrero, de diplomático, presenta el autor grandes fondos, ya de reconstrucción diríamos escénica, aportando la anécdota y la descripción de ambiente con buenos atisbos literarios, como también los atinentes a la política de aquellos dramáticos momentos, a los hechos históricos correlativos del viejo continente, a las personalidades que trató el prócer y, desde luego, con versación especial, a las ideas y escritos de Belgrano, muchos de índole económica y hacia los cuales no se han aproximado hasta el presente los estudiosos.

Aparece, pues, Belgrano, sobre estos fondos eruditos y documentales y, digámoslo, que resultan, casi siempre, más fuertes y brillantes que la imagen del prócer, a la cual el autor no muestra sino exteriormente, sin penetrar en su espíritu, sin examinar sus impulsos, sin humanizar, resultando así, con excepciones, un personaje frío, testigo insensible a todos esos grandes acontecimientos y, por lo regular, mudo y alejado. En otras palabras, diremos que, contando con un escenario magnífico, el personaje se diluye y no alcanza esa nota humana y cálida que es la que constituye el nervio y atractivo del género biográfico.

Agregaremos que, en ciertos momentos, la labor de Luis Roque Gondra pierde la que es siempre bella y encomiable serenidad expositiva, para desatarse en denuestos y abundar en calificativos altisonantes y agresivos sobre figuras y acontecimientos del pasado que, si bien merecen discusión, dignos lo son también de respeto. Detalle es éste que contribuirá a que el libro provoque polémicas, interesantes y peligrosas muchas de ellas, como que pone sobre el tapete temas candentes con desafiante y a veces agraviante expresión.

De tal manera, la que por su erudición de buen cuño y su indudable belleza expositiva pudo ser una biografía ejemplar, conviértese en apasionado alegato.

E. M. S. DANERO

ACERTIJO RADIAL LE SANCY TODOS LOS DIAS

por LR 3, RADIO BELGRANO

y la Primera Cadena Argentina de Broadcastings.

A las 12.55 horas. (Domingos a las 16 horas).

Cuál será la primera...
Cuál será la segunda...



A todas las personas que acierten el nombre de la bolilla que sale primera y el nombre de la bolilla que sale segunda, se les regala un ENVIO DUBARRY de 10 productos de tocador.

El bolillero Le Sancy (similar al de la Lotería Nacional) contiene solamente dieciocho bolillas. Cada bolilla lleva el nombre de uno de los productos que figuran en este aviso.

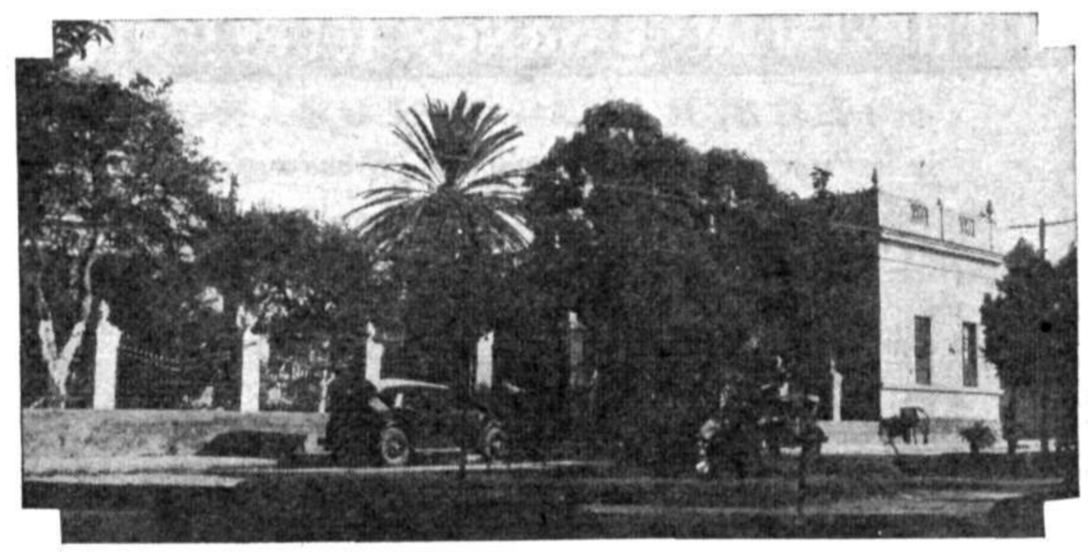
Todos los días, sin excepción, se efectúa un sorteo, y todos los días, sin excepción, se remiten los Envíos Dubarry a los ganadores, cualquiera que sea su número.

Los "pálpitos" deben escribirse sobre etiquetas de Jabón Le Sancy, indicando qué bolilla se supone saldrá primera y qué bolilla se supone saldrá segunda, debiendo agregarse el día en que desea participar y el nombre y dirección donde debe remitirse el premio, en caso de acierto.

NOTA. — El sobre debe dirigirse a:
ACERTIJO RADIAL LE SANCY,
Radio Belgrano - Belgrano 1841.
Buenos Aires.

Perfumería Dubarry Soc. Anon.

En un sobre común, y con estampilla de 5 centavos, pueden enviarse hasta 6 etiquetas de Jabón Le Sancy, franja de plata de 0.20, o franja de oro de 0.25.



Actual Hospital de Catamarca.

La primera Beneficencia

(Una tradición oral errónea...)

Por haberse extraviado el libro de actas de la Sociedad de Beneficencia y fallecido todas sus asociadas (1), no se pudo constatar quién fué su fundador y primer presidente.

Animadas controversias periodísticas, en vez de dilucidar estos puntos, contribuyeron a enredarlos y, actualmente hay algunos que hasta aseguran: "que si bien la Sociedad se constituyó en 1857, recién al año siguiente comenzó a actuar".

No obstante las dudas que me sugería esta disparidad de opiniones, reconozco que hasta hace pocos meses, yo también acepté como verídica la información que inserta Antonio Zinny en su conocida obra: "Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas", tomo IV, página 344, que dice: "Navarro realizó varias obras de pública utilidad que le valieron el título de buen patriota y la estimación de sus conciudadanos. Una de ellas fué la fundación de la primera Sociedad de Beneficencia, cuya primera reunión celebró el 12 de agosto de 1857" (2).

Pero en el mes de diciembre de 1937, revisando la colección del periódico "El Ambato" (3), existente en el Archivo de la Curia Eclesiástica de Catamarca, tuve la satisfacción de comprobar, que el acta de fundación de la Asociación, había sido transcripta íntegramente en uno de los números correspondientes al mes de agosto de 1857.

Su lectura arroja plena luz respecto a los temas enunciados y sorprende cómo escapó al control de los investigadores locales.

Este documento, publicado hace 81 años, en un periódico de reducido tiraje, lógicamente puede considerársele inédito, por lo cual no resisto a la tentación de transcribirlo y comentar algunos considerandos que, a más de aclarar los puntos largamente debatidos, perfilan la obra digna de recordación realizada por un núcleo de destacadas damas (4).

"Para honrar nuestra Patria con el movimiento más precioso que puede estimar la civilización, la cultura del corazón, hemos formado la Asociación que desde hoy representamos, bajo el título de Sociedad de Beneficencia, imponiéndonos por deber el objeto principal de erigir un hospital de mujeres y hombres y proveer a su instalación, servicio, mejoras, etc.".

Efectivamente, el día 12 de agosto de 1857, en horas de la tarde, las autoras de esta iniciativa, se reunieron en la residencia de la señora Javiera Herrera de Navarro (5) y concretaron sus propósitos en un acta que subscribieron todas las presentes, la que fué elevada a consideración del gobernador de la provincia, don Octaviano Navarro (6) "para que se digne reconocerla, presidir y declarar su instalación, después de cuyo acto deberá nombrarse entre sus miembros la Comisión Directiva" (sic).

---

(1) Doña Mónica Acuña de Gómez fué la última sobreviviente. Falleció en 1921.

(2) Navarro fué gobernador de Catamarca desde el 25 de mayo de 1856-1859. Posteriormente fué reelecto, pero se destacó principalmente durante su primera administración.

(3) El primer número de "El Ambato" apareció el 18 de julio de 1857. Esta colección — aunque incompleta — es la única que existe.

(4) Acta de Asociación: "En esta ciudad de Catamarca a 12 de agosto del año del Señor mil ochocientos cincuenta y siete y IV de la paz Constitucional de nuestros pueblos, reunidas las suscritas por un sentimiento de piedad y congregadas por los sublimes *atractivos del don de la caridad aspirando* hacer colectivamente práctico el ejercicio de una virtud a quien hasta aquí le hemos consagrado un culto singular, e imperfecto, y creyendo honrar nuestra patria con el movimiento más precioso que puede estimar la civilización, la cultura del corazón y la época misma, invocando en auxilio de nuestros propósitos a la hija predilecta del Dios de las misericordias, la caridad, hemos formado en espíritu de ella la "Asociación" que desde hoy representamos bajo el título de Sociedad de Beneficencia, imponiéndonos por deber y objeto principal erigir un Hospital de mujeres y hombres, y proveer a su instalación, servicio, mejoras y demás obligaciones que suscribiremos en el Reglamento a que debe ajustarse la Sociedad y en cuya observancia no omitiremos diligencia alguna, ocupación o servicio propio, en bien de la humanidad, cuyos gemidos dolientes queremos consolar, y procuraremos que nuestra Patria, y los virtuosos corazones que alimentan tengan a la mano el bálsamo saludable que cura a todo hombre.

"En fe de nuestra Asociación firmamos la presente Acta que elevamos al conocimiento del Supremo Gobierno para que se digne reconocerla, presidir y declarar su instalación, después de cuyo acto deberá nombrarse de entre nosotras una comisión que la re-

Enterado el gobernador Navarro de lo resuelto en la reunión, acudió de inmediato a presentar sus respetos a tan distinguidas damas: "pronunció un discurso elogiando la obra realizada, e insinuó la conveniencia de que se nombrara la Comisión Directiva".

Por unanimidad de votos fueron electas presidenta y vicepresidenta, respectivamente, las señoras Dolores Costa de Urquiza y Javiera Herrera de Navarro. La designación de la primeramente nombrada (esposa del general Justo José de Urquiza) significó un acto simbólico de adhesión al Presidente de la Nación, pues ninguna de sus electoras la conocía personalmente. Aun más: a todas les constaba que no podría desempeñar el cargo, por residir en una ciudad lejana.

Refirma esta opinión, el antecedente de que en la misma reunión — después que las socias se suscribieron con cuotas que variaron desde uno a doscientos pesos — la Asamblea facultó a la señora Javiera Herrera de Navarro para asumir la presidencia y designar secretaria y tesorera, nombramientos que recayeron en las señoras Ca-

Sociedad de catamarqueña

Por RAFAEL CANO

talina Ruzo de Bustamante y Pastora Augier de Lobo, respectivamente.

Vemos así, que la actuación del gobernador Navarro se redujo a "presentar sus respetos a las asociadas, entre las cuales se hallaba su esposa, doña Ubaldina Cano de Navarro: elogiar los propósitos que las inspiraban e insinuar la conveniencia de elegir la Comisión Directiva, es decir: a cumplir simplemente lo que establecía el acta.

La señora Dolores Costa de Urquiza, en ningún momento asumió el cargo, ni acusó recibo de la nota en la cual se le comunicó su designación, por lo que colijo que esta última se extravió en el camino.

En consecuencia, la primera comisión directiva fué integrada por las señoras Javiera Herrera de Navarro, Catalina Ruzo de Bustamante y Pastora Augier de Lobo, y fundadoras de la Asociación son todas las damas que suscribieron el acta (6).

En cuanto a que la Sociedad comenzara a actuar en el año 1858, la versión oral también es errónea y proviene de no haberse practicado una investigación seria.



El general Octaviano Navarro, a quien una tradición oral errónea le atribuye ser el fundador y primer presidente de la Sociedad de Beneficencia.



Señora Javiera Herrera de Navarro, primera presidenta de la Sociedad de Beneficencia.

"presente a los objetos y en la forma que dispone el Reglamento de la Sociedad.

"Celestina Recalde, Carmen Ares, Primitiva Segura de Molina, Bernardina Augier de Cano, Catalina Ruzo, Justa Ares, María del Señor Navarro, Paulina Barros, Ester González de Ganseco, Neófita Augier de Correa, Servanda Chamorro de Castro, Uvaldina Cano de Navarro, Francisca Javiera Herrera, Juana Herrera de Rodríguez, Pastora Augier de Lobo, Genoveva Molina de Olmos, Eduviguez Olmos, Irene Vieyra de Figueroa, Clara Molas de Augier, Josefa Soria de Molas, Teodosia Soria de Molas, Eloísa Rivas de Ruzo, Eudosia Avellaneda de Alvarez, Elvira Bascoy de Torres, Rosario Villafañe, Isabel Villafañe, Zoila Castro de Salcedo, Carlota Ares de Guzmán, Carlota Luna de Ocampo, Maclovia Ponferrada de Jigena, María Antonia Soria de Narváez, Trinidad Huergo de Rivera, María de los Angeles Córdoba de Galíndez, Teresa Molina de Sánchez, Eulalia de la Maza de Molina, Azucena González de Herrera, Luisa Mota de Segura, Desideria Segura de Giménez, Feliciana de Lamadrid, Nicea Salas de Sánchez, Crisanta Molina de Cubas, Genoveva Ortiz, Bernardina Sáenz, Magdalena Molina de Segura, Emilia Figueroa de Figueroa, Justina Soria, Corina Soria de Navarro, Concepción Soria de Ferreira, Clemira Vieyra de Acuña, Mónica Acuña de Gómez, Candelaria Lemus de Terán, María Jesús Robín de Rodríguez, Elsearia González de Olmos, Asindina González, Petrona Boter, Josefa Olmos Galíndez, Irene González de Galíndez, María del Señor Collaos de Muro, Petrona Ares Ferreira, Eudosia Espeche, Flaviana Ruzo de Maza, Catalina Herrera Navarro, Adeodata Bracchieri de Uribarri, Vicente Delgado de Bazán, Agustina Obregón, Edladia Soria". (sic).

(5) La señora Javiera Herrera de Navarro era madre del gobernador Octaviano Navarro, contrajo enlace con don Manuel Navarro, reelecto varias veces gobernador de Catamarca.

(6) Como puede observarse, el acta no fué firmada por el gobernador Octaviano Navarro.

En el Nº 155 de "La Voz del Pueblo" (7), de fecha 28 de junio de 1869, aparece inserto el Reglamento interno de la Sociedad de Beneficencia, aprobado el siete de setiembre de 1857, o sea 26 días después de su constitución, y cuyo artículo tercero, dice: "Propender al mejoramiento de la humanidad doliente y desamparada y de la juventud del bello sexo que privada de padres y recursos, invoque el auxilio noble y caritativo de la Sociedad: pero mientras no le es dado proveer a la creación de esas instituciones, continuará su atención al mantenimiento y digna conservación del Hospital de hombres y mujeres levantado con los recursos debidos a la magnificencia y eficacia de la Sociedad" (sic).

A fin de alejar cualquier duda referente a este punto, transcribo el decreto del P. E. provincial, por el cual se señala fecha e invita al pueblo a concurrir a la inauguración del Cementerio de Choya, el segundo que tuvo la ciudad de Catamarca.

"Estando concluído el Panteón Público y preparado lo necesario para su objeto, el Gobierno acuerda y decreta: Art. 1º Se designa el día 2 del próximo noviembre por la tarde para la bendición solemne de dicho panteón.

"Art. 3º — Quedan igualmente invitados al mismo, la Sociedad de Beneficencia, los empleados de la lista civil y militar y todos los ciudadanos residentes en la ciudad, etc. Catamarca, octubre 24 de 1857. *Navarro. — Vicente Bascoy*" (8).

Este decreto es una prueba categórica de que la Sociedad actuaba ya en el año 1857 y que había sido reconocida oficialmente.

La institución prosiguió desarrollando su altruísta misión, aferrada siempre a su propósito inicial: "erigir un hospital".

En plena labor fué sorprendida por "La Noche de Siete Años", así llamada, por tratarse de un período (1862-1869) de anarquía en el que se arrasa con todas las instituciones locales.

Cesantías de interventores nacionales, gobernadores, Jueces; revoluciones, motines y saqueos, conmueven la vida económica, política y social, y, hasta el clero abandonó el silencio de los claustros para participar en la lucha, olvidando que su ministerio era de paz y concordia.

Muchas de las damas que integran la Asociación, son madres, esposas e hijas de gobernadores o ministros declarados cesantes, encarcelados o exilados.

¡Sin embargo, tan honda anarquía no pudo minar su unidad, porque hasta caudillos analfabetos la respetan, al comprobar que su misión se reduce a restañar las heridas del cuerpo y de las almas!

Al asumir el gobierno el señor Crisanto Gómez (1869-1871), la provincia de Catamarca poco a poco recobra su normalidad institucional y la Sociedad de Beneficencia, rodeada siempre de prestigio, realiza su propósito inicial: la inauguración del hospital, bajo la dirección del profesor en medicina y cirujano doctor Guido Bennati. (Junio 28 de 1869). (9)

Pero un año más tarde ocurre lo inesperado: la primera Sociedad de Beneficencia catamarqueña, se extingue silenciosamente sin explicar las causas, ni merecer un breve comentario periodístico.

¿Acaso fué por considerar terminada su misión con la inauguración del hospital de la ciudad, o bien, al advertir que había extraviado su modesto libro de actas...?



(7) Colección de "La Voz del Pueblo", en el archivo de la Curia Eclesiástica de Catamarca.
(8) Copia íntegra de este decreto entre los papeles de mi archivo.
(9) Amplios detalles de la ceremonia en "La Voz del Pueblo" del 28 de junio de 1869.

No se dejen sorprender por los fotógrafos

Llamamos la atención del público sobre los fotógrafos que, invocando indebidamente el nombre de "Caras y Caretas", toman notas con fines comerciales. Esta revista no cobra la publicación de ninguna foto. Rogamos exigir a los fotógrafos la exhibición del carnet de "Caras y Caretas", y fijarse si en realidad este título corresponde a nuestra revista.

De la "Historia de San Martín"



San Martín tenía siempre dos cuerdas en su arco: una visible y otra oculta. Por una tendencia de su naturaleza compleja — positiva y de pasión reconcentrada, — a la vez que todas sus ideas se traducían en acciones, se entregaba a elucubraciones solitarias, dando gran importancia a los manejos misteriosos. Su organización de la Logia Lautaro, su plan de guerra de zapa antes de atravesar los Andes, sus trabajos secretos para preparar la revolución del Perú, sus tentativas de pacificación con los realistas haciendo intervenir las influencias de la masonería, y por último, sus planes secretos de monarquía, dan testimonio de esta propensión.

Sea cálculo político, sea que en realidad esperase algo de los jefes del ejército español en el Perú vinculados al liberalismo por juramentos secretos, uno de los trabajos que persiguió con más persistencia fué un arreglo de paz con los realistas, sobre la base del reconocimiento previo de la independencia. Posteriormente, cuando O'Donojú reconoció el imperio mejicano y se entendió con Itúrbide, dirigióse a Canterac, confidencial y oficialmente, invitándolo a celebrar un armisticio y tratar sobre las mismas bases. La contestación fué que "los acontecimientos de Nueva España en nada podían influir para aceptar condiciones contrarias a la determinación de la nación española, en una contienda que las armas debían decidir, desde que no se había aceptado someterla a la decisión del gobierno español". Con motivo de la terminación de la guerra de Quito, que coincidió con una nueva resolución de las Cortes españolas para tratar con los gobiernos de América, renovó su tentativa, dirigiéndose al virrey La Serna. "El dominio español en América está limitado a las provincias que ocupan sus armas en el Perú. La España no puede ni quiere ya hacer la guerra a los americanos". Las proposiciones fueron: que el ejército realista en nombre de la nación española reconociese la independencia del Perú, ofreciendo a los españoles el reconocimiento de la deuda al tiempo de la ocupación de Lima, y algunas ventajas comerciales; una amnistía general con la devolución recíproca de los bienes confiscados, y pago del armamento de los realistas por su justo valor, a cuyo efecto se estipularía un armisticio por sesenta días, nombrándose comisionados por ambas partes que ajustasen un tratado sobre estas bases, bajo la garantía del congreso constituyente peruano que iba a reunirse.

BARTOLOME MITRE



Domingo French,

el primer cartero de la patria

UNA estatua a contraluz. El Sol de Mayo la circunda, sin iluminarla lo suficiente. La figura de Domingo French merecía mucho más que ese halo difuso. ¿Dónde está el historiador que sepa enfocarla, para hacer resaltar los detalles?

En el Palacio de Correos y Telégrafos existe una efigie del prócer. Tal vez sea un anuncio promisorio del retrato histórico futuro.

Don Domingo French, cartero, en 1803; auxiliar de Correos, en 1806; tribuno de la Revolución, en 1810; guerrero de la Independencia, en 1814, y bélico enemigo del caudillaje, en 1820; es uno de los prohombres de mayores méritos de la República Argentina.

Los comienzos de su fama los compartió con Antonio Luis Beruti. El pueblo une íntimamente ambos apellidos. Nadie cita a French, sin separarlo de su hermano. French y Beruti forman la heroica pareja varonil; son los Cástor y Pólux de la semimitología nacional.

French, eco del pensamiento de Belgrano ante la plebe patriota; Beruti, poderdante popular de Rodríguez Peña, realizaron, unidos, una campaña fervorosa. Fueron — valga la frase politiquera, — muñequeadores de la libertad. En las vísperas de la Semana, durante aquellos días de fiebre, ellos se multiplicaron. Parecerían, no dos, sino cien; tal era su encendido trajinar. De corro en corro, animadores de multitudes, iban y venían, para comunicar ardimiento.

Domingo French voceó ante el Cabildo la frase precisa: "El pueblo quiere saber de lo que se trata". Y después, él y su camarada de epopeya, inventaron, en un instante de inspiración, la escarapela nacional, azul y blanca, distintivo de los patriotas. Y en el Cabildo abierto hablan en nombre del sentir popular.

Logrado el triunfo de la Revolución, la suerte aparta los caminos de French y Beruti. Ambos próceres, justamente improvisados militares, luchan por la Independencia. French toma parte en el sitio de Montevideo y en la guerra libertadora del Perú.

Y al llegar el mandato de Pueyrredón, French y varios distinguidos compañeros de ideas, sufren el destierro, que dura de 1817 a 1819. Porque French era federal, tan fervorosamente federal, como Beruti unitario.

Seis años después de su vuelta a la patria, falleció en Buenos Aires, el 4 de julio de 1825. Esta última etapa de su existencia estuvo dedicada a combatir a los montoneros y a desempeñar la cartera de Guerra.

El señor Domingo Torres Frías, en su obra "French y Beruti", traza el retrato del patricio: "Era, según dicen, de talla aventajada, y marchaba muy ergido; su fisonomía era abierta e insinuante; lo que podría significar, sabiendo leer, que si había en él altivez, no abrigaba presunción; los cabellos rubios y fuertes y el rostro de un blanco mate que iluminaban sus ojos garzos, tan brillantes como expresivos, tal como lo describen a su hijo, el doctor Aurelio French, médico farmacéutico, personas que, vivas aún, le conocieron y trataron".

Fueron sus padres don Patricio French, andaluz de Sanlúcar, comerciante, y doña María Isabel Urreaga y Dávila, porteña. Sus nombres bautismales son: Domingo María Cristóbal.

▼▼



EL GUANTE NEGRO

Por JUANA MANUELA GORRITI

I

LA PRENDA DE AMISTAD

Era una de esas deliciosas noches del país argentino. La luna bañaba con sus blancos rayos las encantadas riberas del Plata y hacía brillar, entre la sombría verdura de los huertos y alamedas, las mil bellísimas quintas y los palacios de campo que circundan Buenos Aires. Aunque la hora no era avanzada, todo estaba silencioso y desierto en derredor de la gran ciudad, y sólo se oía el *murmullo* de las ondas del vecino río, y el silbido del viento entre las hojas de los sauces.

De repente vino a mezclarse a estos rumores de la naturaleza una voz humana, una divina voz de mujer, que elevándose suave y cautelosa del fondo de una de esas espesas avenidas de árboles, comenzó a cantar con indecible melodía aquella adorable música de Julieta y Romeo:

"Sei pur tu che ancor rivedo?"

El canto fué interrumpido por el ruido de un carruaje que se acercaba.

Una elegante berlina se detuvo al pie de la escalinata de una quinta. Un cazador vestido de lujosa librea, abrió la portezuela y presentó la mano a una bella joven de talle esbelto y flexible, de mirada rápida e imperiosa, que saltando del estribo, ligera como un pájaro, subió las gradas de la escalinata, y entró en el vestíbulo.

A su vista, el portero que velaba en la primera antesala, se inclinó profundamente.

— Amigo mío — le dijo ella, paseando en derredor su inquieta mirada: — ¿duerme su joven amo de usted?

— Mi amo está herido, señora, y...

— Lo sé, lo sé, y por eso estoy aquí. Condúzcame usted a su cuarto.

El portero hizo una reverencia, y guió a la joven por una galería abierta sobre un jardín interior, y deteniéndose delante de una puerta, iba a abrirla para anunciar a la dama, pero ésta le apartó sonriendo, abrió ella misma la puerta, atravesó corriendo un elegante salón, y entró en un dormitorio alumbrado por una lámpara de gas, y en cuyo fondo, entre dos manoplas de armas había un lecho en donde estaba acostado un joven de bella y simpática fisonomía. Su frente alta y espaciosa llevaba el sello de la altivez y de la inteligencia, en sus grandes ojos negros sombreados por largas pestañas, había relámpagos que revelaban el choque de pasiones fuertes y encontradas. Sus brillantes cabellos caían en abultados bucles sobre su cuello, y un bigote negro y sedoso, capaz de matar de envidia a todos los leones del mundo, se retorcía graciosamente sobre una boca que habría hecho palpitar a una mujer de miedo o de amor.

La joven corrió hacia él, y apartándose con una mano el velo de su linda cara — ¡Wen-





ceslao! — le dijo, presentándole la otra, — ¿no es cierto que he tardado mucho?

—¡Qué veo! ¡Manuelita! ¡Vos aquí!

—¿Me habéis llamado ingrata? ¡Oh! es que aunque moría de impaciencia y de deseo de venir a veros, no podía substraerme un momento a las miradas de mi padre, y de esa inicua turba de pretendientes y aduladores que me rodean.

—¡Llamaros ingrata! ¡yo! ¡Oh! no. ¡Manuelita! Yo sé que habéis pensado en mí, y vuestros más ligeros recuerdos son tan preciosos para mi corazón, que no creería poder pagarlos, ni aun dando por vos mi sangre y mi alma... Pero permitid que me convenza que no es un sueño la dicha de veros aquí, a esta hora, así, inclinada sobre mi lecho.

Y quitando él mismo el guante de tul negro bordado de arabescos, que cubría la linda mano de la joven, imprimió en ella un beso que debió ser muy apasionado, porque Manuelita retiró vivamente su mano, sus ojos se bajaron al suelo, y una nube de rubor cubrió su alta frente.

—¡Lisonjero! — dijo ella, haciendo un esfuerzo para serenarse y sonreír, — ¿qué hay de más natural que el que yo me encuentre aquí, a esta hora, así inclinada sobre vuestro lecho? Un mal caballero atacó mi honor, creyendo desacreditar así la administración de mi padre, como si la deshonra arrojada sobre la frente de una joven pudiera eclipsar el brillo de la estrella de Rosas el fuerte; vos tomasteis la defensa de vuestra amiga de infancia, desarmasteis a vuestro contrario y le obligasteis a desmentirse desde Montevideo; pero quedasteis herido, y es mi deber no sólo el venir a veros, sino el ser vuestra enfermera. ¡Qué dulces habrían sido para mi corazón los cuidados que os prodigara! pero me encadenan lejos de vos, la necesidad que mi padre tiene de mí, y el terror de ese mundo que se ha apoderado de mi vida para destrozarla, como si no fuera aun bastante triste y contrariada. ¡Oh! ¡Wenceslao! ¡por qué no estamos aún con mi madre y la vuestra bajo las frescas sombras de Luján!

Y la hija del Dictador elevó sus ojos al cielo para hacer quizá retroceder sus lágrimas, reclinando tristemente su linda cabeza sobre una de las columnas del lecho.

Wenceslao se incorporó sobre su almohada, y estrechando la mano de la joven sobre su pecho herido: —¡Manuelita, hermosa flor nacida entre zarzas! — exclamó; — la sociedad que os posee no es digna de vos; no pudiendo comprenderos, os calumnia, pero si un hombre leal, decidido y enérgico puede algo contra la desgracia de vivir en un mundo que no os comprende, mandad, mi vida es vuestra; este corazón que palpita bajo vuestra mano está lleno de adhesión por vos. Confiaos a él, dadle su parte de vuestras penas.

Manuelita estrechó la mano del joven sonriendo melancólicamente.

—¡Ay! amigo mío — le dijo, — el destino tan envidiado de Manuela Rosas, le ha condenado a la soledad y aislamiento del corazón, alejando de ella uno a uno a todos sus amigos. Aquellos que no han emigrado se hallan en el ejército de Lavalle, ese implacable enemigo de mi padre, y aunque yo sé que ellos guardan una tierna memoria de mi amistad, el deber me ordena arrojar de mi corazón el recuerdo de la suya. Vos mismo, Wenceslao, el último y más querido de todos, muy poco tiempo estaréis cerca de mí; pronto dejaréis de ser edecán; he visto en el bufete de mi padre vuestro despacho de segundo jefe del regimiento que manda el coronel Ramírez, vuestro padre, y la orden para que marche al Norte aquel regimiento.

—¿Qué decís? ¡alejarme de... vos! ausentarme de Buenos Aires, ¡oh! — exclamó Wenceslao revelando en su acento un dolor misterioso.

La joven lo comprendió, levantándose vivamente, y cubriendo su rostro con el velo. — Adiós, Wenceslao — le dijo extendiendo la mano sobre la cubierta de la cama, para buscar el guante que aquél habíale quitado. — Son las once y me queda poco tiempo para llegar a Palermo antes que cierren las puertas... Pero... ¿qué he hecho de mi guante?

—Yo lo tengo — dijo Wenceslao, descubriendo su pecho y mostrando el guante sobre el corazón. — Manuelita, deseo conservarlo eternamente en memoria de esta noche. ¿Cómo queréis que lo guarde? ¿Como una conquista o como una prenda?

—Como prenda de amistad — respondió ella, alzando con graciosa coquetería la extremidad de su velo, y enviando un beso a Wenceslao desde la puerta.

—¡Me ama! — dijo él cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Manuelita, — me ama y yo podía ser su esposo, y realizar de este modo la dicha y prosperidad que sueño para mi patria hace tanto tiempo, si un amor fatal no hubiese venido a obscurecer con un soplo tempestuoso el brillante horizonte de ambición y de gloria que se abría para mí. ¡Isabel! ¡Isabel! ¡por qué te conocí! ¿por qué tu mirada y tu voz penetraron tan hondamente en mi corazón?

En aquel momento la voz que cantó en la alameda se hizo oír otra vez.

—¡Es su voz! ¡es ella! — exclamó Wenceslao, incorporándose y oprimiendo el resorte de una puerta secreta que estaba a la cabecera de la cama.

II

EL GUANTE NEGRO

La puerta se abrió, dejando ver la campiña alumbrada por los rayos de la luna, y dando paso a una figura blanca, vaporosa y aérea como las Willis de las baladas alemanas. Era una joven envuelta en un largo peinador blanco, y con la cabeza cubierta con un velo de gasa. La estatura era algo elevada; su larga y suelta cabellera, brillante y negra como el azabache, descendía en sombrías ondas hasta tocar el suelo; sus rasgados ojos negros de anchas pupilas, tenían esa larga y profunda mirada que se atribuye a aquellos que leen en el porvenir.

Al verla, el recuerdo de Manuelita y con él las ideas de gloria y ambición, huyeron de la imaginación de Wenceslao.

—¡Isabel! ¡mi ángel hermoso, mi hada benéfica! — exclamó. — ¡Ya estás aquí! ¡Oh! que mi madre perdone la ingratitud de su hijo; pero ¡cuánto bendigo su ausencia, que te obliga a venir como mi ángel guardián, entre las sombras y el silencio de la noche a curar con tus manos mi herida, e inundar mi corazón de delicias con la magia de tu mirada, de tu voz y de tu sonrisa!... Pero... ¡tú estás pálida!... ¡trémula! ¡no tienes ni una caricia, ni una palabra de amor para el que te adora! ¡Isabel! ¿qué pesar obscurece tu frente, amada mía?

—Nada ha cambiado en torno mío — respondió ella arrodillándose al pie del lecho, y obligando a Wenceslao a recostarse en su almohada; — nada ha cambiado; el sol ha sido brillante; las flores me han enviado sus más suaves perfumes; los pajarillos me han hecho oír las melodías que han callado en mi arpa desde que tú sufres;

las hermosas estrellas de nuestro cielo me sonríen como siempre; tú, a quien amo con idolatría, estás ahí, cerca de mí, y yo leo en tus ojos tu amor; y sin embargo ha habido en ese sol, en esos perfumes, en esas melodías, en la noche, en las estrellas y en tus ojos, algo de lúgubre que pesa como plomo sobre mi corazón.

Escucha, Wenceslao. Cuando mi madre me llevaba en su seno, me oyó llorar una noche que velaba, pensando en el ser que iba dar a luz. Una creencia de nuestro país, supersticiosa si quieres, enseña que cuando un niño llora en el vientre de su madre, si ésta guarda el secreto, el niño poseerá el don de adivinación. Mi madre calló creyendo darme la dicha; ¡pobre madre! ¡ella ignoraba qué funesto presente legaba al destino de su hija! Encadenada como todo lo que existe a ese orden eterno llamado fatalidad, siento llegar la desgracia, sin poder evitarla; conozco su aproximación en el aire, en la luz, en las sombras; pero ignoro de dónde viene, y el momento en que me herirá. Cuando mi padre cayó bajo los golpes de la masorca, esa asociación de caribes, ya había yo visto en sueños toda aquella escena. Cada uno de los infortunios de mi vida se ha revelado anticipadamente a mi corazón. Hoy, durante todo el día me han perseguido las más espantosas alucinaciones; mi espíritu ha visto espectáculos horribles en los que el asesinato ejercía sus sangrientas funciones; he oído la voz de los celos, esa funesta enfermedad de mi alma, gritarme con acento lúgubre; ¡perfidia! ¡traición! Ahora mismo, Wenceslao, al entrar en tu cuarto he sentido cerca de mí una sombra, un espíritu enemigo que me cerraba el paso, y que como la mano de una rival me rechazaba lejos de ti; y era tanto lo que sufría mi corazón, que al acercarme a tu lecho, al hallarte solo esperando la presencia y los cuidados de tu Isabel, he bendecido tus heridas que te entregaban exclusivamente a mi amor, y he deseado que se prolongue tus sufrimientos por toda una eternidad.

—Amada mía — repuso Wenceslao, besando con ardor las manos de la joven, — hay palabras que sólo deben escucharse de rodillas: tales son las que acabas de pronunciar. ¿Qué he hecho yo para merecer el amor de un ser tan hermoso y sublime como tú. Y cuando poseo esta dicha que me envidiarán los ángeles del cielo, había de pagarla con la perfidia, en vez de una eterna adoración? ¡Oh! ¡Isabel mía! destierra esos insensatos temores como una injuria hecha a ti misma y a tu amor.

Hablando así Wenceslao era sincero, pues como hemos dicho, sus ideas de ambición se habían desvanecido a la presencia de Isabel. La joven se sonrió con ternura, moviendo tristemente la cabeza.

En ese momento el reloj del salón dió las doce.

—¡Dios mío! — dijo Isabel, — es medianoche, y yo no he pensado aún en curar tu herida.

Un terrible recuerdo brilló como un relámpago en la memoria de Wenceslao, que llevó vivamente las manos al pecho.

¡Era tarde! Isabel lo había descubierto para levantar el apósito de la herida.

Un profundo silencio reinó entonces en el cuarto. Wenceslao inmóvil de confusión y terror, miraba a Isabel que, pálida como una muerta, tenía entre sus manos un guante negro que examinaba con mirada fija y devorante.

De repente sus grandes ojos se abrieron desmesuradamente; de su pecho se exhaló un grito ahogado, sus brazos se deslizaron inertes a lo largo de su cuerpo, sus pies vacilaron, y cayendo sobre sus rodillas, ocultó su frente en el suelo.

En la parte interior del guante, sobre la cinta que contiene el resorte, Isabel había leído el nombre de Manuela Rosas.

—¡Isabel! ¡amada mía, dígnate escucharme un momento! ¡no me condenes sin oírme! — exclamó Wenceslao, tendiendo los brazos para levantarla. Ella le rechazó en silencio, volviendo a su primera actitud.

Largo rato quedó así inmóvil, silenciosa e insensible a las súplicas de Wenceslao.

Después alzó su frente; pasó por ella la mano, como para avivar un recuerdo, y poniéndose en pie:

—¡Oh! ¡padre mío! — exclamó, cruzando los brazos y elevando al cielo su profunda mirada, — este golpe que hiere mi corazón, es el castigo de la hija culpable que infiel a su juramento, dejaba vagar olvidada vuestra sangrienta sombra cambiando impíamente vuestra venganza con el amor de un federal.

¡Ah! ha sido necesario que él me arroje de su corazón, para que vuelvan al mío el recuerdo de vuestra funesta muerte y el sentimiento de mi deber. Pero aun no es tarde, padre mío. El juramento que os hice bajo las negras bóvedas de vuestro calabozo, no habrá sido hecho en vano: yo renuevo aquí el voto de consagrar la sombría existencia que me espera a vuestra venganza, y al triunfo de esa causa, cuyo testimonio sellásteis con el martirio!

Y volviéndose hacia su amante, que la escuchaba consternado. — ¡Adiós, Wenceslao! — le dijo. — Esta es la última vez que pronuncio vuestro nombre, ese nombre que mi labio se complacía en repetir sin cesar por que resonaba en mi corazón como una deliciosa música. ¡Adiós para siempre! Amad en paz a esa Manuela Rosas, cuyo gaje de amor lleváis sobre el corazón; y cuando penséis en Isabel, recordadla sin remordimientos, pues vuestra perfidia la ha conducido al camino del deber, al mismo tiempo que a vos al de los honores y de la dicha.

Al escuchar este terrible sarcasmo, Wenceslao que permanecía agobiado bajo el peso de una irremisible prueba, alzó con orgullo su pálida frente, y extendiendo la mano con un gesto de autoridad, dijo a la joven, que daba ya un paso hacia la puerta: ¡Isabel! ¡en nombre de tu padre, escúchame una palabra, una sola!

Isabel volvió hacia él su pálido rostro.

—Todo se ha acabado entre nosotros — dijo ella con voz triste, pero firme. Un abismo nos separa; en uno de sus bordes estáis vos con Manuela Rosas, en el otro Isabel y la sombra de su padre.

—¡Oh! ¡Isabel! ¿Rehusas escucharme! ¿Dígnate entonces decir tú misma, amada mía, qué podré hacer para convencerte de que ninguna otra imagen se ha acercado jamás al santuario que tienes en mi corazón? ¡Habla! Si es necesario descender al infierno para rescatar tu amor, allí bajaré.

Un profundo sollozo elevó el pecho de Isabel, que vacilante y trémula bajó los ojos para que Wenceslao no leyera en ellos su amor.

De repente su mirada cayó sobre el guante negro que estaba en el suelo. Un estremecimiento convulsivo recorrió su cuerpo, en sus negros ojos brilló un rayo de tremenda cólera, y uno de esos pensamientos, hijos de los celos, que convierten al ángel en demonio surgió en su mente y mordió su corazón.

—Que muera para mi amor — murmuró, — con tal que se aleje para siempre de ella.

Y fijando en Wenceslao una mirada fascinadora.

—Hay un sitio — le dijo — desde donde podríais persuadirme que lo que he visto esta noche ha sido un sueño, uno de esos malos sueños que bajan a torturar el corazón, pero ese sitio está... ¡entre las filas del ejército unitario!

Y desapareció entre las sombras que se extendían al otro lado de la puerta.

Wenceslao quedó un momento anonadado bajo el peso de aquellas terribles palabras. Los ojos se cerraron, su corazón cesó de latir, un sudor frío bañó sus sienes. Luego una desesperación inmensa invadió su corazón, sacudiéndolo con su terrible fuerza.

—¡La he perdido para siempre! — exclamó hiriendo su frente; — ¡no me ama ya, pues quiere mi deshonra! quiere que abandone la causa que desde la niñez ha defendido mi espada, la causa de mi ilustre bienhechor... ¡la de la compañera de mi infancia! ¡quiere que me haga un traidor, en fin! ¡Oh! ¡Isabel!... jamás... jamás... Pero ¿qué haré en adelante de esta existencia vacía y silenciosa, que no iluminará ya tu amor? ¿Cómo atravesaré esas horas, esos días que encantaba tu presencia? porque perderte a ti no es sólo perder el corazón de una mujer: ¡es perder el aire, la luz, el cielo! ¡Oh! ¡es mejor morir!

Y llevando a su pecho una mano homicida, arrancó el vendaje de su herida, y la desgarró.

La sangre corriendo a borbotones sobre el lecho, adormeció poco a poco la desesperación que devastaba el alma de Wenceslao. Una niebla azul se extendió ante sus ojos, un rumor confuso invadió sus oídos, que cesaron de percibir los ruidos exteriores; el frío de la muerte comenzó a helar sus miembros, y en su corazón se difundió ese sentimiento de paz que debe hallarse al otro lado de la tumba, y que se pinta en el semblante de los cadáveres.

III

UNA MADRE

De repente una voz dulce y suave vino a interrumpir el silencio de su agonía.

—¡Oh, Dios mío! — exclamó entre sollozos, — ¡tú me has traído para salvarlo, Wenceslao!

—¡Isabel! — murmuró la voz exánime del moribundo.

Al lado de aquel sangriento lecho se hallaba de rodillas una mujer de estatura elevada, de rostro dulce y bello, a pesar de la gran palidez que lo cubría. Se conocía que aquella alma había sentido mucho, y que la hoguera que ardía en su pecho había consumido su vida.

Reclinada la cabeza de Wenceslao sobre su pecho, le rodeaba con sus brazos y se esforzaba en restañar la sangre que se escapaba de la herida, regando con sus lágrimas la frente del joven y llamándole en voz baja y cariñosa.

—¡Ay! — dijo, cuando oyó en sus labios el nombre de Isabel; — ¡no me reconoce, él ama a otra, no importa! ¡bendito sea el nombre que le vuelve a la vida! Dios mío, ¡restituídmelo! y aunque me posponga a todas sus otras afecciones, pues yo sé que aunque él ocupa toda mi alma, no soy yo quien debe ocupar la suya.

¿Quién era esa mujer, que amaba tanto, pero cuya santa abnegación era superior a los celos, ese poderoso demonio que ha hecho su infierno en el corazón humano?

Era una madre.

IV

LA CARTA

Algunos días después aquella misma mujer se paseaba sola, o más bien vagaba como una sombra bajo los elevados árboles del jardín de la quinta. Su frente estaba aún más pálida, y en sus miradas se pintaba una sombría inquietud.

—¡Dios mío! — decía — ¿cuál será el origen de ese pesar profundo, de esa espantosa cólera que se ha apoderado de mi esposo, desde que un espía del gobierno le entregó aquella carta? Ha murmurado el nombre de Wenceslao, acompañándolo de horribles imprecaciones. ¡Ay! ¿Qué desgracia amenaza todavía a mi idolatrado hijo? ¡Virgen Santísima! — continuó besando un relicario que contenía la imagen de María y los cabellos de Wenceslao, — tú que padeciste tanto en esta tierra de lágrimas; ¡ten piedad de los sufrimientos de una madre en memoria de tus propios sufrimientos! ¡protege a mi hijo! Si hay algún peligro bajo sus pies, ¡sálvalo, como has hecho otra vez! hazlo a él feliz, y dadme a mi toda su parte de los males de la vida...

Pero es imposible quedar en esta terrible incertidumbre que me hace padecer un siglo en cada instante. Esa carta debe estar ahí... en su bufete... El no está allí... se ha encerrado en el salón... ¡Si yo fuera a buscar esa carta! ¡Sí, iré! ¡Oh, Ramírez! ¡perdón! no soy una esposa indiscreta que va a escudriñar los secretos de su marido; soy una madre que vela sobre el destino de su hijo.

Y atravesando las largas calles de árboles, cubiertas ya con las sombras de la noche, abrió una ventana baja, y mirando cautelosamente hacia dentro:

—¡Nadie! — murmuró, — ¡nadie!

Y entró en un cuarto ocupado por estantes de libros, panoplias de armas, y un bufete cargado de papeles, sobre el que se elevaba en un rico marco el retrato del general Belgrano.

La mirada de la madre reconoció entre mil cartas, aquella que deseaba y temía leer, tomóla con mano trémula y mirando la letra del sobre escrito:

—¡Dios mío! — dijo abriéndola, — es de mi Wenceslao, es de mi hijo.

Un guante negro se deslizó de entre los pliegues de la carta, y cayó a los pies de la madre de Wenceslao que dió un grito.

—¡Oh! ¿por qué me ha causado tanto terror este objeto? ¡Se diría que es la mano de la muerte que viene a posarse sobre mi corazón!

Tendió una mirada en torno suyo y leyó:

"Isabel:

"El hombre a quien has puesto en la horrible alternativa de hacerse un traidor o de vivir sin ti, ese hombre fuerte a quien sus compañeros llaman el león de los combates, ha sucumbido miserablemente en la lucha del amor con el deber. ¡Oh, vergüenza! Honor, deber, amistad, gratitud, todos los sentimientos nobles del corazón han callado ante la idea de perderte para siempre, de renunciar a la dicha de contemplar tu rostro, de arder bajo el fuego de tu mirada, de sentir el contacto de tu mano, de escuchar el sonido de tu voz.

"Tu amante para quien el honor era la vida, llevará pronto sobre su frente en sello de la deserción, ese bautismo de oprobio que la muerte misma no podrá borrar. El ejército de Lavalle se halla a dos jornadas de aquí, y el sol de mañana me verá en sus filas, volviendo mi espada envilecida contra la causa que tenía mis simpatías, contra mi protector, y contra mi mismo padre.

"En esta carta hallarás ese guante, origen de tantos dolores. Envíalo a Manuela Rosas, y hazla decir que el amigo de su infancia, el hombre en cuyo corazón había ella buscado un asilo contra la calumnia, no es ya digno de poseer ese don de la amistad, porque se ha hecho un traidor.

"¡Isabel! ¡tú lo has querido! ¡Así sea!"

La pobre madre no pudo leer las últimas palabras de esta carta. Un temblor convulsivo sacudió sus miembros; el hielo del espanto invadió su corazón; la carta se escapó de sus manos, sus rodillas se doblaron y cayó en tierra como una masa inerte. Al volver en sí de su largo desmayo, su oído entorpecido todavía, percibió dos voces que hablaban cerca de ella. La debilidad que embargaba sus miembros la impedía moverse, y permaneció oculta bajo los largos pliegues de la carpeta.

—¡Bracho! — decía el coronel Ramírez a su criado favorito, llamado así por haber nacido en el ardiente desierto de este nombre, — aunque tengo en ti una confianza ilimitada, necesito que hagas un juramento.

Bracho saludó militarmente y respondió:

—¡Mandad, mi coronel! vuestro antiguo soldado está pronto a obedeceros.

El coronel se acercó a él, y estrechando fuertemente su mano, puso la otra sobre su propio corazón, y le dijo con voz solemne:

—¡Bracho! júrame por nuestros días de fatiga y de gloria, y por los inmaculados laureles que durante treinta años hemos recogido juntos sobre los campos de batalla, que guardarás un silencio sepulcral sobre todo lo que va a pasar aquí.

El rostro bronceado y grave de Bracho se volvió más grave todavía; su mano respondió a la presión del coronel, y colocándole igualmente la otra sobre su pecho, respondió con voz firme:

—¡Yo lo juro!

—Bracho — continuó el coronel señalando un azadón y una pala que estaban en el suelo, — toma esos instrumentos que te he mandado traer, y abre en ese ángulo del cuarto un hoyo de siete pies de longitud y seis de profundidad.

Bracho, con esa sangre fría, unas veces admirable y otras espantosa que caracteriza a los hijos de aquel suelo, desclavó una de las extremidades

(Continúa en la pág. 62)



El representante diplomático de Cuba, doctor Ramiro Hernández Portela, durante una de sus conferencias pronunciadas ante el público argentino.

Con el Dr. Ramiro Her

"Solamente aspiro — me dice — a realizar lo aspiraciones de país productor, y dar forma al los gobiernos y los

Por Manuel García Hernández



CUANDO se está frente a un diplomático de escuela (aunque se está abusando mucho del término) como lo es el que desde hace más de medio año representa los intereses cubanos en la Argentina, es que podemos decir:

— ¡La diplomacia sirve para algo!... No es solamente la función mundana de la media palabra medida por un patrón internacional. No es la protocolización de un manual escrito desde el ministerio de Relaciones Exteriores. La diplomacia, como la que desarrolla el doctor Hernández Portela, es traer a donde se hospeda la voz integral de su país, el sentimiento de su mismo pueblo. Es, si se puede, ser el pueblo mismo, que, aunque no es un cargo electivo, llegue a serlo desde que es un puesto de alta confianza de los gobiernos.

Eso es, para mí, como para el que vaya "pulsando" la labor del diplomático cubano, lo que representa el doctor Hernández Portela.

— ¿Está contento, doctor, del ambiente de este país para recibir su labor inicial?

— Completamente satisfecho. No pensé que se me dispensara tanta cordialidad. En las esferas del gobierno, en funciones extraoficiales, en la sociedad, en las clases intelectuales, encuentro que todo se me facilita. Es que el nombre de Cuba parece que abriera las puertas: es una amistad ya tradicional, de comunes ideales que alentaron con su talento y su patriotismo Martí frente a ese otro gran patriota que se llamó Mitre. Lo que sella la tradición es difícil que rompan corrientes posteriores. La amistad argentino-cubana es inmensa y hará que se lleve a cabo el tratado de reciprocidad comercial que ya se está estudiando en nuestras esferas oficiales. Espero que de un momento a otro me lleguen de La Habana las instrucciones correspondientes para negociar ese tratado en donde pongo toda mi aspiración de diplomático. Tanto el gobernante saliente, general Justo, como el que era entonces electo, doctor Roberto M. Ortiz, me han animado en todo momento para que prosiguiera mi programa trazado. Siendo el doctor Ortiz elegido presidente me dijo extraoficialmente — como era natural — que desde ese momento contara con todo su apoyo. Puede decir que estoy contento y agradecido por la ayuda que en todo momento me han prestado y que me hace esperar que se firme en breve ese tratado de reciprocidad comercial que rectificará la política arancelaria que iniciaron algunos países erróneamente... El subido arancel es una valla grande que ha estancado grandes esfuerzos. Está aquí, además, el adicional aduanero del diez por ciento, que fué creado con carácter provisorio y que ha llegado a ser un gravamen casi imposible para permitir nuestras exportaciones. Estas no son muchas, debido a la distancia, pero siempre susceptibles de intercambio. La cuestión relativa al volumen excesivo de los impuestos internos, y, más especialmente, los preceptos complementarios que rigen su aplicación, constituye un punto esencial para nuestras relaciones comerciales, sobre todo en lo que concierne a la venta de nuestro tabaco habano, que se encuentra sometida a trabas que limitan el libre juego de su distribución entre los consumidores.

— ¿Su otro punto, doctor, o sea el acercamiento cultural, se cumple?

— Ya lo creo que sí. He creado buenos vínculos en las esferas intelectuales: soy amigo de don Ezequiel P. Paz, director de "La Prensa" y de los periodistas de la misma casa, señores Funes y Alvarez. También soy amigo de los intelectuales señores Oscar R. Beltrán, Manuel Gálvez, Marcos Victoria, Enrique de Gandía y otros muchos. Estos vínculos están puestos al servicio de la causa que ha iniciado en Cuba nuestro eminente y culto ministro de Relaciones Exteriores, doctor José J. Remos, sociólogo de gran capacidad creadora y adquisitiva, que ha creído necesario ese fomento cultural en América, tan útil para el desarrollo general de las poblaciones, base de toda amistad y de todo vínculo. Como no es común una labor de esta índole, es que me detengo a señalarla: acaba de ser premiado aquí en Buenos Aires un trabajo del doctor Remos. Es también el autor del proyecto de establecer "agregados de cultura" a las legaciones de Cuba. Ya ve, pues, si le asigna un gran papel al agente cultural en la vinculación de los pueblos. La "Asociación de Escritores y Artistas Americanos" ha contado con todo el apoyo material y moral del gobierno de Cuba. La Conferencia Interamericana para la Consolidación de la Paz, declaró a esa iniciativa con una aplauso unánime de "interés continental", recomendando a todos los gobiernos de América que se interesaran para constituir similares en sus países. En tal sentido, mucho se ha hecho ya en Buenos Aires y esperamos así ver funcionando dentro de poco una entidad que agrupe a los escritores, los filóso-

nández Portela, ministro de Cuba

siguiente: Un tratado comercial con la Argentina que afiance nuestras movimiento cultural que se ha iniciado bajo los mejores auspicios de intelectuales de ambos países.

fos, los poetas y los artistas en general. Esa labor la ha llevado en Cuba el inteligente ciudadano que ocupa el cargo de ministro de Relaciones Exteriores, doctor J. J. Remos, autor de obras de gran mérito. Uno de sus últimos libros, "Doce ensayos", constituye una labor sociológica admirable. La cuota inicial con que el gobierno de Cuba ayuda a la Asociación citada es de trescientos mil dólares. Ya ve en qué forma se considera en mi país la agrupación de hombres que dan la estructura documental de su cultura.

Tiene el doctor Hernández Portela una palabra vivaz y vigorosa. Sus conceptos son ajustados y no empalaga con frases recargadas.

Sobre su despacho de la avenida Alvear, en pleno corazón de Palermo, hay un retrato de Martí que inunda de luz este sol porteño.

Al verlo yo se lo hago notar (soy un fervoroso admirador del grande hombre) y me dice con ese entusiasmo que es verdadero:

— ¡No es posible hablar de Martí sin emocionarse! Es algo que se sale de nuestras cosas diarias y es como una serenidad espiritual. Tengo tres hombres a quienes venero siempre: Martí, San Martín y Bolívar. Estos tres arquetipos de la libertad son la mejor representación americana de las ideas de humanidad...

— ¿Ya conocía usted a Buenos Aires?

— Sí. Estuve en el año 1936 en una misión cultural. Cooperé con nuestro gran escritor doctor José Manuel Cortina. Con ese brillo inmenso de su robusta personalidad, el doctor Cortina dejó cimentado que es la cultura la que puede constituir el verdadero desarme y no otros vehículos.

EL doctor Hernández Portela, que desde el año 1908 inició su carrera diplomática, o sea, hace 30 años, es un hombre joven, un intelectual vigoroso y un periodista de atildado estilo. Desde el modesto empleo de canciller en Madrid hasta el que hoy desempeña con brillante acierto, ha pasado su carrera ascendiendo por méritos personales. En los luctuosos años de 1914 al 17, estando en Bruselas como primer secretario, le tocó "vivir la guerra" frente a la dura invasión extranjera al suelo belga. En esos años difíciles y frente a una misión que no necesita exaltaciones para saberla delicada, el tacto de este diplomático hizo posible una labor consciente y humanitaria. Estaba frente a los hechos que desrozaban a lo que se llamó "tiras de papel".

Madrid, Bruselas, Berlín, París, Ginebra — ciudades brillantes — han consagrado una labor tan honrada como valiente de este inquieto representante antillano. Ahora Buenos Aires, ciudad caótica de razas, crisol en donde el rudo destino va arrojando las salsas humanas para el gran condimento de la vida, acoge sus iniciativas de dar a la América Hispana la unidad de su cultura y su pensamiento tratando de reunir a los escritores y artistas de una agrupación general.

Delegado a la Liga de las Naciones, inspirado en uno de los apóstoles de la libertad de América — hablo de Martí — habrá comprobado más de una vez el desnivel allí existente frente a los desmanes de las grandes potencias. En su voz brillante, en sus pensamientos sinceros, en su alma de diplomático que no traiciona sus sentimientos humanitarios, es Ginebra la cordial la que guardará un recuerdo de su paso por los jardines de la paz...

ESTO es diplomacia — me digo yo — cuando me despido del doctor Hernández Portela, llamado como el personaje de la novela de Larreta y tan imbuído de esa cultura castiza que ha bebido en las fuentes puras del idioma: Don Ramiro.

Don Ramiro, pues, es un trozo de Cuba, la que hace impetuosa el Caribe y suave esa brisa que susurra las canciones de un pueblo enamorado. El diplomático generoso, brillante en el decir, hondo en el pensar de lo que significa la cultura de Hispano-América, desparrama una flúida simpatía a todo el que lo trate.

No es extraño que los escritores más destacados le hayan considerado como un viejo amigo y que trayendo él el alma del eminente sociólogo doctor Remos, y del brillante escritor de raza, como lo es el doctor José Manuel Cortina, haya asomado por la ventana de su Cuba algo de su pujanza intelectual.

El nombre de Cuba es muy querido aquí, como debe serlo el de la Argentina en la hermosa isla: los une Martí con su abolengo intelectual, con su imaginación dispuesta al verso y a la libertad.

Será esta labor una verdadera obra: será "La gloria de don Ramiro", pero de este don Ramiro Hernández Portela, trozo de cuba, que aquí en Buenos Aires echará las bases para cimentar la cultura de Hispano-América y en donde el nombre de Cuba seguirá ejerciendo esa poderosa atracción de potencia económica y de país romántico en que hasta el mismo mar antillano hace versos a las mujeres que marcan el paso sobre su añoso malecón...

M. García Jiménez

Buenos Aires, 1938.

La campaña del coronel Güemes en Salta



Si Güemes resulta pues grande como militar y como patriota, depende de sus hechos, de las virtudes y del heroísmo que puso el servicio de la Independencia Sud-Americana. Los historiadores enemigos, los que combatieron contra él, los que podían dar el testimonio verdadero de sus talentos y de su indomable energía, son los que corroboran hoy cuanto podríamos decir en elogio suyo los escritores argentinos, gratos a los inmensos servicios que hizo a la patria. Su fama no es hija de los ecos interesados del espíritu de partido, ni del puntillo local o de las pasiones fratricidas que han forjado otras leyendas y vaciado en mal bronce o inerte piedra, otras estatuas; sino de la pujanza con que hizo insalvable la raya que no habían de volver a pasar los antiguos dominadores que pretendían volvernos al vasallaje de un rey europeo.

Si del campo de batalla lo traemos al terreno del organismo nacional, culto y liberal, le veremos jurar entre los primeros el pacto de la fraternidad y de la abnegación de los salteños con los demás pueblos argentinos: reconocer y obedecer con un respeto honrado la autoridad militar y legítima de San Martín y de Belgrano: recibir sus órdenes, comunicarles sus medidas; y vencedor, presentarse digno de la gratitud de la Nación en las páginas imperecederas con que enriqueció las glorias argentinas. Y esto — sin contar el noble ejemplo de amor al orden nacional en unión de régimen político, que dió cuando le contestó a Ramírez, el caudillo anarquista de Entre Ríos, que lo solicitaba a entrar en un acuerdo de guerra contra Buenos Aires — "que para él, allí, en esa capital, era donde estaba el centro de la vida del porvenir y del progreso de los pueblos argentinos; y que si en algo estimaba su opinión y su amistad, volviese sobre sus pasos y contribuyese a la convocación de un Congreso Nacional que estableciese la unidad de los pueblos argentinos bajo el régimen de una ley comun y libre.

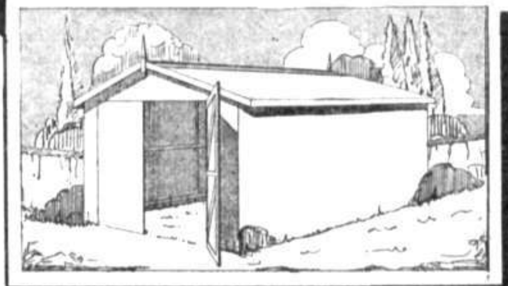
VICENTE F. LOPEZ.



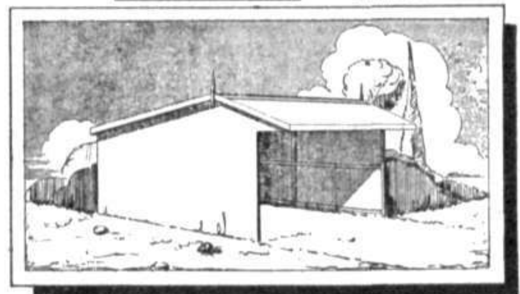
3 OFERTAS DE POSITIVO VALOR PARA LA CAMPAÑA



. . . y decimos de positivo valor porque a su adquisición, a todas luces económica, se suma la utilidad que prestan estos tres modelos al hombre de campo. En efecto, la casa habitación de madera, el garage y el galponcito que hoy presentamos le brindan, respectivamente, la comodidad indispensable para su alojamiento; el resguardo que requiere su vehículo y un lugar seguro para depósito de pasto, bolsas, materiales, arneses, etc. Tres modelos que le aconsejamos adquirir, fundamentando su ventajosa aplicación en la rica experiencia de nuestra Sección "Construcciones de Chapa Canaleta, Madera y Fibrocemento", puesta, desde hace 48 años, al servicio de las necesidades de la campaña.



GARAGE Nº 122 — Por mes $ 12.70 (Colocado) — Construído con chapa canaleta galvanizada y armazón de pino. De m. 3 x 6.



GALPONCITO Nº 123 — Por mes $ 9.60 (Colocado) — Construído con chapa canal. galv. y armazón de pino. De m. 3 x 6.





TORTOSA HNOS.

ADM. Y TALLERES: CHICLANA 3341 — BUENOS AIRES — EXP. Y VENTAS: CHARCAS 2950

UNA FIRMA QUE HACE PATRIA DESDE LA INDUSTRIA

UN CERTAMEN APLAZADO

En el número de "El Argos de Buenos Aires", cuya portada reproducimos, fueron publicadas las notas que verá el lector. Contienen pormenores interesantes, dignos de ser leídos en estos tiempos de concursos bien premiados. Eran aquellas épocas de tentativas laboriosas; las semillas de la actual cultura empezaban a germinar, y el entusiasmo de entonces puede servir ahora de ejemplo.

Sociedad Literaria de Buenos Aires

Se pasó al Gobierno la comunicación siguiente sobre el programa de julio de este año.

Buenos Aires, 6 de julio de 1822

Se han presentado a la Sociedad Literaria de Buenos Aires ocho memorias sobre el programa fijado para el nueve del presente mes de julio es decir, sobre "cuáles son las causas que detienen los progresos de la agricultura en esta provincia, y cuáles los medios de removerla".

La sociedad, a la verdad, ha sentido la más alta satisfacción al notar en esta lidia literaria una concurrencia que hace tanto honor al país como lo hace a la materia misma, sobre la cual halló conveniente explotar los talentos y los conocimientos prácticos; y cree también que esto mismo lisonjeará al gobierno que ha iniciado tal modo de fomentarlos, y de hacerlos servir al provecho público.

Pero sin embargo la sociedad tiene que pasar por el sentimiento de delarar que aun cuando entre las ocho memorias ha encontrado dos que merecen se hagan de ellas una mención honrosa de su mérito, ninguna ha tocado el programa en tales términos que le pongan en el deber de adjudicar en este año la medalla del premio designado.

Juzga pues la sociedad que este vacío que encuentra en las memorias presentadas debe ser originado del corto tiempo que ha promediado entre la época en que se fijó, y la presente; y también en lo vasto del punto puesto al examen por otra parte bastantemente extraño hasta aquí a la meditación de los hombres instruídos.

Bajo este concepto, la sociedad espera que el Sr. Ministro Secretario de Gobierno tendrá la dignación de ponerlo en el conocimiento de quien corresponda; y de aprobar el que se anuncie, que el programa no resuelto en el presente año de 1822 queda pendiente para el año de 1823, con arreglo al artículo 11º del reglamento de premios.

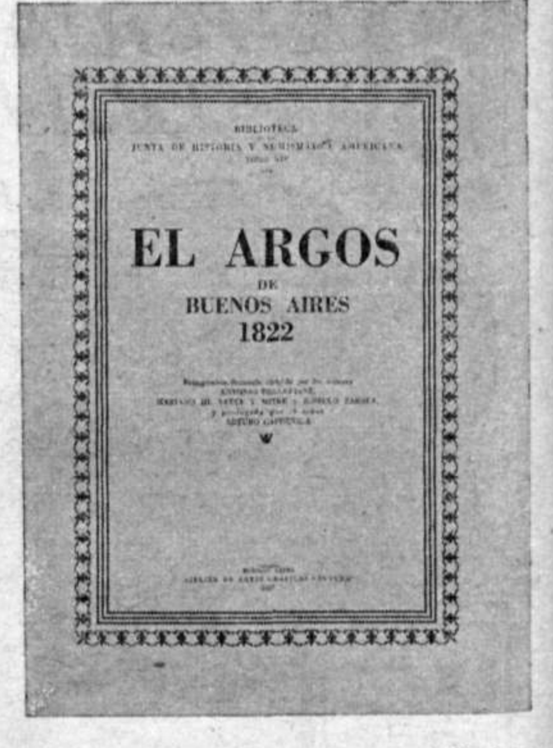
Julián Segundo de Agüero,
Socio Presidente.

Ignacio Núñez,
Socio Secretario.

Sr. D. Bernardino Rivadavia, Ministro Secretario de Relaciones Exteriores y Gobierno.

Contestación

El Ministro Secretario de Gobierno ha recibido la comunicación que con fecha 6 del corriente le ha dirigido la sociedad literaria de Buenos Aires.


BIBLIOTECA
JUNTA DE HISTORIA Y NUMISMÁTICA AMERICANA
EL ARGOS
DE
BUENOS AIRES
1822

Se ha mandado publicar por nota en el Registro oficial el anuncio de que el programa, no resuelto en las memorias presentadas para el premio de este año, se reserva para el entrante.

Al comunicar el Ministro esta resolucion a la sociedad, siente la mayor satisfaccion en expresarle que el discernimiento y buen juicio que se advierten en la nota que contesta, le son tanto más lisonjeros, cuanto ellos son un nuevo garante de los progresos que justamente deben esperarse de aquel cuerpo literario. — Buenos Aires Julio 8 de 1822.

Bernardino Rivadavia.

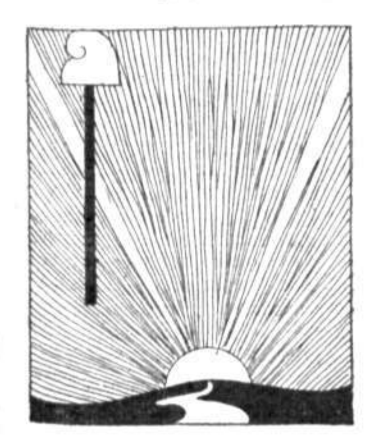
A la Sociedad Literaria de Buenos Aires.

Las memorias que a juicio de la sociedad merecen se haga de ellas una *mención honorable* son dos de las que se han presentado, la una con esta cifra, N X Y y la otra que empieza: *Había de llegar por fin el día, en que se viesen premiados los esfuerzos del que propone mejores medios para que cultivada la tierra por manos libres* &c... (1).

Las memorias han quedado archivadas en la sociedad, y las cartas se han pasado cerradas como lo previene el reglamento a la administración de Correos. Los autores tienen tiempo para rectificar sus observaciones; es natural esperar que si como lo ejecutó el autor del *código de agricultura*, consultan a los cultivadores, discuten con ellos sobre todo lo relativo a la práctica de la agricultura, observan los trabajos rurales en diversos sitios, y en diferentes estaciones, podrán arribar entonces a resultados decisivos sobre un ramo que como dice el autor citado, encierra un grande arte que debe proteger todo gobierno, que todo propietario rural debe practicar, y que debe perfeccionar todo sabio.

(1) No se pone la cifra de ésta por no haber en la imprenta caracteres adecuados. — Nota textual de "El Argos".

La Patria Blanca



He hundido mi pensamiento en las profundidades de la historia de las *razas de luz*, y he investigado en las tinieblas de las *razas de penumbra;* y al iluminar mi camino con la inextinguible linterna del ideal y de la experiencia, me siento seguro de mis propios pasos, y quisiera que mis compatriotas me escuchasen, me creyeran y ejecutaran mis consejos, como resultado de un largo y amoroso estudio, y no como una pragmática ni un dogma, que ningún mandato me autoriza a pronunciar. Es la confidencia amistosa, fraternal, de un espíritu que ha sumergido sus alas en las aguas puras de la meditación desinteresada; que no siente odio, ni animadversión, ni antipatía por ninguna clase, ni hombre aislado, ni credo, ni institución social o política alguna, porque cada grupo halla su bienestar en su propio medio moral o físico, y del mismo extrae sus energías prospectivas; que cree solamente que la ley de amor y cooperación es ley de vida, sea cualquiera el espejismo de las otras doctrinas, y su prestigio y duración; que piensa que la patria es un concepto congénito con la vida misma, y que su conservación, cultura y grandeza no es mengua sino fortaleza de las demás patrias, fraternales y solidarias, en cuyo seno, por la riqueza étnica diferencial de todas las razas del mundo, se realiza la verdadera, la única *patria universal*, la coexistente con la igualdad de destinos de todas las democracias, constituídas sobre el haz de la tierra. Creo, por fin — y anhelo que mis compatriotas y convivientes sientan un día como yo — en que la patria es una entidad eterna, y para cuya perpetuación en paz y armonía sólo es necesario e indispensable la comprensión de un ideal futuro común, una estrella conductora, una visión de más allá, de mayor perfección moral y física, una especie de Patria suprema, colocada más lejos y más alto que la que estos días tenemos, que nos incite a marchar y a ascender, y cuyo anuncio o heraldo sea algún símbolo viviente, como una bandera o un ave, que floten en alturas accesibles, para no matar la esperanza; una región de blancura inmaculada como la nieve de las cumbres andinas, vigiladas por el Kúntur de las razas autóctonas, y cuya definición, por su elevación, su blancura y su diafanidad, sea el reino buscado por la humanidad desde el principio de los tiempos, — del Amor, de la Justicia, de la Belleza, — Riti Suyu, — la Patria Blanca.

JOAQUIN V. GONZÁLEZ.

Un episodio de la campaña a Chile

APENAS restablecido (San Martín), pero sumamente débil, se puso en camino en dirección a Mendoza, para pasar a Buenos Aires, a mediados de enero de 1823.

Llegada a aquella ciudad la noticia de su viaje, su cadete de 1813 en los Granaderos a Caballo, que narra estas líneas, y que se hallaba allí, se puso inmediatamente en marcha para el camino del Portillo en los Andes, acompañado de dos peones y algunas provisiones, a es-



perarlo sobre la cumbre de la Cordillera. Al día siguiente llegó a la estancia de don Juan Francisco Delgado, en el Totoral, donde pasó la noche, y, de mañana, siguió por el cajón del Manzano hasta llegar a la cumbre, donde durmió.

El sol aparecía en todo su esplendor en el oriente, cuando Olazábal, que estaba tomando mate (pues a prevención había hecho llevar leña), vió a la distancia una pequeña caravana que lentamente se dirigía hacia la cumbre. Desde luego, sospechó que allí venía su coronel y general. Efectivamente, era el *Gran Capitán.* El general San Martín iba acompañado de un capitán con dos asistentes, dos mucamos y cuatro arrieros, con tres cargueros de equipaje y comestible. Cabalgaba una hermosa mula zaina, con silla de las llamadas *húngaras,* y encima un *pellón,* y los estribos liados con paño azul por el frío del metal. un riquísimo *guarapón* (sombrero de ala grande) de paja de Guayaquil cubría aquella hermosa cabeza en que había germinado la libertad de un mundo y que con atrevido vuelo había trazado sus inmortales campañas y victorias. El *chamal* (poncho) chileno, cubría aquel cuerpo de granito, endurecido en el vivac desde sus primeros años. Vestía un chaquetón y pantalón de paño azul, zapatones y polainas, y guantes de ante, amarillos. Su semblante, decaído por demás, apenas daba fuerza a influenciar el brillo de aquellos ojos que nadie pudo definir. Cuando se acercó, Olazábal se precipitó hacia él y lo abrazó por la cintura, deslizándose de sus ojos abundantes lágrimas. El general le tendió el brazo izquierdo sobre la cabeza, y lleno de emoción sólo pudo decirle: *¡hijo!...*

Un momento después, invitado a descansar y a tomar un poco de té o café, aceptó, y ayudándolo a bajar de la mula, se sentó sobre una montura que le sirvió como los magníficos sofás de los palacios que había conquistado. Inter se cebaba un mate de café que prefirió y le preguntaba por la familia dijo: ¡Qué diablos!, me ha fatigado esta subida...

Después que tomó el café con un bizcochuelo, mirándolo exclamó:

—¡Tiempo hace hijo, que mi boca no saborea un manjar tan exquisito!... Bueno será, quizá, que bajemos ya de esta eminencia desde donde en otro tiempo me contempló la América.

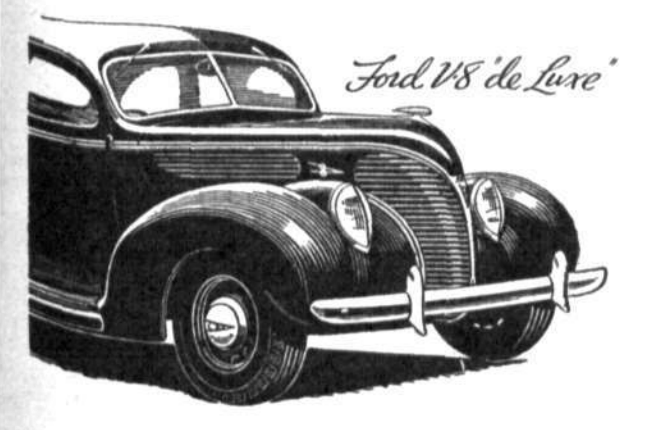
Nadie habría podido penetrar lo que pasaba en aquel corazón, tan combatido por crueles desengaños.

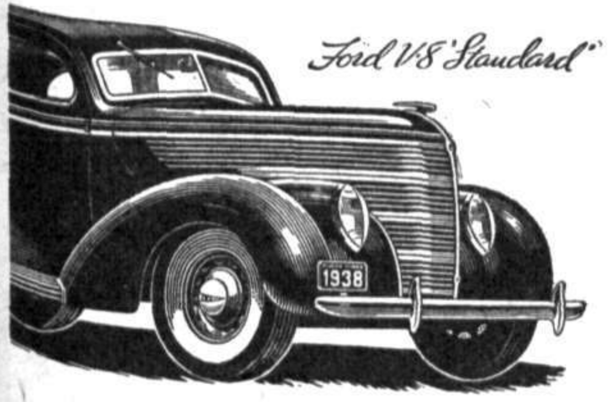
MANUEL DE OLAZABAL



lleva al convencimiento de que en Economía - Potencia - Funcionamiento Comodidad - Elegancia y Seguridad, ningún otro coche aventaja a los nuevos

FORD V·8 1938





Examine las siguientes características. Después visite al Concesionario Ford *y pídale que le permita hacer un viaje en* un Ford V-8 1938. Luego reflexione... y se convencerá de que ningún otro coche aventaja al Ford V-8 1938.

Ford V-8 1938 "De Luxe" - Enteramente nuevo. Es más grande. Capó más largo. Guardabarros más profundos. Tiene más espacio para el equipaje. Interiores más suntuosos. Con motor V-8 de 85 H.P.

Ford V-8 1938 "Standard" - Capó más largo. Elegante panel de instrumentos. Nuevas guarniciones. Amplio espacio para equipajes. Con motor de 85 ó 60 H.P. a elección.

Ventajas del motor V-8 - Los motores en tipo V han ganado records mundiales en la tierra, el agua y el aire. Tienen más cilindros en menos longitud, lo que significa más espacio *para los pasajeros y* el *equipaje*. Son más potentes y suaves.

Motores V-8 de 85 ó 60 H. P. - Con el motor de 85 H.P. se obtiene el máximo de rendimiento y extraordinario pique, aceleración y velocidad. Con el motor de 60 H.P., excepcional economía y un funcionamiento suave y silencioso.

Equilibrio céntrico - El Ford V-8 1938 sitúa a los pasajeros cerca del centro del automóvil, donde viajan con más confort. Los ocupantes del asiento posterior gozan de idéntica comodidad que los del asiento delantero.

Ventilación despejada - Sistema de insuperable sencillez. El parabrisas tipo V, se abre en los modelos cerrados. Todos los modelos Ford V-8 tienen ventilador en el cubretablero.

Carrocería toda de acero - *Para mayor* seguridad. El techo, costados, piso y bastidor, se sueldan eléctricamente, formando una unidad de gran resistencia.

Frenos de acción rápida - Accionados por fuertes cables de acero, ofrecen la seguridad del acero desde el pedal a las ruedas. Obedecen a la menor presión del pedal.

Cristales de seguridad - Cada tipo de carrocería Ford V-8 1938 "De Luxe" o "Standard", tiene cristales de seguridad en todas las ventanas y el parabrisas, sin aumento de precio.

Sección para equipajes - En todas las carrocerías Ford V-8 1938. Excepcionalmente grande en los Sedán "Standard". Mayor aún en los modelos "De Luxe". La ancha puerta, se abre desde *abajo. Puede llevar el neumático* auxiliar y abundante equipaje.

Extraordinarios Programas Radiales Ford V-8

Solicite del Concesionario Ford el folleto "Extraordinarios Programas Radiales Ford V-8"

CONCESIONARIOS Y SERVICIO FORD EN TODAS PARTES

FORD MOTOR COMPANY

LIOS Y MALANDANZAS DE NAPOLEON VERDADERO

DESDICHADO FIN DE LA FAMOSA AGENCIA

La agencia de colocaciones "El Trabajo da Salud", que dirigíamos Fiduciario Salitre y yo, seguía proporcionándonos buenos dolores de cabeza, y con las incidencias que relataré a continuación terminó aquel negocio que pudo ser fructífero, pero se quedó en promesa y más ruinoso que obelisco cualquiera.

Cierta mañana, el 14 de Brumario de 1937, para ser más exacto, la campanilla del teléfono me obligó a regresar de Londres, ciudad a donde me llevará la fantasía de un novelista policial. Abandoné el libro, y a Londres con él, y descolgué el auricular:

—¡Hola! Sí, sí; con la Agencia de Colocaciones...

—Bien, bien; habla el sultán Abud Al Mentol de Salen.

—¡Oh, Sahib, tanto gusto! ¿En qué podemos servirlo?

—He llegado de incógnito a Buenos Aires, trayendo nada más que algunos equipajes y mi harén portátil; y apenas desembarqué pude observar que algunos hijos del país trataron de birlarme varias chicas y dejarme como un bacán amurado, según rezan los tangos aborígenes...

—¿Pero vos no traéis guardias de corps, Sultán?

—Traía unos cuantos, sí, pero bajaron en Montevideo y por culpa del guindado traidor ninguno de ellos volvió al barco... ¡Búsquenme ustedes una docena de jenízaros feroces y les pagaré su peso en oro! Envíenmelos al hotel "Campeador", y cuanto antes mejor, pues estos muchachos argentinos acabarán por dejarme sin una percanta...

Comuniqué a mi socio Fiduciario Salitre el magnífico pedido que nos habían hecho, y el hombre salió en busca de los terribles cancerberos para el sultán. Volví entonces a mi novela policial, pero no pude quedarme en Londres mucho tiempo: cinco minutos después, un pinche me anunció la visita de un tapado de pieles y varios collares que apenas dejaban adivinar a la señora que debatíase debajo de ellos.

—A sus órdenes, señora... ¿En qué puedo serle útil?

—Soy la señora María Isabel Torre Eiffel de Caña Tacuara Firme.

—¿La esposa del honorable juez Caña Tacuara Firme?

—La misma que viste, calza y se envuelve en pieles.

—Usted dirá, señora magistrada...

—He leído los avisos de esta Agencia de Colocaciones y por ellos supe que ustedes se especializan en proporcionar gente para usos diversos...

—Y es la verdad, señora; nuestra agencia es famosa por la mercadería que expende, y ningún pedido, por extraordinario que sea, nos asusta. Unas veces proporcionamos "público para conferencistas"; en otras ocasiones llevamos gente al Congreso, para que aplauda o silbe a determinado legislador; frecuentemente nos piden personal para los más extraños menesteres: desde "el hombre que saca a pasear al perrito" hasta el niño que se cae al agua para que alguien pueda lucirse salvándolo. Ayer, por ejemplo, una institución nos pidió cien hombros capaces de permanecer con el puño en alto durante una conferencia política.

—Deben ganar mucho dinero con esos pedidos, ¿verdad?

—No siempre, distinguidísima señora, no siempre... La competencia es muy grande, y muchas veces se producen catástrofes. Esos cien hombres que enviamos ayer al conferencista, colocáronse en redor de él y trataron de cumplir la orden que llevaban: mantener el puño en alto durante todo el acto; pero ocurrió que un político rival contrató en otra agencia doscientos hombres que concurrieron al lugar con el brazo extendido y la mano abierta... ¡Ah, mi querida y abrigada señora! ¡Si usted supiera cuán difícil es hacer buenos negocios a causa de la pequeña diferencia que existe entre un brazo extendido con la mano abierta y otro con el puño cerrado! Y, muchas veces, eso que la gente atribuye a "arrebatos políticos" o "ideología frenética", no es otra cosa que la natural defensa de los garbanzos entre el personal de dos agencias de colocaciones rivales...

—Entonces, no todas son flores en esta profesión.

—Hay algunas, pero son pocas y raras, gentil señora mía. El viernes pasado, un sainetero nos pidió veinticinco jóvenes, con manos grandes y callosas, para que aplaudieran su estreno hasta destrozarse los dedos...

—Ya lo veo... y un sainetero enemigo contrató a otros para hacer escándalo, ¿verdad?

—A medias, excelsa matrona. El escándalo se produjo por generación espontánea: lo hicieron los mismos jóvenes encargados de aplaudir.

—¡No cumplieron entonces con su misión!

—Sí; ellos llevaban orden de alaudir y aplaudieron, pero el sainete era tan malo que mientras aplaudían por necesidad silbaban estruendosamente por dignidad humana; y al final se oían más los silbidos que los aplausos.

—¡Qué horror! Bueno, dejemos esas tragedias y volvamos al motivo de mi visita.

—Los pabellones de mis orejas ábrense hospitalariamente para recibir todas sus órdenes y llevarlas al interior de mi servicial cerebro, señora.

—Esta noche daré una fiesta en mi palacio, pero me faltan unos cuantos bailarines; he invitado a cuarenta señoritas y ahora me encuentro con que no tengo acompañantes para todas.

—Es un pedido muy común el suyo, señora: los hombres escasean y en casi todas las grandes fiestas sociales nosotros colaboramos con nuestro personal distinguido y aristocrático. En la fiesta que el martes dieron los de Angostorena enviamos un conde rumano que...

—¡Cómo! ¿Aquel conde rumano era un empleado de la Agencia? ¡Ah, canalla, pirata, infame!

—Perdón, señora; ¿tiene usted alguna queja contra ese muchacho?

—No... este... ¿con que no era conde, eh?

—Vamos, señora magistrada, usted comprenderá... hay muchos así.

—Sí, sí, ya comprendo, pero, por favor... ¡no me mande a ese conde a mi fiesta porque si lo veo lo estrangularé!

—Esté tranquila, señora: no sólo no lo verá usted en su casa sino que hoy mismo lo despediré. Si usted lo encuentra en otra fiesta es porque lo envía otra agencia de colocaciones.

—Perfectamente. Espero, entonces, que ustedes me manden esta noche diez jóvenes distinguidos, con trajes de etiqueta y que no se propasen con las damas... ¡Ah, ese canalla de conde!

—Descuide usted, señora: después de las 22, los hombres que usted necesita estarán en su casa y usted será nuestra mejor cliente.

—Así lo espero. Aquí le dejo un cheque y... vea... este... ¡no despida a ese joven conde rumano! Mándemelo a la fiesta... Total, ¿sabe?, él no ha hecho más que cumplir con su deber... ¡Y el muchacho es tan simpático!...

Cuán tornadiza es la suerte de los pobres bichos humanos!

¡Quién iba a decir que ese mismo día que amaneció radiante y promisorio para el destino de nuestra agencia terminaría con la desaparición de la misma y el encarcelamiento de sus directores!

¿Qué genio fatal y conventillero cruzóse en nuestro camino, transformando la hermosa carretera en intransitable barrial? ¿Fué mía la culpa o de mi socio Fiduciario Salitre? ¿Cuál de los dos equivocó las direcciones y envió los diez galanes finos y aristocráticos al sultán, y los doce jenízaros bárbaros al salón de la señora María Isabel Torre Eiffel de Caña Tacuara Firme? ¡Misterio impenetrable!

Ni en veinte años de reclusión lograremos adivinar cómo pudimos cambiar las direcciones y causar un éxodo de favoritas en el harén de Abud Al Mentol de Salen, y una tragedia medioeval cuando la horda salvaje irrumpió en el gran baile social... ¿Quién nos salvará ahora de la venganza del honorable juez Caña Tacuara Firme? ¿Quién nos librará del odio de su enérgica esposa, que esperó inútilmente al apolíneo conde rumano? Y, suponiendo que nada puedan probarnos y recuperemos la libertad, ¿quién nos protegerá contra la persecución homicida del sultán, que ahora está solo, triste y abandonado como el héroe de cualquier tango popular?

He aquí la maldita experiencia obtenida con la no menos maldita Agencia de Colocaciones "El Trabajo da Salud"...

Dibujos de Otto

San Martín y Bolívar



La posteridad ha pronunciado su juicio definitivo sobre los dos libertadores de la América meridional, cuya vida pública, envuelta en el movimiento revolucionario de su tiempo, hemos relatado: — San Martín y Bolívar.

Los dos fueron hombres en su medida, los más grandes hombres que después de Wáshington la América haya producido, dignos de figurar en el panteón universal como colaboradores del progreso humano. Los dos cumplieron su misión redentora en el orden de los hechos, dando el uno la primera señal de la guerra continental, cuyo plan concibió y terminándola gloriosamente el otro. Sin San Martín en el sud del continente, y sin Bolívar en el norte, no se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación de las fuerzas revolucionarias, que dió el triunfal final, ni cómo el uno sin el otro hubiese podido llenar su tarea libertadora. Los dos erraron, empero, como políticos, y quedaron más abajo de la razón pública y aún de los instintos de las masas que removían, y no pudieron o no supieron dirigir en sus desarrollos orgánicos la revolución que acaudillaron militarmente. El tiempo que disipa las falsas glorias y acrecienta las verdaderas, ha borrado las sombras que obscurecieron parcialmente en vida estas personalidades típicas, símbolos de una época, que señalan la aparición de un nuevo mundo republicano, que es el fenómeno político más considerable que haya presenciado el siglo XIX. Sus contornos se destacan netamente en el horizonte de la historia, y han merecido ambos la apoteosis de su posteridad, después de alcanzar su centenario, sometidos a la prueba del tiempo en presencia de su obra.

En el gran drama de la revolución hispanoamericana, que tiene por teatro un vasto territorio igual a la cuarta parte del globo, que se extiende desde el cabo de Hornos hasta el golfo de Méjico, y sobre ambos océanos, los dos primeros actores, las dos grandes figuras continentales, son las de sus dos libertadores, que partiendo de extremos opuestos, convergen a un punto céntrico movidos por las fuerzas que organizan y dirigen. Su vida y su obra tiene la unidad de la epopeya de la emancipación de un mundo nuevo, con su genialidad, su acción heroica, su carácter trágico, sus desfallecimientos y sus delirios, y coinciden hasta en su melancólica catástrofe. Roto el destino del uno antes de terminar su obra, y roto el del otro en medio de su apogeo, la revolución sigue su marcha lógica, como en las carreras antiguas, caído el conductor en la arena, el carro triunfador llegaba a la meta, abandonados los corceles a su noble instinto.

Los dos libertadores representaron alternativamente la hegemonía de dos grandes grupos de pueblos que trabajaban en pro de su independencia; pero con diversas tendencias y opuestos objetivos internacionales, aunque con un mismo propósito inmediato.

BARTOLOME MITRE.



Doña Ercilia Suárez de Arizabalo.

Una visita a la hija del héroe de Junín, doña Ercilia Suárez de Arizabalo, en el centenario de su nacimiento

Por JUAN CRUZ OCAMPO

Días antes de cumplir el centenario de su nacimiento fuí a saludar a la ilustre hija del héroe de Junín. Desde que uno penetra en su residencia advierte en todos sus detalles la sencilla y serena hospitalidad de un hogar de antaño; la copa de fuego y el clásico benjuí ponen calor y fragancia en el ambiente de su sala, adornada con profusión de objetos y retratos de familia què hablan del abolengo patricio de la dama que iba a visitar; sala que ella aristocratiza aun más con la noble distinción de sus rasgos fisonómicos, en que un ocaso luminoso denuncia la armonía distante de una aurora muy bella.

Nuestra conversación giró, desde su comienzo, alrededor de la figura valerosa de su padre, el coronel Isidoro Suárez, magníficamente reproducida en una hermosa tela. Elevando unos instantes sus ojos claros hacia ese cuadro que constituye su legítimo orgullo, me dijo con voz velada por la emoción:

—Mi padre no tuvo más ideal que contribuir a la libertad de la patria. Nada lo detuvo en la grandeza de esa empresa hasta que al fin la vió realizada, al conseguir al frente de los Húsares de la Guardia, el más grande de sus triunfos en la batalla de Junín. Allí quedó vencido para siempre en Sud América el valor de los capitanes de la conquista.

Conmovida por el fervor patriótico, sus palabras enmudecieron breves momentos, añadiendo luego, con amargo desencanto:

—La ingratitud fué la recompensa para el último puñado de granaderos que quedaban del regimiento de San Martín. Un decreto de Bolívar los arrojó del territorio del Perú, concediéndoles quince días para salir de la tierra que habían libertado con su sangre. Así se ausentaron definitivamente mi padre, Necochea, Pedernera, Brandzen y Olavarría.

Después de una pausa agregó:

—Y la posteridad también ha sido injusta con ellos. Aquí en la Capital no existe ni el más modesto busto que recuerde a mi padre y al coronel Olavarría. Sólo en la Boca hay dos calles que llevan sus nombres.

Para desviar esos recuerdos sombríos, le pregunté sobre acontecimientos del Buenos Aires de esas épocas, a lo que respondió:

—En mis tiempos, la sociedad era más elegre: cualquier pretexto la reunía para divertirse. Las fiestas mayas tenían un atractivo especial y era un honor concurrir a la plaza de la Victoria a escuchar las bandas militares y presenciar el desfile de las tropas. Tan animados eran esos aniversarios que el pueblo los caracterizó con una frase. Cuando se quería significar alegría o un gran entusiasmo, se decía: "Es como un Veinticinco de Mayo". Mi infancia — agregó después — y parte de mi juventud transcurrieron en Montevideo, porque mi madre — continuó, indicándome su retrato — era de antigua prosapia uruguaya; se llamaba Jacinta de Haedo. El linaje de su apellido procede de la colonización española en el hoy departamento de Río Negro, permaneciendo arraigada por más de doscientos años en aquel solar oriental. Era sobrina del general Miguel Estanislao Soler. Su hermana Marcelina — agregó señalándome su retrato — formó su hogar con Francisco Saavedra, hijo del presidente de la Primera Junta.

Interrumpí sus interesantes añoranzas preguntándole:

—¿En qué fecha regresó de Montevideo?

—El día que nos despertaron las campanas de todas las iglesias del Estado Oriental, que tocaban a rebato: es que al fin había llegado a nuestra querida patria el amanecer luminoso de Caseros. No se puede usted imaginar lo que fué Buenos Aires después de la caída del tirano. Las tertulias tradicionales se volvieron a reanudar. Mi tío, don Vicente Fidel López, nos dió un baile en nuestro honor, que tuvo gran resonancia. Las niñas nos pasamos la palabra para asistir vestidas de azul y blanco: queríamos en esa forma desagraviar los colores de nuestra bandera por haber sido sustiuídos y humillados por el servilismo fanático de la divisa punzó.

Juan Cruz Ocampo



La señora de Arizabalo durante la fiesta con que recientemente fué celebrado su centenario.



Senador nacional don Benjamín Villafañe, ex gobernador de Jujuy y escritor enjundioso y vibrante.

Por la justicia y

Personalidades argentinas opinan

"CREO que la situación es muy grave — nos manifiesta el senador Villafañe. — La actitud mesurada y correcta de Bolivia, aceptando las proposiciones de los mediadores, merece todo aplauso, ya que armoniza con el espíritu de concordia que debe primar en los altos problemas de los pueblos americanos. Por la acción de las armas, el conflicto no se arreglará nunca, y será una causa de ruina perpetua para los dos paises". Con respecto a las exigencias paraguayas, afirma el senador argentino que no alcanza a penetrar la negativa cerrada del Paraguay relacionada con la salida fluvial de Bolivia. Supone, sin detenerse en el análisis, de que esta conducta responde a razones de política interna. Con relación a la participación de la Corte Internacional de La Haya, en último caso, cree que a pesar de ser facultativa la cláusula del protocolo que prevé esta apelación, ninguno de los litigantes debe perder de vista la probable intervención de aquel alto tribunal. En consecuencia, agrega, no es prudente desconectarse de su relación. Opina el senador Villafañe, que Bolivia debe tener salida al río Paraguay. "La doctrina argentina — dice el legislador entrevistado — sostiene que los ríos navegables no son patrimonio exclusivo de nadie. Son dones de la naturaleza como el aire y el sol. Y en este caso, hay algo de sagrado en el deber de abrirle un pulmón a un país vecino, por ser de la misma sangre y la misma alma; pues el alma de Paraguay y Bolivia no es otra cosa que una aurícula del corazón del viejo virreinato del Río de la Plata". Preguntado sobre la actitud que a su juicio deben asumir los mediadores, frente a esta grave situación, contestó lo siguiente: "Sería un error y un grave error, creer que el problema que aflige a las dos naciones mediterráneas en disputa, estaría definitivamente resuelto con la solución unilateral que podrían darse entre sí las partes en litigio. El problema es más complejo y es necesario contemplarlo en su conjunto e integridad. No es una cuestión paraguayo-boliviana exclusivamente la que se está ventilando. Es una cuestión continental que afecta al sistema político y económico del Río de la Plata y al del Pacífico. Todas las naciones que integran el sistema platense y el del Pacífico austral, están afectadas vitalmente por este litigio. La solución debe ser, pues, armónica para todos los intereses legítimos y total en todos sus aspectos. Se trata de una úlcera en el corazón del continente que deben poner empeño en curar todas estas naciones ofreciendo su aporte para cimentar la concordia americana. Y cada Estado debe pagar su cuota a la paz común sin desmedro para nadie. No sería justo ni moral hacer recaer el precio de la paz, en una sola de las partes ni en las dos en litigio. Es necesario, para honor de nuestro país, hacer saber que el gobierno de la República Argentina está dispuesto a pagar esa cuota y ofrecer su aporte en beneficio de la paz continental y de las naciones en litigio. El hecho de que nuestro país no haya procedido en la misma forma en otros tiempos y circunstancias análogas o incurrido en errores merecedores del remordimiento, no puede sernos opuesto al anhelo de cimentar la paz americana hoy, sobre la base de la justicia y el derecho. El mundo ha andado mucho desde los tiempos no lejanos en que las naciones dirimían sus disputas por la fuerza, ante la indiferencia de los vecinos y de todo el mundo. Mucha sangre ha corrido por esta causa; y de algo deben servirnos experiencias como la que tuvo principio en el crimen de Sarajevo, que ha precipitado a la humanidad en un despeñadero, en el que ha de sucumbir o salir redimida, con el pendón del derecho, de la paz y de la justicia".

la paz de América

sobre el pleito territorial del Chaco



Doctor Leonidas Anastasi, diputado nacional, presidente de la comisión de legislación y trabajo y profesor de las universidades nacionales de La Plata y Buenos Aires.

"DE acuerdo a las informaciones de estos últimos días — dice a "Caras y Caretas" el diputado Anastasi, — opino que el pleito chaqueño cruza por una situación muy delicada. Es evidente que la actitud asumida por Bolivia, tiende a favorecer la paz, evitando el resurgimiento del conflicto armado. Su conducta internacional en este caso, juiciosa y levantada a la vez, se ajusta a las exigencias de la opinión pública americana.

"Prima facie", las exigencias paraguayas, ampliando el perímetro del territorio que retendría para su patrimonio y cerrando la salida fluvial a Bolivia, son excesivas; sobre todo si se tiene en cuenta que la línea propuesta es el resultado de un estudio fundamental realizado por las seis naciones mediadoras, capacitadas para resolver el problema jurídico.

"No creo — agrega el doctor Anastasi — que llegue a fracasar esta mediación. Pero si no se pudiera arribar a feliz término en este arreglo directo que se está substanciando, no creo prudente que ninguna de las partes eluda la elevación del pleito a la Corte Permanente de Justicia Internacional de La Haya, ante cuyos estrados se han dirimido numerosas y delicadas cuestiones internacionales. Este tribunal constituye la más alta garantía para las naciones del mundo.

"La Conferencia de Paz tiene que agotar todos los medios para evitar el fracaso de estas negociaciones, pues se volvería a encender el fantasma de la guerra. Después de las dolorosas experiencias pasadas, es de rigor que este litigio tenga una solución conveniente a los intereses superiores de América. La responsabilidad del fracaso recaería sobre las naciones que intervienen en esta mediación.

"Es de esperar que la solución de este litigio no encierre a Bolivia privándola de una salida al estuario del Plata. Todas estas naciones, desintegradas del antiguo virreinato, no deben perder su histórico vínculo tradicional con el Atlántico por Buenos Aires.

"DESDE luego — nos dice el doctor Menchaca, — el diferendo territorial del Chaco pasa por un momento delicado. Opino que deben respetarse y acatarse las decisiones de los países mediadores cuya buena fe y honestidad no pueden ponerse en tela de juicio. La intervención argentina, en este caso, está en armonía con nuestra tradición en el campo de la política internacional. Cualquier pretensión extemporánea, que se desencauce de la buena doctrina sustentada por los mediadores, sería provocar el conflicto armado, temperamento que tendría el repudio de todos.

"Creo que debe dársele una salida fluvial a Bolivia. No entro a opinar sobre la forma y



Doctor Manuel J. Menchaca, ex gobernador de la provincia de Santa Fe, de cuya capital fué el primer intendente electivo. Presidió la Constituyente (Constitución de 1921).

modo con que se contemplaría este desahogo portuario sobre un río cuya navegación no hay derechos de exclusividad. Quizá, sobre una compensación; pero Bolivia debe tener un puerto.

"La Conferencia de Paz, está en el deber moral de imponer cualquier solución pacífica. Es preferible un mal arreglo a un buen pleito. Y en este caso, un arreglo, emanado de la Conferencia, sería justiciero. Y si, por desgracia, no lograra substanciarse un entendimiento directo, el pleito debe ir a la Corte de La Haya".



El escritor Manuel Ugarte, de amplia, conceptuosa y difundida labor americanista.

El escritor Manuel Ugarte nos manifiesta: "He deseado siempre con fervor que se mantenga la paz de nuestra América. Las repúblicas del sur tienen de 3 a 6 habitantes por kilómetro cuadrado; es decir, una densidad de población cien o docientas veces inferior a la de algunos países de Europa. Si a esto se añade la riqueza y la fecundidad del suelo, comprendemos que lo que necesitan, en general, los Estados, no es aumentar la amplitud del territorio, sino poblarlo y valorizarlo con ayuda del trabajo y la concordia.

"Pero en el caso especial que nos ocupa, las cosas cambian de aspecto. Bolivia ha sido hasta ahora la eterna víctima expiatoria en el curso de todas las guerras y todas las sutilezas diplomáticas. Es la nación que — acaso por haber hecho suya la concepción que apuntamos más arriba — ha sufrido siempre injusticias y mutilaciones.

"Este antecedente explica la firmeza con que defiende ahora una línea de demarcación, que hasta cabe considerar como desventajosa para ella, comparándola con las bases que en vista de una solución definitiva del conflicto fueron aceptadas de común acuerdo hace pocos años.

"Sin entrar en el detalle de las negociaciones — en un momento delicado que sólo pueden apreciar debidamente los mediadores — hemos de manifestar nuestra simpatia por Bolivia, reclamando para ella, en nombre de toda la América latina, el derecho de vivir y de respirar".

El profesor don Pablo A. Pizzurno, nos declara lo siguiente:

"No me atrevo, ni me considero con autoridad suficiente para opinar de modo categórico—como me gusta siempre—respecto de las cuestiones que usted me plantea. Permita usted que me exprese en dos palabras como educador pacifista que encaro con criterio simplista el asunto y sin afligirme ante las sonrisas que mi ingenuidad pueda provocar.

" Digo, entonces, que sean cuales fueren los tironeos hechos por cada parte, a fin de obtener el máximo posible de ventajas, los dos países hermanos concluirán por llegar a un arreglo, ya sea directo, ya sea acudiendo al tribunal de La Haya, o de cualquier otra manera digna.

" Ir a la guerra (pudiendo evitarla sin desmedro del honor), so pretexto de patriotismo o de defender la justicia y el derecho, es cerrar los ojos a la luz y entender muy mal el patriotismo, ya que hasta los chicos saben que la guerra nada resuelve bien y, en definitiva, todo lo empeora, tanto para los vencidos cuanto para los vencedores.

" Por consiguiente, a su pregunta concreta de si deben continuar las negociaciones, contesto sin vacilar que sí, convencido de que puede llegarse a un arreglo decoroso si prima sinceramente lo que debe primar y si no existen intereses o interesados ocultos que estorben el mejor arreglo.

" ¿Qué le parecería a usted, por ejemplo, esta solución?: Bolivia necesita una salida al exterior. ¿Por qué Chile o el Perú, o ambos, no le ceden a su "hermana" encerrada, una pequeña faja que le permita llegar al mar Pacífico?

" ¿No vale la pena el pequeño sacrificio para evitar un desastre y cuando tanto se alardea de confraternidad, de cooperación y de amor a la paz, a todos necesarias y para todos ventajosa?"



El profesor doctor Pablo Pizzurno, cuya prédica de un nacionalismo generoso y humano, le acredita como un noble apóstol de la Paz.

El guante negro

(Continuación de la pág. 43)

del tapiz y obedeció a su señor. Durante largo rato sólo se oyó la respiración oprimida del coronel y los acompasados golpes del azadón de Bracho.

Un horrible presentimiento atravesó el alma de la madre que contuvo su aliento y escuchó.

Cuando el hoyo estuvo hecho, Bracho, apoyándose en el azadón, se volvió hacia su jefe.

El coronel se acercó a la negra boca del hoyo, y midió con la vista su profundidad.

—¡Bracho! — dijo con una voz lúgubre que llevó un frío mortal al corazón de la madre, — ¡dentro de pocas horas ese abismo se cerrará sobre un cadáver! ¡Escucha! — prosiguió; — hoy, en este mismo sitio, tendrá lugar el juicio y el castigo de un gran crimen, desconocido entre los soldados argentinos, y que todavía no ha manchado nuestros anales militares: ¡la traición! Vé ahora a la ciudad, busca en el cuartel de mi regimiento a su segundo jefe, y dale de mi parte la orden de venir inmediatamente a encontrarme aquí, recomendándole el mayor secreto sobre el lugar dónde se dirige.

Bracho hizo un movimiento involuntario de dolorosa sorpresa, al escuchar aquella orden. Vaciló y miró a su amo, como si quisiera hablarle; pero una severa mirada de éste le hizo obedecer en silencio.

V

AMOR DE MADRE

—¡Desertor! — exclamó el coronel, cuando quedó solo, — ¡desertor! ¡Un soldado argentino, un Ramírez desertor! ¡Sombra de Belgrano! — continuó él con dolor, dirigiéndose al retrato de aquel héroe, — sombra augusta de Belgrano, ¿no os estremecéis de indignación al oír aliar con la infamia el nombre de vuestro amigo, repetido con honor en el detal de las batallas, ¿no gemís de dolor, al ver deshonradas las cicatrices de vuestro antiguo compañero? Deshonradas no, gracias al cielo, el crimen no ha sido consumado todavía; y esa tumba, y este puñal lo sepultarán para siempre con el culpable.

Al ruido metálico que produjo el ancho puñal del coronel, al caer sobre la mesa, se estremecieron las entrañas de la pobre madre, que hasta entonces procuraba persuadirse de que todo aquello era un sueño. Su corazón sintió el frío del acero destinado al corazón de su hijo, y exhalando un grito desgarrador, alzóse de repente, pálida como un espectro, a los ojos de su marido, que retrocedió espantado, exclamando:

—¡Margarita! ¿qué has venido a buscar aquí?

—¡Ramírez! — gritó ella, con acento lamentable, — ¡por piedad! dime que estoy loca y que son efecto de mi delirio las palabras atroces que te he oído pronunciar. ¡Ramírez! ¡Ramírez! en nombre del cielo, di que esa tumba, ese puñal, esa espantosa sentencia, son sólo las alucinaciones de una horrible pesadilla que agita mi mente, ¡dí que no es cierto que tú quieras hacerte el asesino de mi hijo, de nuestro hijo!

—¡Tu hijo! ¡nuestro hijo!

— exclamó el coronel en una explosión de dolor y de indignación. — Ya no le tienes, desventurada mujer; el que fué nuestro hijo es un traidor, que subyugado por una pasión abandonaba el estandarte sagrado de la patria. Los momentos de su existencia están ya contados, y sólo pertenecen a mi justicia. ¡Margarita! vé a orar por él, y olvida para siempre el nombre de tu hijo.

— ¡Oh! — exclamó la madre con acento profundo y desgarrador, — ¡que ore por él como por un difunto! ¡que olvide el nombre de hijo, ese dulcísimo nombre, que hace veinte años es el objeto de mi existencia! ¿quién lo ha dicho? ¿quién?... ¡Oh, nadie!... nadie, ¡gracias al cielo, estoy loca!... ¡estoy loca!

Y la infeliz recorría el cuarto retorciendo sus brazos, y comprimiendo con ambas manos la frente, como para hacer estallar la locura que invocaba.

La tremenda voz del honor ofendido que había sofocado la del amor paternal en el alma del coronel, enmudeció ante aquella desesperación de madre. Ramírez sintió despedazarse el corazón y vacilar su terrible resolución. Tendió los brazos a su mujer y la dijo tristemente:

— Margarita, ¡pobre madre! ¡ven a llorar en el seno de tu esposo, de tu amigo! ¡yo también tengo necesidad de derramar lágrimas!

Pero de repente sus ojos encontraron la mirada de Belgrano, que destacándose fija y penetrante del fondo sombrío del cuadro, parecía echarle en cara su debilidad.

La vergüenza cubrió entonces de púrpura el rostro desencajado y lívido del coronel. Sus ojos despidieron llamas; y una ancha cicatriz, recuerdo de sus glorias, dibujándose pálida sobre el rubor de su frente, le coronó como una aureola siniestra.

— ¡No! — exclamó, rechazando a su mujer, y yendo a colocarse ante el retrato de su antiguo jefe, — aquel a quien visteis a vuestro lado arrostrar con serenidad la muerte entre la metralla de los combates, no desmentirá su valor ante el cumplimiento de su deber, por terrible que éste sea. Si este corazón se rebela — continuó golpeando su pecho, — yo le romperé; pero el honor se habrá salvado, porque el culpable perecerá.

— ¡Oh — gritó la madre, lanzándose hacia su marido y apretando convulsivamente su brazo, — ¿era verdad? ¿mis oídos me engañaban? ¡Ramírez! ¡Ramírez! ¿es cierto que ese horrible pensamiento que mi labio rehusa expresar, ha hallado lugar en tu alma? ¡ah! — continuó cayendo a los pies del coronel y abrazando sus rodillas, — ¡si necesitas sangre he aquí la mía! Toma ese puñal, abre una a una todas mis venas, martirízame, arráncame el corazón, sepúltame viva en esa ignorada tumba, pero ¡ten piedad de mi hijo! respeta su vida, esa preciosa vida que recién comienza a florecer. ¡Oh, Ramírez! si has olvidado que eres padre, acuérdate que eres hombre, compadécete de su juventud, de su belleza, de su porvenir, ese hermoso horizonte de promesas y esperanzas que tú quieres robarle. El crimen no ha sido sentido aún: todavía hay lugar para el arrepentimiento. ¿Con qué derecho quieres ser más severo que Dios, que siempre da tiempo

(Continúa en la pág. 122)


Calidad
VERMOUTH CINZANO
Industria Argentina de la Soc. Anon.
FRANCESCO CINZANO & Cia. Lda.
UNICA CONCESIONARIA PARA LAS REPUBLICAS
ARGENTINA, URUGUAY & PARAGUAY
VERMOUTH
FRANCESCO CINZANO
E COMP.
TORINO
EXPOSICION ITALIANA
DE ARTE DECORATIVO
6-24 Agosto 1938
Comisión Nacional
de Bellas Artes
Posadas 1725
Buenos Aires
CINZANO
Vermouth



AÑO XLI NUM. 2075
BUENOS AIRES, 9 DE JULIO DE 1938
CARAS Y CARETAS
Fundadores:
JOSE S. ALVAREZ y MANUEL MAYOL
LA ABANDERADA
Niña alférez, con orgullo
de hija cariñosa, ostentas
el azul, blanco y azul
de tu sagrada bandera.
Niña alférez, te eligieron
a ti, por ser la más buena,
entre todas las mejores
estudiantes de la escuela.
Niña alférez, orgullosa
haz flamear tu bandera:
"nadie la ató tras el carro
"de un vencedor de la tierra".



Coronel Juan Pascual Pringles

Retrato existente en el Museo Histórico Nacional, donación del señor Angel Aguilar



Reconstrucción hecha por "Caras y Caretas" con el concurso del Regimiento de Granaderos a Caballo General San Martín.

El teniente Benjamín M. Perín se prestó gentilmente para interpretar al heroico personaje de nuestra historia.

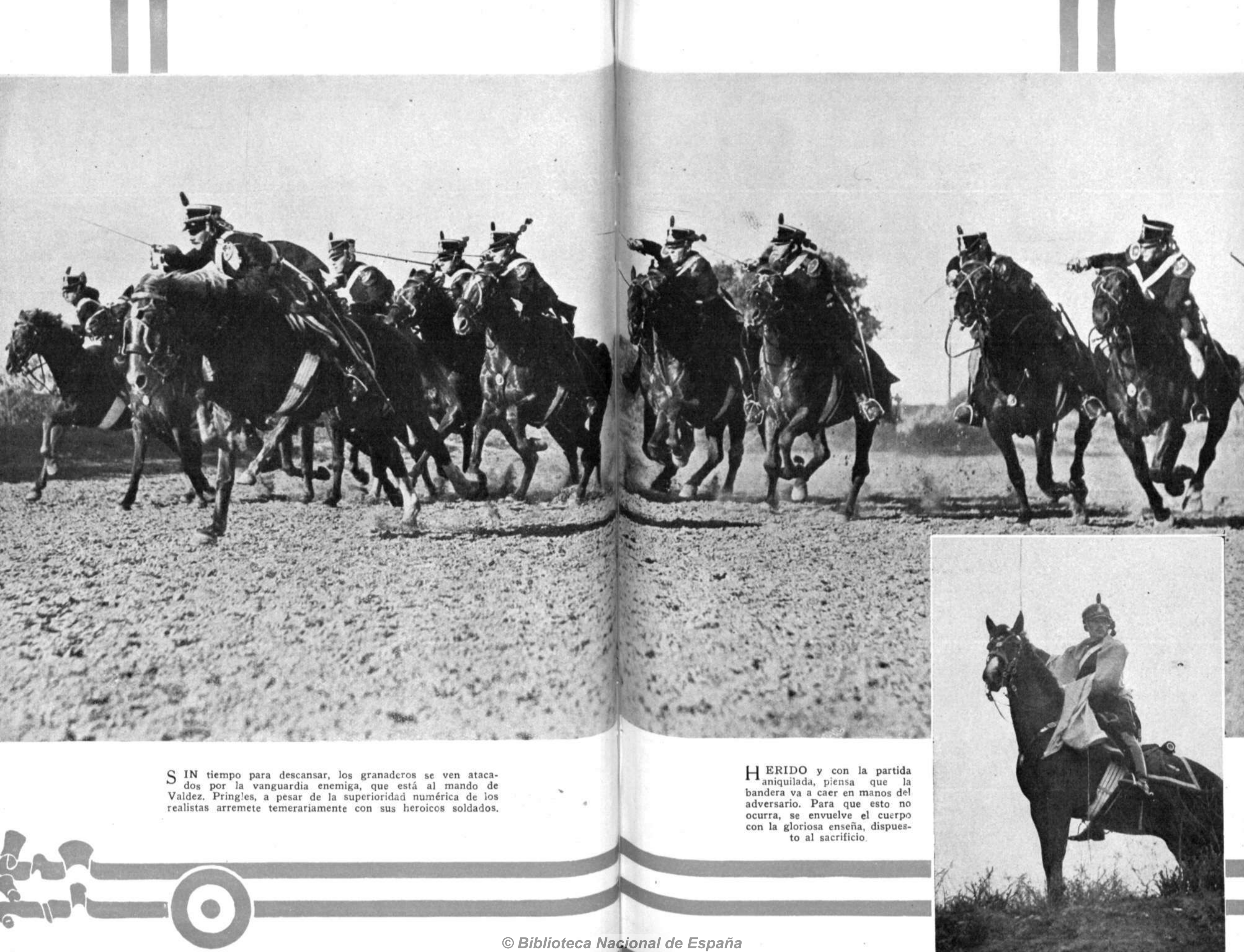
La Epopeya de Pringles

EL coronel Alvarado, al emprender el 24 de noviembre de 1820 la marcha por la costa peruana, despacha desde Huacho, como emisario, al teniente Juan Pascual Pringles, haciéndolo escoltar por una partida de 18 granaderos montados y un guía, con una comunicación para Heres y los oficiales del [illegible]

MANDA esta partida el referido teniente del regimiento de Granaderos a Caballo, llevando la misión de situarse en la caleta de Pescadores, a quince kilómetros de Chancay, Perú.

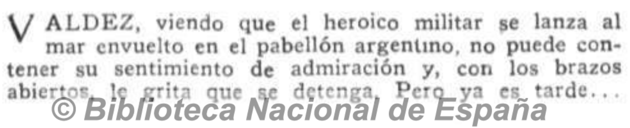
▼

EL destacamento, después de haber marchado durante toda la noche, en el amanecer del día 27 ocupa su puesto, que es un terreno quebrado sobre la playa del mar.

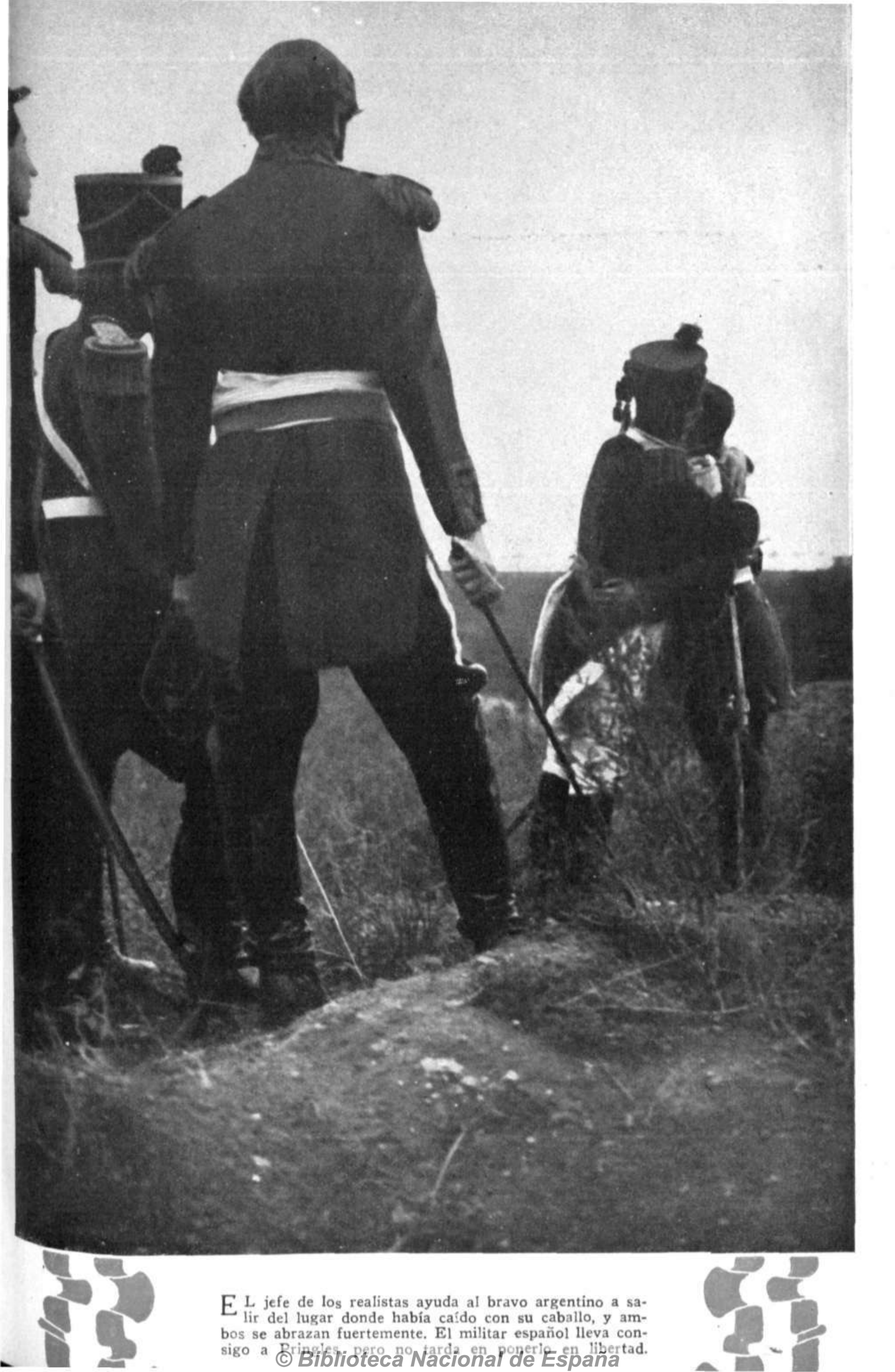


SIN tiempo para descansar, los granaderos se ven atacados por la vanguardia enemiga, que está al mando de Valdez. Pringles, a pesar de la superioridad numérica de los realistas arremete temerariamente con sus heroicos soldados.

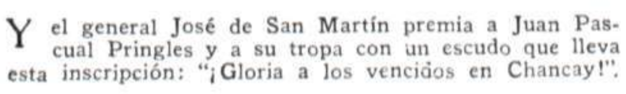
HERIDO y con la partida aniquilada, piensa que la bandera va a caer en manos del adversario. Para que esto no ocurra, se envuelve el cuerpo con la gloriosa enseña, dispuesto al sacrificio.



VALDEZ, viendo que el heroico militar se lanza al mar envuelto en el pabellón argentino, no puede contener su sentimiento de admiración y, con los brazos abiertos, le grita que se detenga. Pero ya es tarde...



EL jefe de los realistas ayuda al bravo argentino a salir del lugar donde había caído con su caballo, y ambos se abrazan fuertemente. El militar español lleva consigo a Pringles, pero no tarda en ponerlo en libertad.



Y el general José de San Martín premia a Juan Pascual Pringles y a su tropa con un escudo que lleva esta inscripción: "¡Gloria a los vencidos en Chancay!".




Demaria
Cocktail
Demaria
COCKTAIL
PINI HERMANOS
Una sensación de primavera en pleno invierno, algo que viene para tonificar el espíritu es el exquisito DEMARIA COCKTAIL. El copetín de moda, preferido por todas las damas.
Su elegante envase de vidrio, en forma de coctelera, apropiado para batir su contenido con unos trozos de hielo, facilita la mejor forma de tomar este delicioso copetín.
Solicite en los Bares, Confiterías y Almacenes DEMARIA COCKTAIL.
Precio de la botella: $ 3.40
Fabricantes:
PINI Hnos. y Cía. Lda. - Bs. Aires.



"TOILETTE" INVERNAL

Elegante modelo de saco en antílope color marrón, creado por Herme's, de París. El sombrero que completa graciosamente el atavío es de fieltro del mismo tono.

[illegible] para "Caras y Caretas"



La sugerencia de la época colonial que presta la edificación del barrio de San Telmo, fué el principal atractivo de las rememoraciones.



Vistiendo trajes de la época, un grupo de jóvenes recuerda con emoción las reuniones de nuestros abuelos.

Cómo festejan las fiestas patrias en los barrios porteños



La negra vendedora de pasteles era solicitadísima por la preferencia que tenían en aquellos años, y aun hoy, por todas clases de frituras.



La gentil damita, disputada por dos caballeros, sonríe halagada en su ingenua coquetería.

Las funciones de gala del curso de los más



ENRIQUE CARUSO





TITTA RUFFO
◆
CLAUDIA MUZIO



MARIA BARRIENTOS
◆
FEDOR CHALIAPIN

MARIO SANMARCO
◆
NINON VALLIN







Colón contaron con el con-
famosos cantantes





TITO SCHIPPA

GABRIELA BESANZONI
◆
JOSE ANSELMI



MIGUEL FLETA



BENIAMINO
GIGLI

RINCONES COLONIALES

1 *Ayer y hoy. Un ayer cercano en la materialidad de la perspectiva fotográfica y en la abstracción emotiva del recuerdo, y un hoy lejano ante la primacía de la evocación retrospectiva. Alsina y Bolivar.*

2 *Su modestia, destacada por la imponencia de la moderna estructura del gran hotel, fué soberbia en días lejanos, fué audaz en sus dos pisos, fué exponente orgulloso del viejo Buenos Aires. Defensa y Alsina.*

3 *Pareciera que sus turbulentos primeros días afincaron su serenidad augusta. Tal es la semblanza que sugiere el claustro del Convento de San Francisco.*



Cabecera de la mesa en la comida ofrecida por el Jockey Club al Gobernador de la Provincia y señora. Señoras de Díaz, de Amoedo y de Lavié, y señores Groppo, Fresco y Ramos.

Vida social y artística en La Plata

La señora Raquel Monasterio de Fresco y el doctor Huberto F. Vignart, en la otra cabecera del mismo banquete.

El ministro de Gobierno, doctor Roberto J. Noble, acompañado del senador Santamarina y demás concurrentes al acto inaugural del VI Salón de Arte, realizado en el pasaje Rocha.

Señoras de Bustillo, de Alsina y de Argüello, y señores Centurión, general Espíndola, Casas Peralta y Rébora, en la demostración a los esposos Fresco.

Fotos de Mela



ES UNA PRENDA PARA LLEVAR CON CUALQUIER TIEMPO, EN TODAS LAS ESTACIONES Y BAJO TODO CLIMA

NECESARIO PARA EL CAMPO. PRACTICO PARA EL AUTO. CONFORTABLE PARA VIAJAR. ELEGANTE PARA LA CIUDAD.

MODELOS RAGLAN, en telas importadas, de pura lana, ideal para protegerse del frío y de la lluvia. Con regio forro de seda, listos para vestir, a $ 110.— $ 98.— y

$ 85.-

AGENTES exclusivos en la República Argentina
Fundada en 1896

CASA PERRAMUS

★ SARMIENTO 700 esq. MAIPU ★



Pórtico de la entrada a la sala del gaucho, en cuyas paredes figuran las nobles efigies de sus mejores poetas: José Hernández Estanislao del Campo, Gutiérrez, etc.

El gaucho en el museo de Luján

La vieja y querida guitarra que pulsara el payador "aligerao" por la ginebra, y cuyo façón chispeó a la sombra de una tragedia.

La vitrina con objetos pertenecientes al gaucho de la época de oro, rastras con moneda de plata, facones de primorosa factura, que eran el orgullo de nuestro hombre de campo.



En el salón Blanco de la Casa de Gobierno, el presidente de la República y su esposa ofrecieron un almuerzo en honor del nuevo embajador en el Brasil, doctor Julio A. Roca, y señora María Esther Lavallol de Roca.

Almuerzo de despedida al embajador en el Brasil, doctor Julio A. Roca

Fotos de Bell

En una de las cabeceras de la mesa aparece el doctor Ortiz entre la esposa del embajador de los Estados Unidos, señora de Weddell, y doña María Esther Lavallol de Roca.

◆

Junto al homenajeado, doctor Roca, en la otra cabecera, la señora del primer magistrado, doña María Luisa Iribarne de Ortiz, que tiene a su izquierda al embajador del Perú, doctor Barreda y Laos.

Los tanques orugas llegados recientemente al país para el Ejército son la última palabra en esta clase de armas. Aquí los vemos desfilando en escuadrilla, durante los ejercicios de prueba realizados en Palermo.

Los nuevos tanques del Ejército Argentino

Fotos de Vargas Machuca.

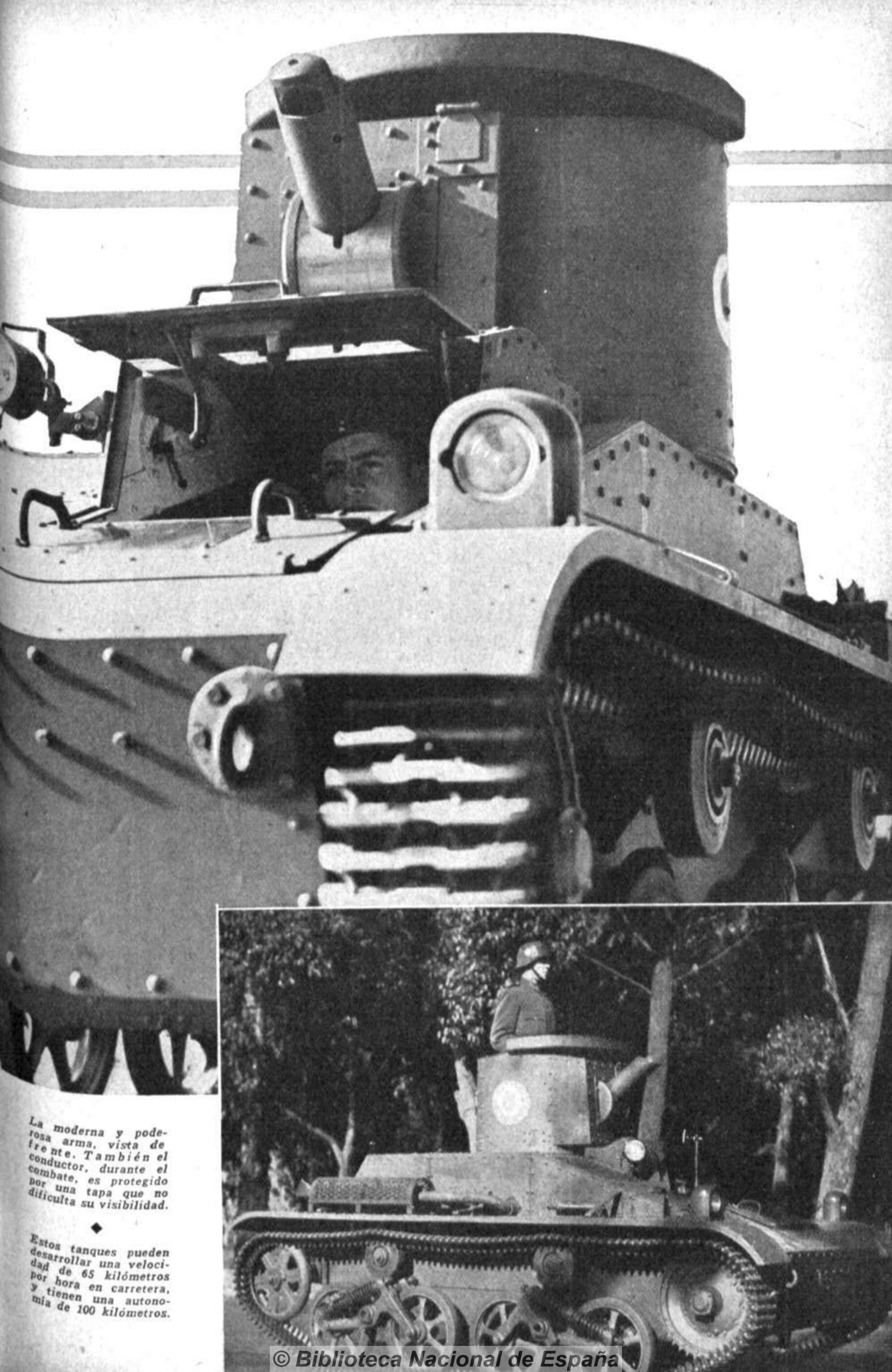
El comando de la máquina se efectúa por medio de palancas correspondientes a las orugas laterales y que la hacen girar a derecha e izquierda.



El soldado que atiende la ametralladora, en su puesto de la torrecilla giratoria. En acción de combate, la tapa de la misma se cierra quedando el soldado protegido.

◆

Adiestrándose para el desfile, en correcta formación, una escuadrilla al mando del capitán Salinas.



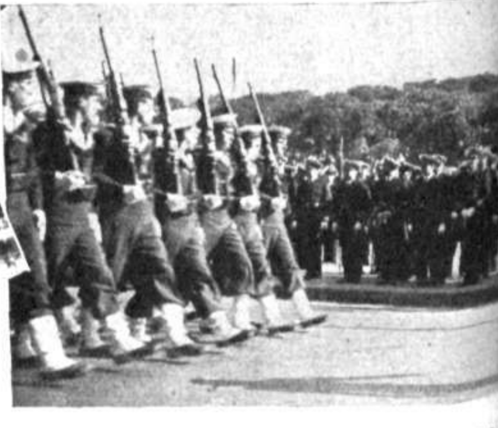
La moderna y poderosa arma, vista de frente. También el conductor, durante el combate, es protegido por una tapa que no dificulta su visibilidad.

◆

Estos tanques pueden desarrollar una velocidad de 65 kilómetros por hora en carretera, y tienen una autonomía de 100 kilómetros.



Cabecera de mesa en la comida que el P. E. N. Club ofreció al canciller señor Cantilo, en su carácter de escritor.



Fuerzas de marinería ante el monumento a Brown en el homenaje de la Armada.

HECHOS Y



Acto de entrega de los documentos a los miembros de la Comisión Especial de Coordinación de Transportes, a cuya ceremonia asistió el ministro del Interior, doctor Diógenes Taborda.



Doctor Miguel Angel Cárcano, elegido para representar a la Argentina, en Francia.



Doctor Tomás A. Le Bretón, a quien se le ha confiado la embajada en Gran Bretaña.

La misión de la aeronáutica militar estadounidense, que vino a dictar cursos de perfeccionamiento a los aviadores militares de nuestro ejército.



Parte de los concurrentes a la fiesta artística dada por cantantes del teatro Colón en el Circolo Italiano.



Señor José Anesi, director de la "Revista Geográfica Argentina", que ha marchado a Europa en viaje de estudios.



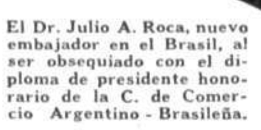
Lunch en honor de don Ismael Avielés, que le fué ofrecido con motivo de su cumpleaños.

Doctor Ramón Palacio Posse, que integrará la comisión representativa de los médicos nacionales en el Congreso Internacional de Cirugía, de Viena.





Jefes y oficiales de la armada nacional, durante el homenaje al Libertador junto a su mausoleo.



El Dr. Julio A. Roca, nuevo embajador en el Brasil, al ser obsequiado con el diploma de presidente honorario de la C. de Comercio Argentino - Brasileña.

F I G U R A S



Doctor Manuel Malbrán, nuevo embajador argentino en Italia.



Doctor Ricardo Olivera, nombrado embajador de nuestro país en Méjico.



Concurrencia a la ceremonia de entrega del busto del doctor Andrés Ferreyra al jardín de infantes del mismo nombre.

El concejal Abelardo Boullosa, al hacer uso de la palabra en dicho acto.



Una sesión del Primer Congreso de Editores e Impresores, realizado en el local de la Cámara Argentina de Comercio.





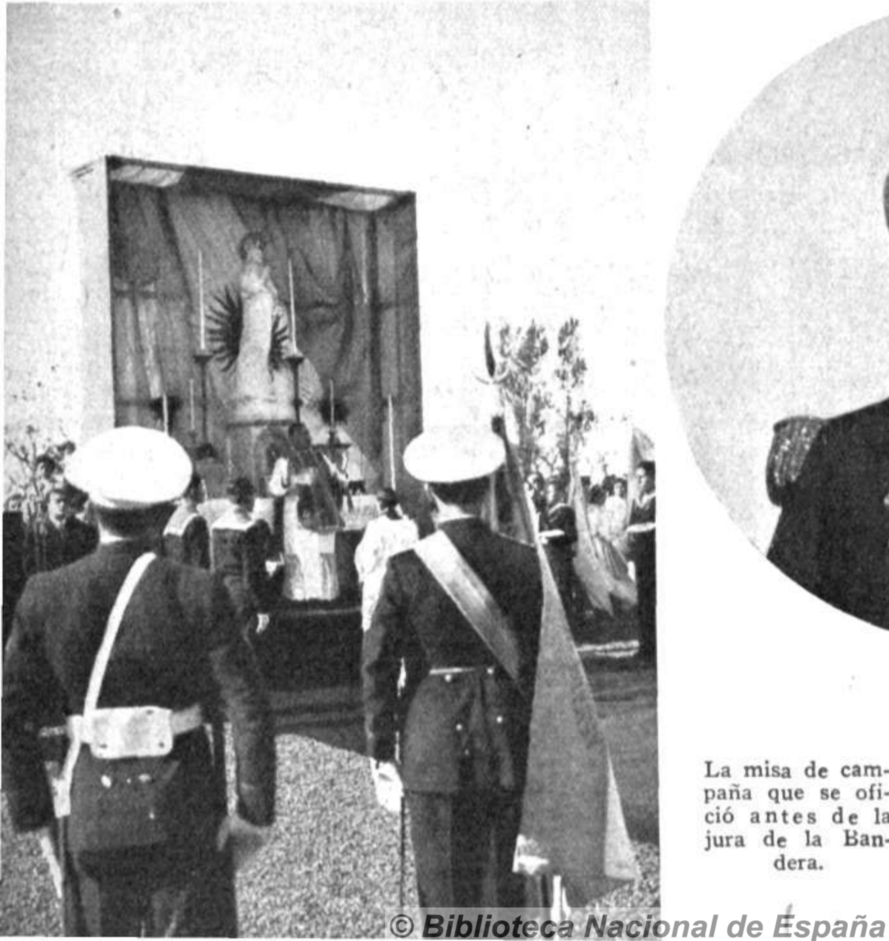
El cónsul general de la Argentina en Río de Janeiro, don Edmundo T. Calcaño, con los amigos que le ofrecieron una comida.

Fiesta infantil que, para festejar una fecha íntima, organizó el doctor Carlos Roqué Alsina en su residencia.

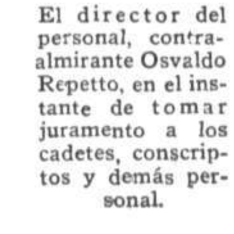
Cabecera de mesa en la comida semanal del Club Sirio-Libanés *Honor y Patria*, a la que asistió, como invitado de honor, el doctor Salvador Oría.

El Presidente de la República y su esposa, los ministros de Marina y de Guerra y el cardenal Copello, en el palco oficial durante la ceremonia de la jura.

LOS SOLDADOS DE LA ARMADA



La misa de campaña que se ofició antes de la jura de la Bandera.



El director del personal, contraalmirante Osvaldo Repetto, en el instante de tomar juramento a los cadetes, conscriptos y demás personal.

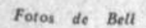
Los cadetes de la Escuela Naval desfilan marcialmente ante los abanderados de las distintas unidades y hacen el saludo de rigor, después de haber jurado.

JURARON LA BANDERA ▼



Marinería y tropa de defensa de costas en el momento solemne de responder: ¡Sí, juramos!

▲



Fotos de Bell

▼



Las escuelas se adhirieron a la ceremonia con el envío de sus abanderados.

Habla la cultura

DOCTOR PEDRO BELOU: El registro estereo-arteriográfico suministra un documento auténtico que puede reproducirse tantas veces como se quiera, lo que permite ponerlo ante la observación de todos los investigadores del mundo que por él se interesen, mediante el examen, siempre mucho más fácil de una estereo-fotografia que el de un preparado, que exige sus transportes y que además no puede multiplicarse. — *De "La estereo-arteriografía como método de análisis en la dilucidación de la morfologia del sistema arterial", en el anfiteatro de la Facultad de Ciencias Médicas.*



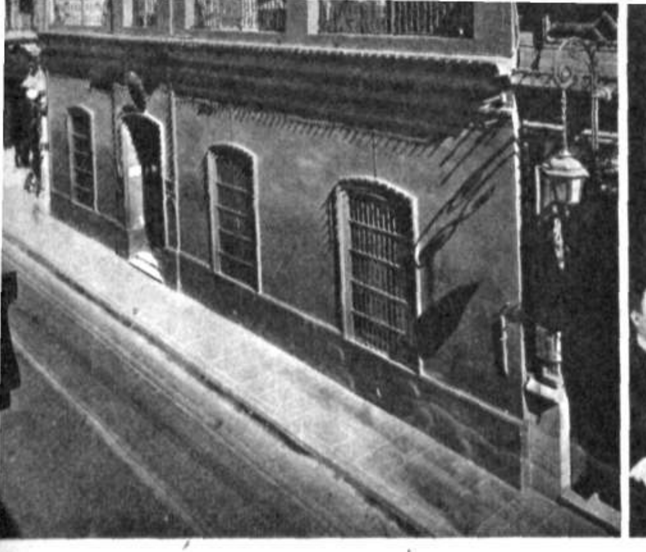
D. JUAN PABLO ECHAGÜE: Hasta para los jóvenes que no lo comprendían bien, o no lo interpretaban con justeza, quedó siendo Lugones una fuerza imantada. ¡Qué influjo el suyo! Lejos de disiparse como el humo de paja de las revoluciones juveniles, abrió surcos, desparramó simientes, preparó cosechas. — *De "El ... de la obra de Lugo- ... Academia Na- ... istoria*

INGENIERO LORENZO DAGNINO PASTORE: El hierro es elemento indispensable al Ejército y Marina, y está en su interés, en su permanente interés, acumular reservas de hierro a las cuales podrá recurrir en los momentos de emergencia. — *De "La industria del hierro en la Argentina", en el Instituto Popular de Conferencias.*

▼ ▼

DOCTOR JUAN E. VILASECA: Es allí, sobre los hitos, donde la argentinidad palidece, donde las tierras son más aptas para la colonización agrícola-ganadera donde debe intensificarse la acción dirigida y terca del Estado. — *De "Nuestro Sur", en el Instituto Popular de Conferencias.*


ESA TOS
PERSISTENTE
....que si se descuida puede convertirse en una peligrosa bronquitis, debe usted combatirla de inmediato, con el medicamento de eficacia probada, adoptado por el cuerpo médico de todo el mundo.
El Jarabe Famel, a la Lacto-Creosota, al fortificar sus bronquios, destruye en su raíz, la causa que produce la tos.
JARABE FAMEL
Lacto Creosota soluble
Fosfato de Cal
Codeina Aconito
Contra la Tos y las afecciones de las vías Respiratorias
MODO DE USARLO
Contenido 235
"CIA. MECA"
JARABE
FAMEL
CONTRA TOS, RESFRIOS, CATARROS Y BRONQUITIS
Adoptado por el cuerpo médico del mundo entero
MODO DE TOMARLO
Solo tres cucharadas diarias de JARABE FAMEL, tomadas por la mañana, al mediodía y por la noche, en una infusión caliente, sin azúcar, de tilo, te, menta o mate cocido, y la tos más persistente desaparece.



La tradicional casa de Mitre, donde tiene establecida su sede la Academia Nacional de la Historia.



Una de las reuniones iniciales de la Junta de Historia y Numismática. De izquierda a derecha, sentados: A. Cadelago, J. F. Miguens, A. Decoud, A. J. Carranza, B. Mitre y A. Rosa. De pie: A. Meabe y J. A. Echayde.

Dónde se elabora la Historia de la Patria

En la página 24 publicamos el texto de esta nota.

Ricardo Levene, el último presidente de la Junta y primero de la Academia, y a quien se debe la transformación y nueva orientación del importante organismo.

Bartolomé Mitre, primer presidente de la Junta de Historia y Numismática, hoy convertida en Academia Nacional. Cuadro de *Alice*, existente en la institución.

Académicos de número y correspondientes, posando para "Caras y Caretas". De izquierda a derecha, sentados: J. A. Echayde, R. Zabala, R. Levene, R. J. Cárcano, C. Ibarguren y O. R. Amadeo. De pie: M. Soto Hall, E. de Gandía, R. Caillet Bois, E. Ravignani, J. Torre Revello, G. Furlong, N. Amuchástegui y A. Sagarna.

El salón de la Academia Nacional de la Historia durante uno de sus concurridísimos actos culturales.

HOJEANDO LOS CATÁLOGOS

LAS MEJORES OFERTAS DE LA QUINCENA

ESTOS ARTICULOS SE RECOMIENDAN POR SU PRECIO Y POR SU CALIDAD.

FRUTA SANA Y ABUNDANTE

Obténgala pulverizando sus plantaciones con Sul Sec y háganos desde ya sus pedidos. Por cada 5 tambores de 100 ks. obsequiamos con un par de guantes.

RIO TERCERO
Bomba ideal para colocar en barril u otro depósito, práctica y poderosa con cilindro revestido de porcelana

Con 1 manguera $ 75.-
Con 2 mangueras $ 90.-

HARTENECK
PERU 399 Buenos Aires

CONJUNTO de 14 PIEZAS

MUEBLES SIRLIN
CORRIENTES 1170
$ 535

ABRIGUESE

con ropa de lana de Fábrica Textil Argentina.

SOLICITE UN CREDITO

Precioso BATON pirineo, todos los talles y colores de moda, a $ 2.95

GRATIS pida catálogo ilustrado OTOÑO-INVIERNO.

GRANDES TIENDAS
FABRICA TEXTIL Argentina
BARTOLOME MITRE 1133

OSCARIA
FLORIDA 274
Y SUCURSALES.

$ 12.90

Modelo 6436. - En fina gamuza negra o verde botella. Taco 5½ ó 6½. Forrado en suela.

AMATEURS la RAQUETA perfecta a $ 9.90

RESISTENCIA máxima. MADERA seleccionada. ENCORDADO garantido. Completo surtido en marcos Slazengers, Dunlop y nacionales. Despachamos c/reembolsos. Solicite Catálogo General ilustrado.

Casa Testai
Casa Central: E. RIOS 902 al 924
Sucursal Centro: CORRIENTES 461
Sucursal Flores: RIVADAVIA 6670



SUPER RADIO "AIR-KING"
MODELO 1938
ESPECIAL PARA EL CAMPO

Funciona con la sola fuerza de un acumulador de automóvil. Gran potencia y alcance ilimitado, a. . . . $ 99.-

GRATIS: Enviamos al interior nuevo RADIO-ALBUM en colores.

Casa B. MAGDALENA
918 - LAVALLE - 922 - Bs. Aires.



BONETERIA
IMPORTADA DE SUIZA
de finísima lana merino suave.
Artículos para Fiestas y Soirées.

Nº 2575 - Camiseta de pura lana decatizada, con la parte del busto calado, livianita y colores suaves: blanco, rosa, salmón y celeste. Cintas y bordados de seda, a. . . . . . $ 4.80

MERCERIA SUIZA
CANGALLO 843 - Bs. Aires.



Calé Ofertas Especiales
SEMILLAS PLANTAS

PLANTAS FRUTALES

Colección 100 plantas frutales a nuestra elección. . . . $ 65.—
Colección 50 plantas frutales a nuestra elección. . . . „ 35.—
Colección 25 plantas frutales a nuestra elección. . . . „ 18.—
Rosales pie alto 10 plantas. . . „ 20.—
„ „ 25 „ . . . „ 45.—
„ „ bajo 10 „ . . . „ 12.—

Grandes cantidades de frutales y forestales de todas clases, a precios excepcionales. Consulten Catálogo gratis.

Casa Matriz PUEYRREDON 17..
Sucursales
Corrientes 3175 Rivadavia 2...

Una charla de García Sanchiz captada por el lente fotográfico

"*La custodia perdida y recobrada*", en el teatro Odeón

Fotos de Sdrubolini.



"He aquí que al presentarme de nuevo ante vosotros, la charla hace la 116 de las pronunciadas en Buenos Aires. Lo que no se podría contar ni medir es la cantidad y calidad de vuestros sentimientos hospitalarios".



"Aquel observador extranjero afirmó que el primer soldado del mundo era el nacionalista, y como le preguntasen por el segundo, contestó que el gubernista".



"Don Quijote, siempre vencido, obtuvo, sin embargo, la más grande victoria, la única por cierto que no hubiera deseado: alanceó y mató a Amadís".



García Sanchiz, acompañado por Sofía Bozán, Eduardo Marquina, Rodolfo Franco y Agustín Remón, instantes antes de dar comienzo a su charla en el Odeón.



"No hay que compadecer a España, sino venerarla y envidiarla en su destino de sacrificio por la humanidad. Está amasando con su sangre el pórtico de una nueva edad".

"Toledo, sobre la peana de su roca, que se mira en el río, es la custodia donde se mantiene la confluencia espiritual de Oriente y de Occidente, substancia eucarística con la que las Españas y el orbe comulgaron en la Hispanidad".



"¡Ruinas del Alcázar! Cuantos más cañonazos, más escombros caían sobre quienes disparaban, y en cambio arriba, cada vez más cielo, más luz, más gloria...".



María Luisa García Estrada de Aguirre, Marta Bosch de Zemborain, Miguel Cullen y Alfredo Echagüe.



Elena Peña de Alzaga Unzué, Elena Santamarina de Alvear, Eduardo Sauze y Guillermo Sánchez Sorondo.



Yolanda Larrain de Montt, María Emma López, Alberto Lagos García y Carlos A. Hunter.

Torneo de "bridge" en el Jockey Club

Fotos de Escudero.



Beatriz Bibiloni de Bullrich, María Elvira Quesada, Rodolfo Lüchter y Carlos Magrane Casado.



Sara Josefina Anchorena de Leloir, Mercedes Ayerza, Alejandro Castro y Jorge F. Demarchi.



Julia Fernández Guerrico de Martínez de Hoz, Sara Lamas de García Mérou, René Rodrigué y José Demaría.



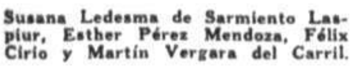
Sofía Cranwell de Demarchi y Eduardo Elizalde, una de las parejas del equipo vencedor, jugando contra la baronesa Lapigio de Serena y el ministro de Rumania.



Agustina Martínez de Barberis, Lidia Bogarín de Bence Pieres, Rodolfo Noceti y Alberto M. D'Alkaine.



Angélica Madero, María Lucila Llambí, José Manuel Alvarez Aranguiz y Samuel Barruti Viña.



Susana Ledesma de Sarmiento Laspiur, Esther Pérez Mendoza, Félix Cirio y Martín Vergara del Carril.



Etelvina Schlieper de Vergara del Carril, Susana Arning, José Pérez Mendoza y Enrique Ugarte Elía.

María Rosa Fernández Guerrico de Vivot, Catalina del Valle de Lüchter, Federico Bence y Francisco Seeber.







ñora Blanca Díaz de Tenti y señorita Irma Balbín.



Señoritas de Pereyra, Urruti, Vera, Agüelles, Exotegui y Dominguetti.



Paseando por la plaza, después de oír misa.

Salida de misa en Laprida

Fotos de Fernández Seijo.





Señora de Alacid, señoritas de Villar Alberdi y señores Girolamo y Baulet.



Señoritas Peti y Quicha Aguerrebehere y Berta y Zulema Zaparrat.

◆

Niñas de Pondas y Tuastero.





La pericia admirable que los gauchos adquieren en la labor campera, luce en los días de júbilo patriótico.

El criollismo en las fiestas patrias

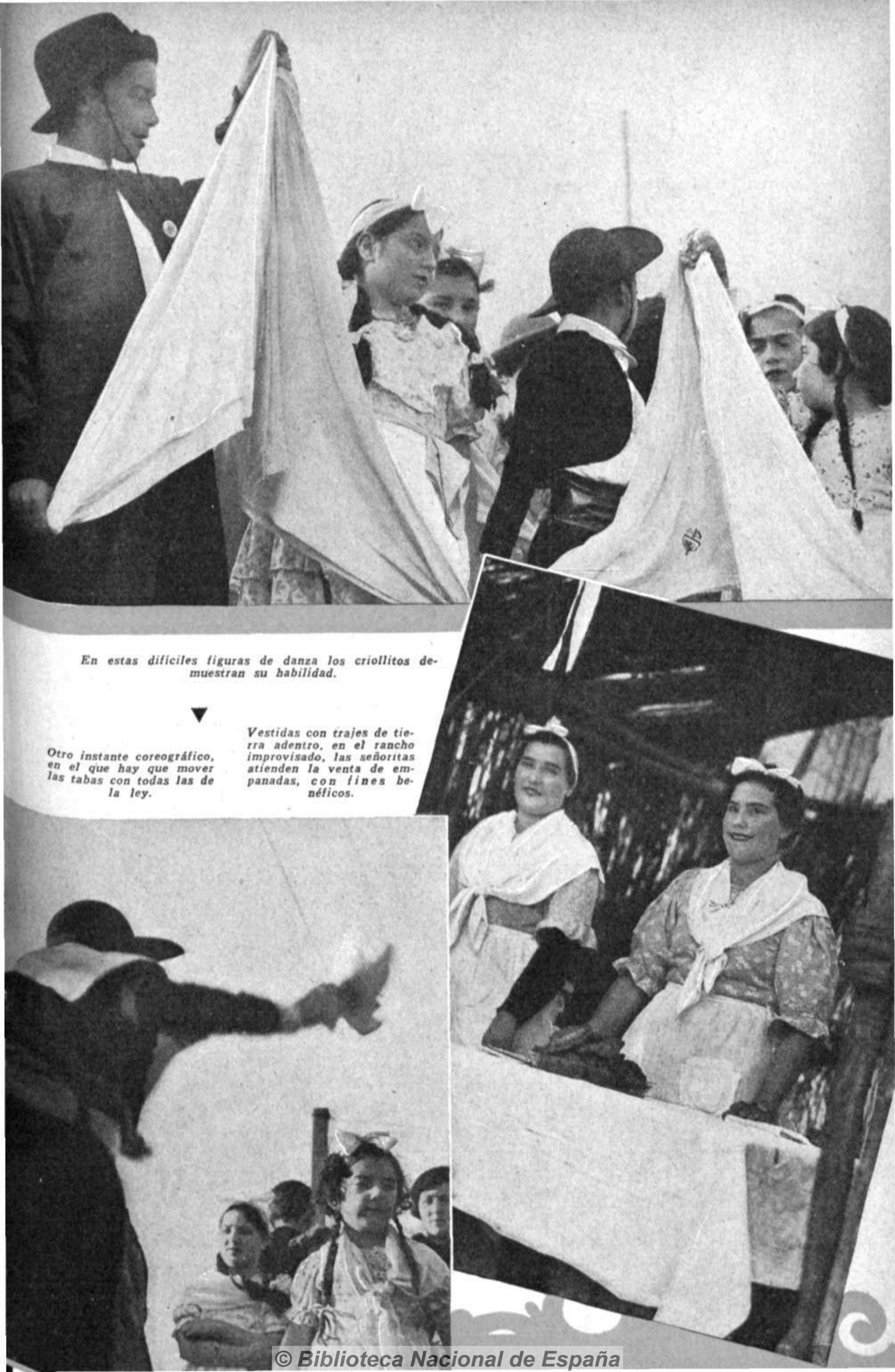


¡Abran cancha!... A todo galope, el corredor se lanza a la conquista del ansiado trofeo.

Fotos de Sdrubolini

Una linda parejita entregada a las mudanzas de un baile nativo.

Dos "mentaos" del pago aguardan el momento de intervenir en un número del programa.



En estas difíciles figuras de danza los criollitos demuestran su habilidad.

▼

Otro instante coreográfico, en el que hay que mover las tabas con todas las de la ley.

Vestidas con trajes de tierra adentro, en el rancho improvisado, las señoritas atienden la venta de empanadas, con fines benéficos.



Espectacular caída de un esquiador sobre la nieve de las hermosas canchas del cerro Otto.

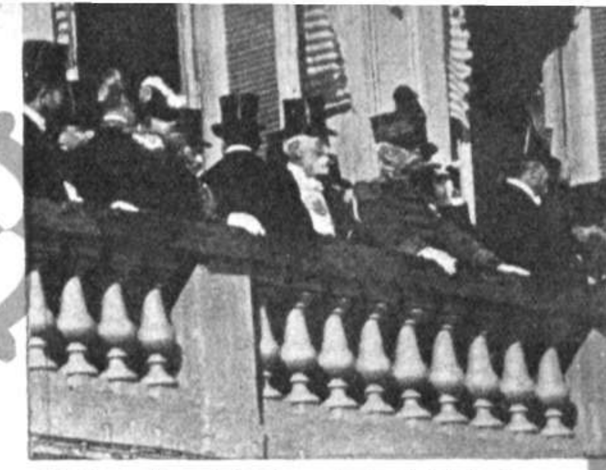
UN DEPORTE ALPINO, EN NAHUEL HUAPÍ

La señora de Müller, en pleno deslizamiento desde las alturas del cerro Dormilón.

Fotos de Fernández Seijo.



El general Julio A. Roca, con su estado mayor, asiste, en 1900, como si estuviera en campaña, al desfile de las tropas.



El doctor Manuel Quintana, desde el balcón de la Casa de Gobierno, en 1905, contempla el paso de las unidades militares.

Recordando el pasado

Los Presidentes en las ceremonias patrias

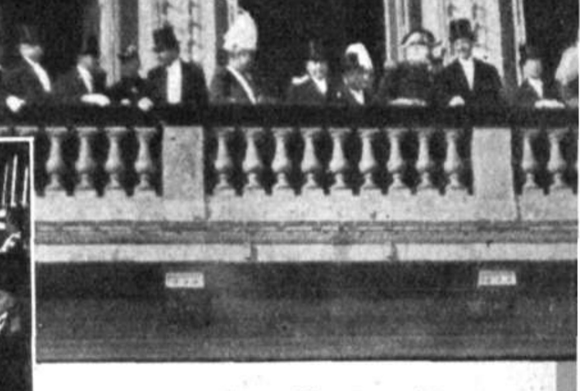
Fotos de nuestro archivo.



El doctor José Figueroa Alcorta, durante las inolvidables fiestas del Centenario de 1910.



El doctor Roque Sáenz Peña, con el vicepresidente, doctor Victorino de la Plaza, y un grupo de aristocráticas damas, después del banquete celebrado en el palacio presidencial, en 1912.



El doctor De la Plaza, sus ministros y comitiva, durante el desfile de 1914.

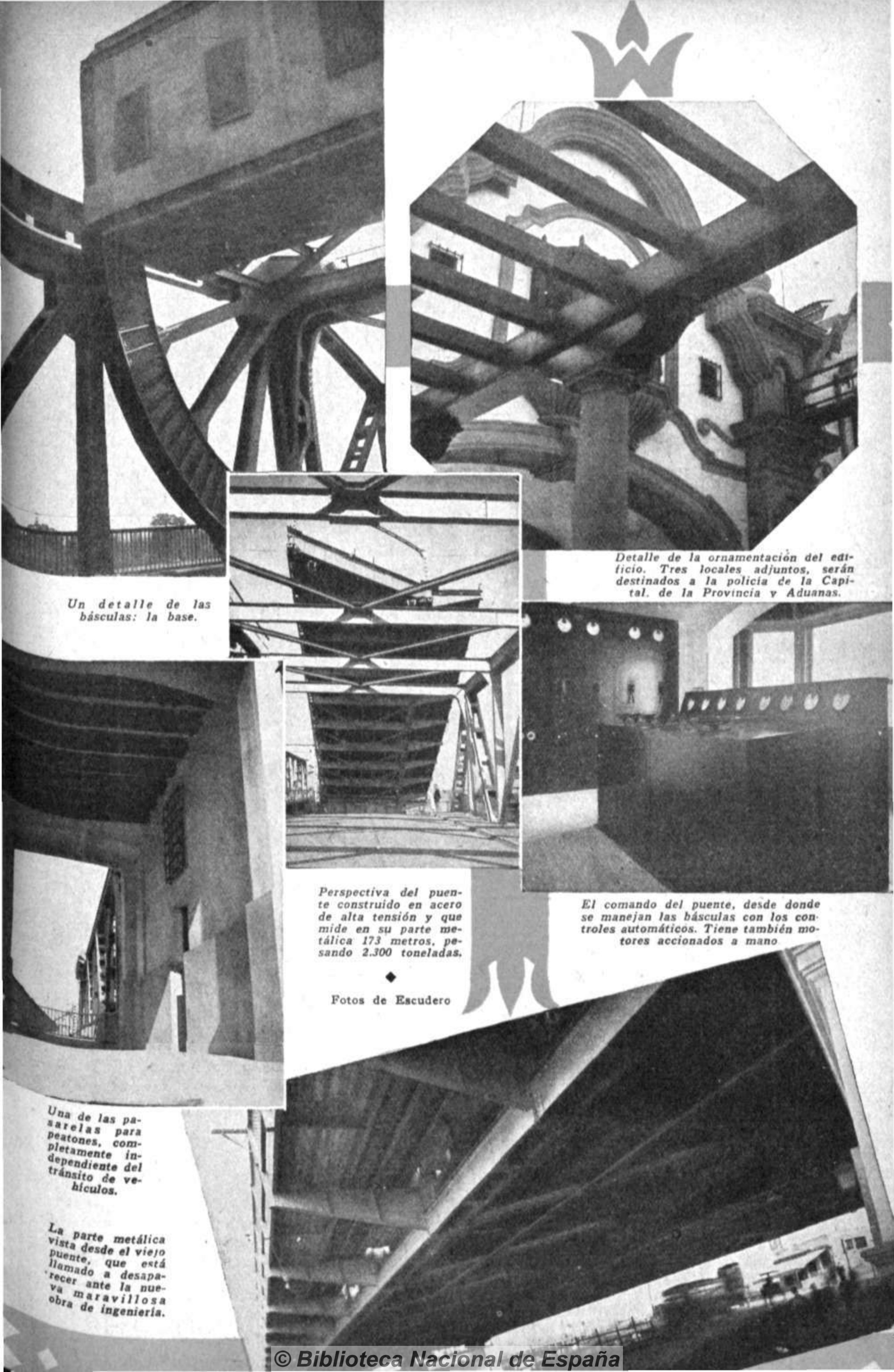
Don Hipólito Yrigoyen, a la salida del tedéum, obsequiando al general Cavíglia un ramo de flores que le habían regalado unas señoras (1920).



Una de las portadas del nuevo Puente Alsina, de novedosa concepción en estilo colonial, y en donde se instalarán las oficinas de la Dirección de Estudios y Obras del Riachuelo. Además tendrá baños públicos que han sido construidos con todos los adelantos modernos.

El histórico Riachuelo tendrá un nuevo Puente Alsina

Una de las básculas es levantada por un motor eléctrico de 150 caballos. Cada una de ellas tiene para el tránsito tres carriles. Su largo, de 42 metros, permite al levantarlas el paso de barcos de gran calado, ya que dejan un espacio libre entre los pilares de 38 metros.



Un detalle de las básculas: la base.

Detalle de la ornamentación del edificio. Tres locales adjuntos, serán destinados a la policía de la Capital, de la Provincia y Aduanas.

Perspectiva del puente construido en acero de alta tensión y que mide en su parte metálica 173 metros, pesando 2.300 toneladas.

Fotos de Escudero

El comando del puente, desde donde se manejan las básculas con los controles automáticos. Tiene también motores accionados a mano

Una de las pasarelas para peatones, completamente independiente del tránsito de vehículos.

La parte metálica vista desde el viejo puente, que está llamado a desaparecer ante la nueva maravillosa obra de ingeniería.

Frente del cuartel general destinado al regimiento 10 de Infantería Motorizada, en Covunco Centro, Neuquén.

El jefe del regimiento, teniente coronel Aníbal Suárez Girado, con la plana mayor que lo secunda.

EL REGIMIENTO más AUSTRAL DE LA ARGENTINA

Fotos de Fernández Seijo.

Los conscriptos en una calle de Covunco Centro durante la realización de una ceremonia en una fiesta patria.

Una clase de lectura en el cuartel, donde muchos ciudadanos adquieren los rudimentos de la primera enseñanza.





ORACIÓN

Por Susana Calandrelli

Yo que alabarte ansío con la voz de Tus mares,
y el clarín de Tus vientos que proclaman victoria,
y el temblor de los cirios de Tus castos altares,
y el amor de Tus santos, que es crisol sin escoria;

yo que cantarte anhelo con Tus propios cantares,
por ser ellos los únicos que merece Tu gloria,
sólo puedo ofrecerte la oración de mis lares
y el antiguo silencio de mi fe sin historia.

Pero, ya que no supe taladrar la tiniebla,
ni salvar Tus esquifes a través de la niebla,
ni siquiera ser eco de Tu amor sin desvío,

¡deja al menos que pueda, repitiendo Tu nombre,
ablandar con mis cantos la dureza del hombre
y adorarte sin límites, oh Señor y Dios mío!

Susana Calandrelli

Dibujo de Valdivia

CARAS Y CARETAS





Una rosa encarnada

Por IRENE SOFIA RODRIGUEZ GARAY

En Jujuy, la "tacita de plata" norteña, he permanecido sólo horas.

Con el ansia febril del viajero que en una visión quiere abarcar todo el prodigioso panorama de su tierra, deseé descansar bajo el palio del firmamento, sobre el Chañí nevado, al que azulan, a manera de incienso, las nubes desflecadas en los picachos y desde allí, contemplar la hosca sublimidad de la altiplanicie, la puna, con su corte gigantesca de páramos, rampas, breñas desnudas, laberintos y desfiladeros; burlar la vigilancia del Zenta y el Calilegua y deslizarme por la quebrada de Humahuaca, tal como otrora los conquistadores del Perú y correr por los valles donde retozan las vicuñas; aspirar el aroma que el viento arranca a la selva recia, vetusta, cuyos laureles, cedros, tipas, alisos y bambúes, unidos por una maraña de helechos que festonan los troncos a manera de tapiz oriental, clavan sus raíces en el corazón mismo de la tierra y acarician con sus copas la bóveda del cielo; interpretar el misterio de sus grutas inaccesibles y de sus cerros dormidos; hincar mis dientes en la pulpa jugosa y perfumada de sus chirimoyas; aplacar mi sed en las aguas frescas, jugetonas, cantarinas de sus mil torrentes; tenderme a la vera de un camino, sobre la gramilla, bajo los nogales y ver pasar a esos arrieros, descendientes de una estirpe altiva que lleva impresa en sus rostros la serenidad que les infunde el prestigio de su pasado glorioso, al hombro sus ponchos multicolores, al paso lento de sus recuas de mulas, cargadas de sal o de leña, y adormecerme al ritmo de una canción en la que armonizaran el parlerío de las aves, la melodía del aura en las ramazones, el rumor del agua sobre las peñas, el lamento quejumbroso de las quenas y el tañer argentino de las campanas coloniales que invitan, desde siglos, a doblar la cabeza, reverente, ante el Hacedor de tanta magnificencia.

Las veinte horas de una noche de julio, me sorprenden en recorrida por las calles jujeñas. La luna, asomando por detrás de los cerros, presta a la ciudad el encanto de villa entorreada o heredad con sus castillos. Las cosas tienen allí un no sé qué de legendario, misterioso. Las campanas de la Catedral llaman al novenario; una hilera de sombras pasa ante la verja del antiguo convento y se pierde en las naves, como una sola conciencia clara.

Continúo por la calle angosta y solitaria; mis pasos quiebran el silencio. Me detengo frente a una casa con ventanas de rejas; es aquella en la que el 9 de julio de 1841, quedó acorralada un águila, un héroe que, como los hijos de Esparta, es la personificación de una época: Juan Galo de Lavalle. Ante la fachada que blanquea la luna siento la emoción que trasmiten las cosas envueltas en tragedia. La leve claridad me impide descifrar la leyenda de la placa reveladora del hecho; pero evoco otra, que la sintetiza: "Soldado y Caballero", y bajo el sortilegio de la noche, y el dulce enervamiento que provoca el aire tibio con olor a selva, esfuma el recuerdo del militar y surge el del hombre de apostura bellamente varonil, sensible, bueno, que empujado por la fatalidad abandonó la vida sin ver en el transcurso de años, a su esposa-novia, Dolores Correa, la noble mendocina a la que se uniera en 1819 el bizarro sargento mayor de veintidós años y para quien sólo fué: Juan de Dolores (J. de D). (1).

Una viejecita, la señora de Senaruza, actual moradora, me invitó a entrar. Transpongo el ancho portal de techo abovedado que conduce al primer patio con pavimento de ladrillos; canteros de violetas; tejas salientes, semiocultas por las madreselvas y santarritas y junto al friso amarillento, las tinajas de barro y los cantarillos transpiran su agua fresca. Las habitaciones son inmensas, con pisos de baldosas, recubiertas de yute, rojo como los tapices; muebles de caoba; arañas de las que penden prismas de cristal que tintinean al más leve movimiento. La casona es señorial, típica del federalismo del año cuarenta. Al portal y a la calle, corresponde la pieza que ocupó el general, en su última noche. La viejecita, me narra lo que conoce del suceso. No le presto atención. Estoy abstraída ante el escritorio sobre el que, tal vez, intentó trazar unas líneas a su Dolores, mientras ellá refugiada y proscripta, en su estancia del Uruguay, avizoraba al chasque portador de alguna noticia tranquilizadora. Reconstruyo imaginativamente sus últimos instantes. Allí está, solo, enfermo, sin esperanzas, agobiado por un destino funesto, que no merecía ese caballero entroncado con la grandeza de los infanzones de España y Nápoles de rancia nobleza, compendio de la epopeya de nuestra libertad. Allí está, a los cuarenta y tres años, su mirada azul, hundida serenamente en la penumbra del mañana; sudorosa y pálida la frente amplia; el óvalo de su cara más alargado por su barba castaña; secos, por la fiebre los labios finos; vibrátil la nariz recta que ennoblece aun más su perfil. La luz de una bujía transfiere a su faz reflejos marfilinos. El poncho de seda blanco azul recubre sus hombros. El pretal de plata, recuerdo de hazañas militares, ajusta su cintura. En ese instante, como la luz que al extinguirse alumbra con más fuerza, debieron desfilar por su mente, hazañas, triunfos, desilusiones, y el amor de su vida — el de su esposa — cuyas cartas revelan su único romance.

En 1828, cumplidas sus proezas libertadoras contra España y Brasil, promete retirarse a la vida privada. Imposible. Buenos Aires está en peligro. Lo necesita. Así, con su esposa y sus hijos

(1) Según la correspondencia guardada en el Archivo General de la Nación.

Concepción y Augusto, cubre la distancia de Mendoza a Buenos Aires. Allá dejan ambos sus más caros afectos; la casa solariega con sus viñas a la vera de las montañas, el granero, la acequia rumorosa, los sitios, testigos de sus amores de adolescentes. Buenos Aires es un torbellino. Vive un año de angustia. Cambios políticos. Tratados de paz. Revoluciones. Sangre. Puente de Márques. Dorrego. Mantiene una entrevista con Rosas y convencido de que su permanencia allí prolongará una lucha inútil, renuncia nuevamente al poder y, pobre, emigra con los suyos al Uruguay para empuñar las herramientas del labriego.

Hasta las arenas doradas de las riberas del Plata y del Uruguay y cortada por el arroyo de Las Vacas a inmediaciones del hoy pueblo del Carmelo, en lugar desierto, se extiende la estancia de Lavalle. Montes de acácias exhalan el perfume de sus racimos albos. Sangran los ceibos y afilan sus púas los espinillos en los que anidan las cotorras parlanchinas, cardenales y torcazas. El horizonte se oculta detrás de las colinas. Para llegar a ese rincón, se necesitan días en diligencia o a galope de caballo. Lejos del mundo, el hogar del proscripto irradia amor en torno. Pero un día llegan los ecos de la Revolución unitaria. Lavalle no puede faltar. Poco a poco se prolongan las ausencias. Y una tarde, mientras el cielo se arremansa en suaves tonalidadés de ópalo, se va, rumbo a la lucha, por el camino que no lo vió regresar.

Comienza su peregrinaje en pos de la liberación de su patria. Y los esposos sólo se acercan a través de las cartas que vienen y van húmedas en lágrimas. En el silencio de los campamentos, a la luz de las estrellas o del candil que alumbra la soldadesca dormida, este hombre romántico, exquisito, desahoga su corazón apretujado en la única forma posible, mientras su pensamiento vuela hasta el lugar donde también gime la mujer amada. Y junto con la misiva, tierna de amante, traza con mano viril y recia de soldado, las fieras proclamas que levantarán el alma de su pueblo. "¡Gauchos valientes y leales! Os brindo un rango en las filas de la libertad". "Dolores amada: amada desde los primeros años y amada hasta el último suspiro. Al hablar con vos, qué género de sensaciones experimento; jamás las he tenido iguales, ni aún en los amores de nuestra juventud, ni jamás, has tenido sobre mí, un imperio más sólido, ni que me haya parecido más dulce ni más legítimo. Tu imagen y la de mis adoradas criaturas ¡ah Dolores! Era preciso llegar al último infortunio para saber cuánto os amo. Te juro que haré todo lo posible para que no vuelvas a llorar más por mí, es decir, para no separarnos más. J. de D.".

Pero ese día no llega. ¡La patria! ¡El deber! y de nuevo a enjugar sus lágrimas de hombre en el silencio de los campos.

Se suceden las acciones del Palmar y Yeruá. Cagancha, Don Cristóbal, Sauce Grande. Los bravos dejan un jirón de gloria en cada sitio en el que se abre paso la esquela o el fardito portadores del perfume inconfundible de las cosas queridas. "Dolores adorada: no digas a nadie nada de mis cartas; mi dulce adorada viejita; cuánto siento no poderte trasmitir mis pensamientos. Una revelación podría perdernos. Rosas podría conocer mis planes" y más adelante: "Estoy sólo, con mis bravos, desnudos, sin cartuchos y sin un real. ¡Este es el ejército libertador! Estoy rendido por la fatiga y el sueño. Anochece y no tengo luz". "No hay un segundo de mi vida que no estés en mi memoria. J. de D. "Anoche te escribí. Hoy sentado en el suelo y al rayo del sol, te envío un tierno abrazo. J. de D.".

Pasa el Paraná. Triunfa en "El Tala". Para batir a la fiera lo más cuerdo es ir a la madriguera. Fortín de San Antonio de Areco. Navarro. Mercedes. Capilla de Merlo; ya está a siete leguas de Buenos Aires ¡Es la libertad! ¡Es la regeneración de la patria! Y de pronto, la retirada inexplicable que no justifica la historia. Y hoy Santa Fe, mañana Quebracho Herrado. Y se interna en los bosques. Atraviesa desiertos. Catamarca, La Rioja, Campamento de Famatina, Famaillá... Lavalle, como Napoleón, es vencido por su mala estrella; aunque el hábil jefe de las fuerzas unitarias multiplica sus hombres, lucha brazo a brazo, ejecuta proezas que hicieron exclamar a San Martín: "Lo que Lavalle haga como valiente, muy raro será el que lo imite, y el que lo exceda, ninguno".

Todo inútil. La feliz estrella del bravo guerrero, se eclipsa en el cielo de la patria. Y el eco de su voz llega cada vez más tenue, más débil, más lejano hasta las playas del Plata.

"Mi adorada Dolores: Hace cuatro días que te escribí con un joven Molina. Se aproxima el enemigo. Estoy preocupadísimo. Desde Córdoba no sé de ti. He estado, amada mía, sin noticias tuyas, en la más cruel angustia, hasta que una carta de Paz, venida por el Chaco, ha venido a aliviar mis penas. No permanezcas en Montevideo. Ve a Río. Te lo suplico. Adiós vida de mi vida. ¡Qué día será aquel, en que me reuna con vos, para siempre. J. de D."

Esta carta, la última, está fechada en Salta el 4 de octubre de 1841.

Allí ve de nuevo desbaratarse sus planes. Emprende la retirada a Jujuy, donde llega el 8 de octubre.

La dueña de una pulpería de la calle Comercio, le cedió las llaves de la casa de Zenavilla que hasta el día anterior ocupara el doctor Elías Bedoya.

En esta habitación en que ahora estoy, abstraída ante el escritorio abierto, lo veo, hundido en sus meditaciones, con el corazón desgarrado. A la madrugada del 9 de octubre, aquella patrulla fatal con orden de aprehender a Bedoya, intima a su edecán a darse preso. Lavalle oye el tumulto. Acude al portal. Suenan unos tiros. Por la cerradura de la puetra de calle, una bala certera ha ido a incrustarse en su corazón. Lavalle cae. La patrulla huye.

Ignora que acaba de morir un héroe.

Aparto mis pensamientos. La viejecita está a mi lado. Debo retirarme. En el patio que atravieso, junto al zaguán de salida, un rosal se eleva hasta enredar sus ramas en las tejas del corredor. Ha brotado, rara coincidencia, en el sitio mismo en que Lavalle cayera, herido de muerte. Las rosas parecen teñidas en sangre. La viejecita corta una, la más bella y me la ofrece como un recuerdo.

Y salgo. Y me encamino otra vez por la calle angosta y solitaria. El aire refresca mi frente.

Un rayo de luna, azul como si hubiera pasado a través de un zafiro, alumbra la rosa que llevo en mi mano. Una gota, resbala, lenta, sobre sus pétalos perfumados. Sobre los pétalos de esa rosa encarnada que se me ocurre es el corazón mismo de Lavalle que levemente palpitara entre mis dedos...

Leocadia Rodríguez Gaiaz

Dibujo de Batlle



Andanzas de Gemebunda Sinmarido













LAS DESVENTURAS



1



2



5



6



9



10

DE MANECO por LINAGE



3



4





7

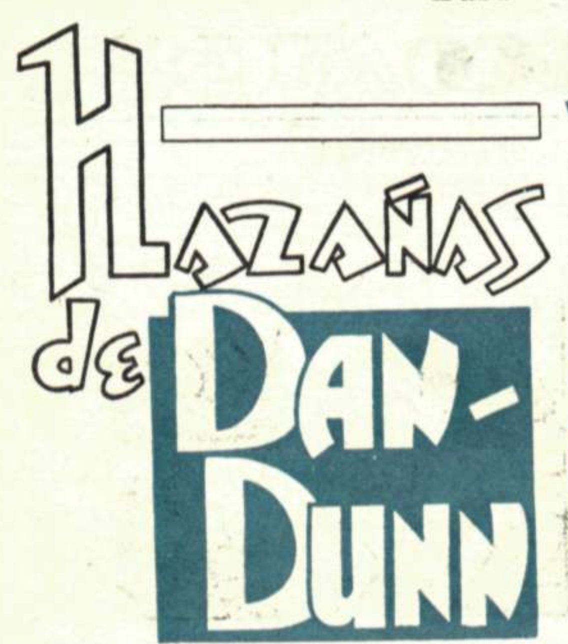


8



11


AGENTE


HAZAÑAS
de
DAN-
DUNN


EL HORNILLO DEL INCIENSO FATAL ESTA PRENDIDO
¡PERO USTED NO PUEDE MATAR A DAN! ¡ES UNA INFAMIA!
¡DENTRO DE MEDIA HORA EL ESPIA ESTARÁ MUERTO!
1


¡NO SE QUÉ HACER, DIOS MÍO!
5


¡TENGO QUE ACORDARME DE TODO LO QUE HICIERON BANKOK Y SUS CÓMPLICES CUANDO CERRARON EL HUECO DE LA PARED!
6


¿ME OYES?
¡SI, KAY!
9


¡PONTE DE FRENTE A ESTA PARED, POR LA QUE ESCUCHAS MI VOZ! ¡A MANO DERECHA ESTÁ LA PUERTA DISIMULADA EN EL RINCÓN!
10

SECRETO Nº 48















LOS G-MEN. La guerra implacable







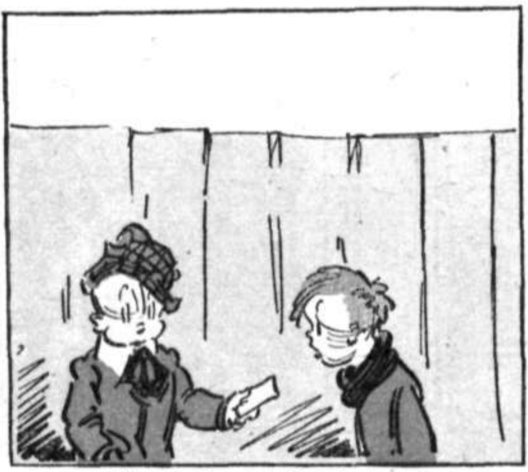


cable contra el crimen organizado



Las aventuras de

UNA AUDICION MUSICAL A



1 —¡Hola, Pastenaca! ¿Querés una entrada para una audición de música a beneficio de?... Vale diez guitas.
—Si es sin cantores, bueno.



2 —¡Qué tal, Cepillo! ¿Una entradita para la fiesta del piano? Son diez del ala.
—Bueno, Chingolo.



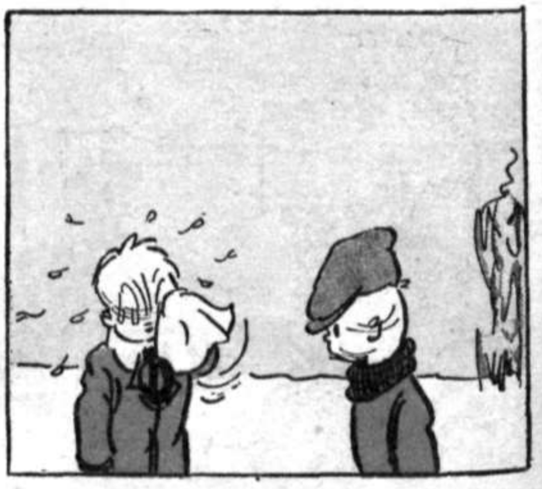
5 —¡Che, Cabezón! Te tengo una entradita reservada para el festival de mañana.
—Como para festivales estoy yo. Mañana el viejo me firma la libreta...



6 —Sólo diez guitas, che, Pulguita...
—Si me la dejás en cinco, sí.



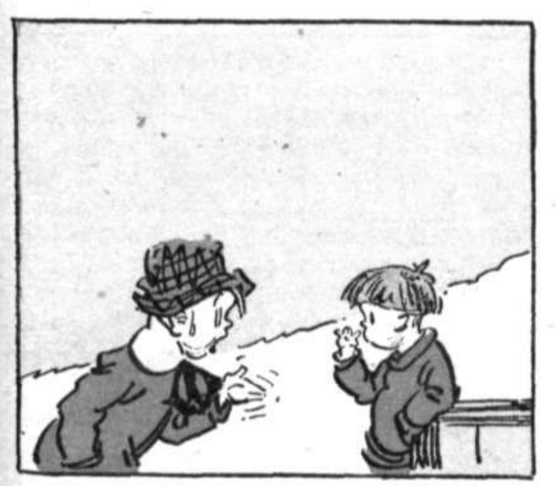
9 —Te haría falta un poco de música, para alegrarte, Ñato. ¿Querés una entrada para la audición que doy mañana?



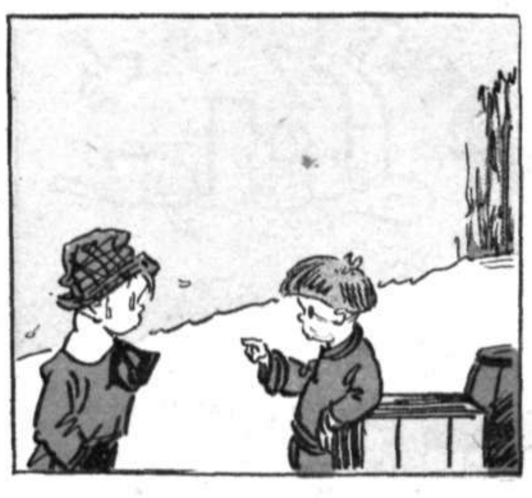
10 —Te la vendo por la módica suma de veinte centavos.
—Bueno.

Chingolo por PERCY L. CROSBY

BENEFICIO... PROPIO



3 —¡Serrucho, viejo! Tengo unas entradas para una audición formidable de música de jazz.
—Nones, si fueran rancheras, pudiera ser.



4 —Además yo no tiro la plata en pavadas.



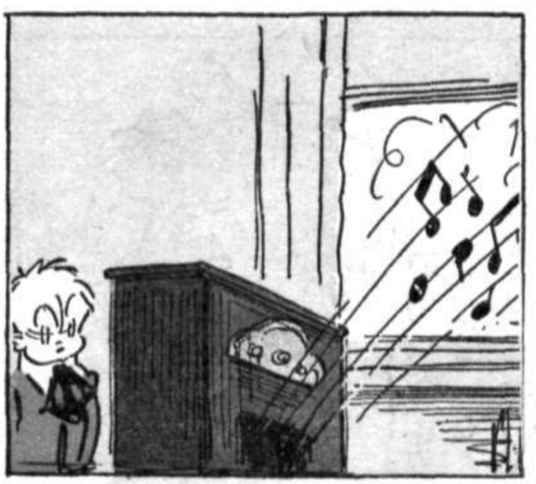
7 —¿Cómo va, Ñato Cabretilla?
—De regular para abajo...



8 —Tengo una bronca que no veo...
—Lo que no te deja ver es la gorra...



11 —...



12 —¡No hay nada como la música y los cuarenta y cinco que me pipé en una mañana de trabajitos finos!

AVENTURAS de Lita y Susy, DOS PERIODISTAS RIVALES

POR MONTE BARRET

ÉL PUEBLITO DE STAMFORD DELIRA CON LA RIQUEZA QUE LE HA CAÍDO INESPERADAMENTE: EL PETRÓLEO. LA GENTE ANDA LOCA. BIGGE ES EL DUEÑO DE LA SITUACIÓN.

MI ESTIMADO BIGGE: LE REGALO 1000 PESOS SI ME DEVUELVE LA OPCIÓN

¡BUENO, SIEMPRE LE TUVE SIMPATÍA! ¡SE LA VENDO POR 3000. ¡YA VE!

1









y Russell E. Ross












¡AQUÍ ESTÁ SU MODELO!
PARA RECORTAR y ARMAR
MODELOS
PARA JOVENCITAS

De Pedro Echagüe

Por la pampa



Esta descripción magnífica del escritor-soldado es una de las páginas más hermosas de la poesía nacional. Don Pedro Echagüe puso en ella todo el amor ferviente que profesaba al suelo sudamericano. Para su ardiente espíritu no había fronteras.

Hay sin embargo veces que a ese viaje
de tan penosa marcha, otro se agrega,
si a solas se atraviesa aquel paraje
que como para el mundo nos segrega.

La marcha en estas pampas dilatadas,
yermas, calladas, anchas y ondulosas,
del riego celestial siempre privadas,
como el fondo del mar siempre arenosas.

Donde el sol como en Libia atroz abrasa
cuando su lumbre en derredor otea,
y en toda la extensión, de noche traza
la escarcha espejos que de suyo crea.

Donde nunca jamás pájaro alguno
si extraviado pasó detuvo el vuelo,
donde guarida o tránsito oportuno
reptil ni fiera procuró en su suelo:

Donde la única luz que turba a veces
la inmensa oscuridad, es el rojizo
relámpago veloz que en cien dobleces
colorando las sombras se deshizo.

¡Pobre viandante! Ahí en el desierto
si aun pisas el mundo, para el mundo excluído
esas horas está, mas no a cubierto
de errar la senda y parecer perdido.

En tardos pasos que apurar no debe
así evitando que su bruto falte,
sigue la marcha atento a lo más leve
que en su terca aprensión teme le asalte.

Sus negros, densos, impalpables tules
la fría noche a recoger empieza,
y allá por el oriente orlas azules
del día anuncian la sin par grandeza:

La aurora reina. Puras, presurosas,
las auras matinales juguetean:
y en lugar de las tinieblas vaporosas
en toda la extensión libres campean.

Del viajero al oído lentamente
empieza a murmurar un sordo ruido
tenaz, distante, regular, creciente
y armonioso a la vez que indefinido.

El sol se anuncia. Fajas caprichosas
de púrpura y jazmín vienen delante;
y el horizonte visten presurosas
del astro aquel que asomará al instante.

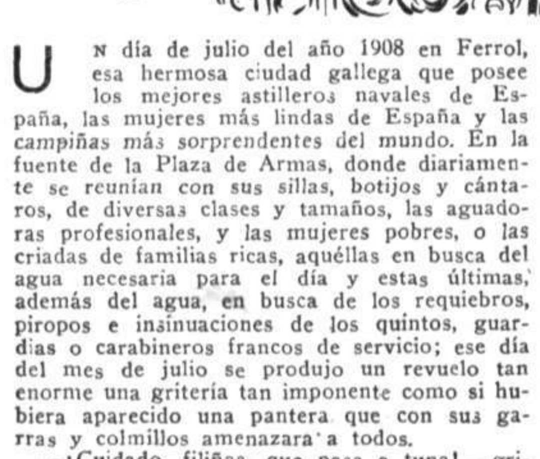
La vista entonces el viajero esparce
la luz preñada, de esperanza y vida;
y al girarla en redor mira ligarse
en círculo, la pampa al cielo unida.

El desierto y espacio todavía
cercan y son del viajador la esfera;
y el ruido en melancólica armonía
sigue y promueve su atención entera.

Allá al extremo del preciso punto
adonde lento su corcel conduce,
se alza una nube en desigual conjunto
de débil polvo que en aire luce.

Sigue el viajero. Su bridón atento,
con cuello erguido y juguetona oreja
a la vista del polvo, en el momento
de propia voluntad la calma deja:

Duplica el paso, cosquillea, estornuda,
relincha y tasca con frecuencia el freno,
hasta encontrarse con la recua ruda
que avanza lenta por igual terreno.





Un día de julio del año 1908 en Ferrol, esa hermosa ciudad gallega que posee los mejores astilleros navales de España, las mujeres más lindas de España y las campiñas más sorprendentes del mundo. En la fuente de la Plaza de Armas, donde diariamente se reunían con sus sillas, botijos y cántaros, de diversas clases y tamaños, las aguadoras profesionales, y las mujeres pobres, o las criadas de familias ricas, aquéllas en busca del agua necesaria para el día y estas últimas, además del agua, en busca de los requiebros, piropos e insinuaciones de los quintos, guardias o carabineros francos de servicio; ese día del mes de julio se produjo un revuelo tan enorme una gritería tan imponente como si hubiera aparecido una pantera que con sus garras y colmillos amenazara a todos.

—¡Cuidado, filiñas, que pasa a tuna! —gritaban las más viejas previniendo a las más jóvenes.

—¡Pasa a tuna! — repetían en los demás ángulos de la plaza, otras mujeres mientras se hacían la señal de la cruz.

Por la calle Dolores, avanzaba, llevando al frente su soberbio estandarte en el que lucían cientos de medallas ganadas en otros tantos concursos y mil recuerdos de otras tantas enamoradas, la "Estudiantina Compostelana" — la tuna — a los acordes de un alegre pasodoble, mientras se bajaban precipitadamente las ventanas de los miradores y la gente repetía como un eco:

—¡Coidao, filliñas, que pasa a tuna!

—¡Cuidado!... ¡La estudiantina pasa!

A pesar de tales prevenciones, se veían tras los cristales muchos ojos femeninos, clavados en aquellos muchachos que desfilaban airosamente, unos por divertirse cambiando serenatas por palabras de amor y otros cambiando versos por monedas, para asegurar durante el anual paseo de vacaciones, aquello que la cuchara y el tenedor, cosidos en su montera, simbolizaban.

Pero... ¿por qué razón aterraba en esa forma el paso de la estudiantina?

Hacía dos años una niña, hija de una distinguida familia de allí mismo, cerca de la Plaza de Armas, en la calle Dolores, se había enamorado perdidamente de un estudiante, que era el primer tenor y el más hábil panderetólogo de la tuna. El padre de la niña, a pesar de la insistencia del mozo, que también se había enamorado, a pesar de asegurarle éste que le faltaba un solo año para terminar su carrera, a pesar de probarle que pertenecía a una familia ilustre y jurarle que se casaría con su hija, lo echó de la casa y prohibió a la niña aceptar serenatas, versos ni galanteos de aquel tronera, porque no podía ser más que un tronera, un tunante, quien aprovechaba las vacaciones para divertirse, en lugar de pasarlas en su pueblo, con sus padres, preparándose para superar a los otros en conocimientos, cuando se iniciaran las clases.

¡LA ESTUDIANTINA PASA!

Por Vicente de La Vega

Los que hacía muchos años conocían a aquel padre, sabían perfectamente que no había tenido juventud y los tan amigos de él que conocían sus secretos no ignoraban que el casamiento de su hija ¡pobrecita niña!.., lo tenía resuelto hacía tiempo, como se resolvían entonces, sin contar con el consentimiento de ella. Don Juan Rodríguez, ingeniero retirado, viu-

do y con dos hijos era el candidato. Caballero de nombre y fortuna, amable, generoso y muy amigo del padre, era lo que más convenía a la hija.

La estudiantina no dejó por eso de dar sus serenatas a Mercedes Vázquez, tal era el nombre de la niña, y en esas serenatas cantaba el estudiante, a quien llamaremos Jesús Carreño, su canción aquella que para ella había escrito:

Al pie de tu ventana
se eleva mi cantar,
mientras las flores duermen
y todo en calma está.

. . . .

Pero la niña, a pesar de escucharlo desde su lecho, se conformaba con llorar y apretar contra su corazón un retrato que le había obsequiado su galán y que ocultaba como un avaro su tesoro.

Se fué la tuna y con su partida se suspendieron en la casa de la enamorada aquella, las medidas de precaución y vigilancia. Pero... era tarde. Habían herido muy en lo profundo a aquel corazón, que por primera vez acelerara sus latidos al impulso de una pasión incontenible, y, lógicamente, no había de pasar mucho tiempo sin que los resultados se hicieran notar.

Pálida, indiferente a todo lo que la rodeaba... iba y venía por la casa como un autómata. No quería escuchar música... no comía.... no dormía...

Llegó el invierno y en esas terribles noches frías de los puertos de mar gallegos, los que salían del club o del teatro, a cualquier hora que fuere, veían la figura inmóvil de aquella pobre criatura, asomada al mirador, con los ojos fijos en la plaza del Marqués de Amboage, que era por donde la estudiantina solía desembocar en la calle Dolores, en las noches de sus soñadas serenatas...

¡Cuántas horas de dolor y arrepentimiento costó a aquel padre la tragedia de su hija!...

El prejuicio de aquel hombre, que había llegado a viejo sin disfrutar de juventud, era el culpable de lo que a su hija le sucedía.

. . . .

El año siguiente, uno antes de la escena de la Plaza de Armas, llegó la estudiantina. Del vapor "Hércules" al hotel, era la consigna. La primera serenata sería, esa noche, para la novia de Carreño, que ya había recibido su título y que, por última vez, acompañaba a la estudiantina, guiado por dos motivos: despedirse de sus camaradas e intentar convencer al padre de aquella mujer que no había podido olvidar.

Llegó la noche. Se organizó la salida del hotel y, antes del saludo de práctica a las autoridades y la prensa, se inició la marcha, a los acordes del conocido pasodoble, hacia la calle Dolores. Poco antes de llegar a la casa de su amada, alguien informó a Carreño de lo que había sucedido hacía unas horas. Por su orden quedaron mudos los instrumentos, todos apuraron el paso y Carreño corrió como un loco hasta llegar a aquel portal en el que cayó como fulminado, al ver un crespón en el llamador y todas las apariencias de un velatorio...

Auxiliado por los compañeros, una vez repuesto de la primera impresión, preguntó al primero que vió salir de la casa:

—¿Quién ha muerto?

—Ella... Mercedes... ¡pobrecita!...

—¿Y de qué murió?...

—¡De amor!... De la única enfermedad en que la ciencia nada tiene que hacer...

—No lo había engañado el informante...

. . . .

En el cortejo fúnebre, al otro día, la estudiantina aquella, marchando tras el ataúd de la que había muerto de amor, enlutados con lazos de crespón sus instrumentos, ejecutó la marcha fúnebre de Chopin, en lugar de la serenata de amor que traía preparada...

En sus exclamaciones de dolor, algunas mujeres decían:

—¡Pobreciña!... ¡Ha levou a tuna!...

.. ..

.. ..

.. ..

Veintitrés años más tarde, por una calle céntrica de La Coruña, pasa la estudiantina. En el hogar de un prestigioso profesional, una niña que no alcanzará a veinte años de edad, deja la mesa en que comía con sus padres y corre al balcón. La madre que ha oído el pasodoble de la estudiantina que se acerca, se levanta para llamar a su hija... el esposo la detiene sonriente... amablemente y se entabla el siguiente diálogo:

—¿También arraigó en ti el temor a la tuna?

—Es que... esos estudiantes... no sé... pero.

—¡Déjala!... No creas en eso. Ahora que la edad, los hijos y las canas nos ponen a cubierto de los celos... voy a contarte una cosa de la que nunca te hablé. ¿Has visto ese rizo de cabello negro que tengo en un guardapelo con un retratito de mi madre y que te dije pertenecía a ella?...

—Sí... en tu relojera está...

—¿Me perdonarás que lo haya conservado y me ayudarás a conservarlo?

—Cuando tu lo guardas es que no hay mal en ello... ¿No es de mamá?

—No es de mamá. Es de una niña que cuando yo era estudiante y pertenecía a la para ti temible estudiantina, se enamoró de mí y yo, de ella ¿para qué negarlo?... Pero tenía un padre que pensó que por ser yo de la tuna era un tronera, un perdido y prefirió que muriera de amor aquella criatura.

—¡Tú... un tronera!... ¡Tú... un perdido!...

—Deja a nuestra hija que corra a verla pasar, deja que reciba versos y serenatas... ¿quién te asegura que entre esos muchachos no está el otro Jesús Carreño que la haga feliz?

—¡Como me hizo a mí!... — contestó la esposa echándole dulcemente los brazos al cuello.

—Dale dinero a tu hija para que lo coloque en la bolsa del que le envíe sus versos... ¡hay estudiantes muy pobres!... y... déjala. No tenga que decir mañana la gente. "¡A levou a tuna!... ¡A levou a tuna!"

Vicente de la Vega

Dibujo de Valdivia

Un caso de vocación natural

por Carlos V. Warnes

¿OCUPA usted el lugar que le corresponde? *Las líneas de su mano le dirán cuál es su vocación natural".*

Eso fué lo que leí cierta mañana, mientras me dirigía al empleo, viajando en el techo de un ómnibus, y aquellas líneas dejaron en el fértil campo de mi espíritu la semilla de la duda. ¿Era ése en verdad el lugar que me correspondía? ¿Tendría que pasarme toda la vida viajando tan incómodamente para trabajar ocho horas y ganar $ 75 mensuales? ¿Y si mi vocación natural era otra muy distinta? Total, nada se perdía con probar...

Y así fué cómo ese mismo día envié al profesor Capricornio la impresión de mis manos y una carta, pidiéndole me indicase con prontitud el lugar dónde debería colocarme en el futuro.

Tres semanas después, en la sección Quiromancía de la revista "Vida Urbana", apareció la reproducción de mi diestra acompañada de esta leyenda:

A "Carlitos". — Mano de triunfador. La línea que sale del Monte de la Luna y termina en el Monte de Piedad indica que tendrá que empeñarse mucho antes de conseguir la fortuna. Su vocación natural está en el arte dramático. Cuídese de los pasos a nivel y siga al 26.310 en la Nacional. Veo buen casamiento".

Pasaron varios meses, y una tarde, cuando regresaba del empleo, regularmente instalado sobre el capot del ómnibus, hice el siguiente balance de mi situación: en un montón de jugadas, el 26.310 me ocasionó pérdidas por valor de $ 398.—; los pasos a nivel no me causaron mayor daño; y en la academia de arte dramático me expulsaron a la segunda lección, dándome ciertas explicaciones que la decencia no permite reproducir. En cuanto al empeño, cumplióse durante un tiempo, pero pronto no tuve ya qué empeñar y el augurio fracasó en toda la línea...

Lejos de desanimarme, y deseando saber algo de mi vocación natural, mandé otra impresión palmar al profesor Capricornio, pero cambiando el seudónimo que utilizara la vez anterior. La respuesta publicóse luego de un plazo prudencial, y estaba así redactada:

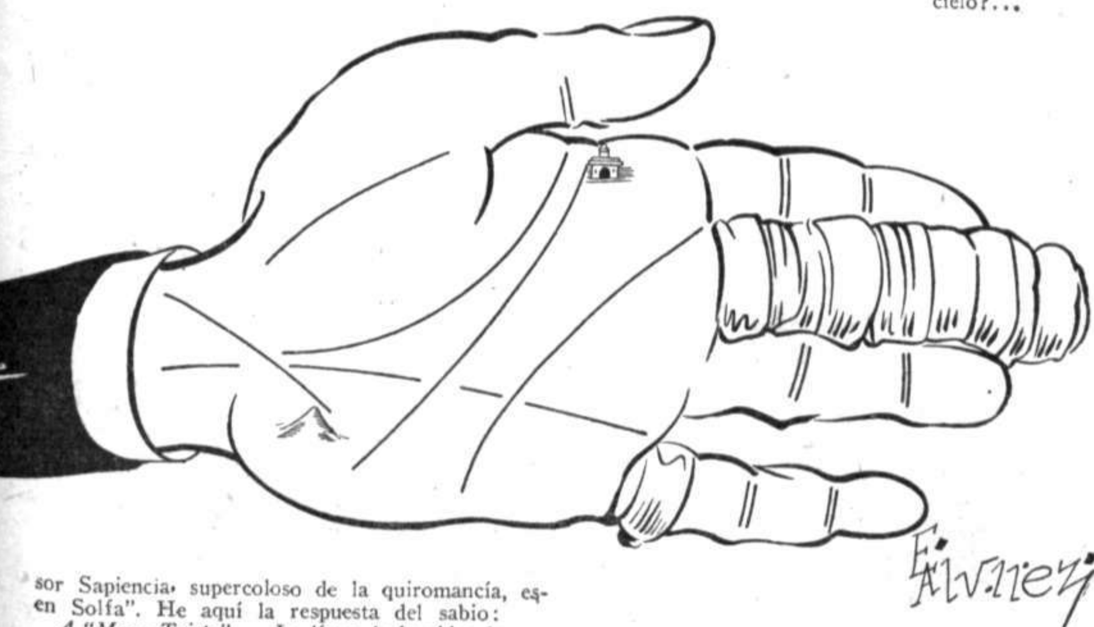
A "Roll Roice". — Su mano es idéntica a la de Búffalo Bill. Usted posee grandes condiciones para franco tirador, y tendrá un bello porvenir en la caza de ciervos en el condado de Gómezshire, en Gran Bretaña. Siga su vocación, cueste lo que cueste, y triunfará. Célibe a perpetuidad".

Un rápido estudio me permitió comprender que no podía seguir mi vocación. El aprendizaje de tiro me costaría $ 300; una escopeta y quinientas balas: $ 250; estudios del inglés: $ 150; y el viaje hasta Gómezshire; $ 1.780. Y luego, ¿qué haría yo con los ciervos cazados en Inglaterra? ¡No, no! Lo mejor era consultar a otro profesor de quiromancía y pedirle datos acerca de otra vocación natural menos complicada.

Entonces me dirigí a la sección "¿Sabe qué tiene usted en sus líneas?", que se publicaba en la revista "La Hora Final", sección que dirigía el profesor Vidente. El envío de las impresiones de mis manos, acompañadas de una carta, fué contestado así:

A "Tributario". — Mano de criminal al cien por cien. Instintos de bestia fuera de todo control zoológico. Cruza de hiena neurasténica y chacal hidrófobo, con incrustaciones de vampiro. Vocación natural: el descuartizamiento colectivo y despellejamiento al centímetro. Pronto casamiento. Morirá en la horca. Gracias por sus amables frases, que me llenan de legítima satisfacción".

Sugestionado por la predicción del profesor Vidente, compré tantas armas y aparatos de tortura que mis amigos creyeron que pensaba dedicarme a realizar hábiles interrogatorios por mi cuenta. Pero un leve accidente echó por tierra el sabio oráculo del profesor: mientras esgrimía un cuchillo, hice un movimiento brusco y me pinché un dedo...; ver las cuatro gotas de sangre y desmayarme fué simultáneo. Entonces, arrojé todo el armamento a la basura y me dirigí al profesor Sapiencia, supercoloso de la quiromancía, en Solfa". He aquí la respuesta del sabio:



A "Mozo Triste". — La línea de la vida: larga; la línea del corazón: larga; la línea del cerebro: larga. A la larga usted vencerá. Entretanto, siga las líneas largas y hágase guarda o mótorman en la línea "Constitución-Villa Urquiza", del Lacroze. Si resiste un viaje, el triunfo será suyo. No se casará".

¿Será necesario decir que fracasé nuevamente? Conseguí un empleo en la línea indicada por el profesor, pero la falta de previsión y constancia arruinó mi propósito. Salimos de Villa Urquiza una mañana clara, y al alejarnos recordé aquellos versos de Henández:

> "Y cuando al fin la dejaron
> una madrugada clara,
> le dijo Cruz que mirara
> las últimas poblaciones;
> y a Fierro dos lagrimones
> le rodaron por la cara...".

Abandoné el coche antes de llegar a la estación Medrano. Eran ya las tres de la tarde y el cansancio y el hambre me postraban. Comuniqué mi situación al mótorman y el buen hombre me dijo:

—¡Cómo! ¿Es que no trajo usted la vianda?

—¿La vianda? No..., no se me ocurrió...

—¡Ah, cabecita de corcho! ¿Cómo quería hacer semejante travesía sin traer víveres y un catre plegadizo? ¿O cree usted que desde Villa Urquiza a Constitución iremos en un solo día?

Me arrojé del coche, me harté en un bar automático, y antes de acostarme escribí al profesor "Oszalev", insigne quiromántico de la revista "A Salto de Mata". Del concienzudo estudio de mis impresiones palmares extrajo estos resultados:

A "Argentino Claro y Valiente". — Usted posee el don de ubicuidad en potencia. Generalmente está donde no debe estar y viceversa. En su mano leo que la línea media y la línea delantera necesitan ser reforzadas. La defensa es buena, aunque a veces no es muy segura. Con mucho entrenamiento, el "score" siempre le será favorable. Su vocación natural: amortajar referís. Se casará pronto".

Leer esa respuesta y alarmarme fué una misma cosa: ¿sería yo un equipo de fútbol? ¿Qué demonios tendría yo en mis manos? ¿Cuántas vocaciones naturales poseía? ¿Qué hacer, santísimo cielo?...

Durante varias semanas leí y releí las respuestas de los sabios quirománticos. Apenas cerraba los ojos, pesadillas espantosas agitaban mi sueño. Ya me veía en Gómezshire, cazando ciervos; ya aparecía jugando al fútbol contra un Lacroze; ora me encontraba convertido en fiera insaciable; ora estaba jugando a la lotería en un paso a nivel...

Un lector. — Bueno, bueno; no abuse usted de nuestra paciencia: ¿qué diablos hizo usted después de tantas consultas?

Yo. —¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

Un lector. — Sí, hombre: ¿cuál fué su vocación natural? ¿Triunfó o no en la vida?

Yo. — Sí, querido lector: de todas aquellas respuestas saqué la verdad y obtuve el triunfo...

Un lector. — ¿Y puede saberse a qué se dedicó usted?

Yo. — Muy sencillo, amigo mío: ahora soy el "Profesor Senraw" y tengo una sección de quiromancía en la revista "Somos o no Somos". Cuando quiera saber cuál es su vocación natural, no deje de consultarme... ¡Pocos habrá que tengan mi experiencia!

Carlos V. Warnes

Dibujo de Alvarez

El guante negro (Continuación de la pág. 63)

al culpable para reconocer su falta?

La hora de debilidad había pasado para el coronel. Sus labios pálidos y severos sonrieron amarga y desdeñosamente.

—¡El arrepentimiento! — exclamó, — ¿puede redimir un crimen que deshonra, aunque éste sólo haya existido en el pensamiento? ¡Margarita, tú sabes que no! tú, que novia todavía, decías a tu esposo, cuando sin guardias se hallaba en capilla bajo su palabra de honor: ¡Ramírez! muere, pero no te deshonres faltando a la palabra. ¡Nada puede borrar las manchas del honor!

—¡Ah! — respondió ella llorando, — era esposa, ahora soy madre. ¡Oh! tú a quien una mujer llevó en su seno y alimentó con su sangre, en memoria suya ten piedad de la madre que te pide de rodillas la vida de su hijo.

Los pasos de algunos caballos resonaron en el patio de la quinta.

El coronel, tomando entonces violentamente a su esposa en sus brazos, procuró llevarla fuera del cuarto, pero ella se asió de uno de los pies del bufete, y los dedos finos y transparentes de aquella mujer se convirtieron en otros tantos resortes de acero en que se estrelló la fuerza del coronel.

—¡No! no me arrancarán de aquí — decía ella con voz ahogada, — quiero librar a mi hijo de la muerte, y a ti de un horrendo crimen! ¡quiero interponer mi pecho entre el tuyo y los golpes de un asesino!

—¡Margarita! — exclamó con voz solemne, — ¿quieres ver morir a tu hijo? ¡Sea! ¡lo verás morir, porque juro que nada puede salvarlo!

A estas palabras los ojos de la madre centellearon como los de una leona herida, sus lágrimas se secaron de repente, y poniéndose en pie, pálida y terrible como la imagen de la fatalidad:

—¡Ramírez! — gritó acercándose a su marido, — ¿es cierto que nada puede salvar a mi hijo del horrible destino que le reservas?

—¡Nada! — respondió con firmeza el coronel.

—¡Nada! — replicó ella, con acento extraño, — ¿nada, ni mis ruegos, ni mis lágrimas, ni la memoria de los días felices que nos ha dado en los veinte años de su existencia?

—¡Nada! — repitió él con voz lúgubre. — Soy un juez, he condenado a un criminal, y yo mismo ejecutaré la sentencia.

—¡Pues muere tú! — gritó la madre, — muere tú, porque yo quiero que mi hijo viva, aunque sea sobre las ruinas del mundo.

Y arrebatando el puñal que estaba sobre la mesa, lo sepultó en el corazón del esposo.

Al mismo tiempo se abrió la puerta, y un grito doloroso y aterrador resonó en el cuarto.

—¡Madre mía! ¡qué hacéis! — exclamó Wenceslao, precipitándose sobre el cuerpo del coronel, que había caído muerto sin exhalar un suspiro.

La madre se volvió hacia él con la impasibilidad de la desesperación.

— Mi esposo había jurado matar un traidor — dijo ella, — ese traidor era mi hijo, y yo he matado a mi esposo para salvar a mi hijo.

Al día siguiente, a la cabeza de su regimiento, Wenceslao, pálido, sombrío, y llevando en el corazón un triple duelo, marchaba a reunirse con el ejército del general Oribe.

El deber había interpuesto entre él y la felicidad un voto terrible. Sobre el cadáver ensangrentado de su padre, y en las manos de su madre moribunda, había jurado olvidar para siempre a Isabel.

VI

QUEBRACHO HERRADO

La noche del 28 de noviembre había extendido su sombra sobre el campo de ese nombre.

El sol de aquel día había visto el triunfo de Oribe, y la derrota del ejército unitario que, compuesto de guerreros tan generosos como valientes, aceptó la batalla con fuerzas inferiores y un terreno desventajoso, antes que desamparar con una marcha forzada, la emigración que le seguía. Pero la suerte recompensó mal el denuedo y la sublime abnegación de aquellos héroes, y coronó con el laurel de la victoria las sienes de sus enemigos, que quedaron dueños del campo.

Entonces se vió una escena espantosa, en que el pillaje, el asesinato y la violencia saciaron su horrible sed, en esa inmensa emigración compuesta de venerables ancianos, de hermosas vírgenes y de niños inocentes.

Mas a aquella hora, el tumulto de las armas, los gritos de los combatientes y los gemidos

de las víctimas habían cesado. La obscuridad velaba los lagos de sangre humana que inundaban la tierra; la brisa de la noche esparcía en el fúnebre campo el delicioso perfume de los vecinos bosques de aroma; la dulce luz de las estrellas, reflejando sobre el rostro de los cadáveres, daba a su actitud la apariencia de un dulce sueño; nada, en fin, revelaba allí un campo de batalla, si no era el profundo silencio que reinaba por todas partes, silencio sólo interrumpido por el prolongado y lamentable canto del *coyuyu*, que oculto entre el negro ramaje de los algarrobos, parecía llorar el destino de aquellos héroes.

VII

LA PREDICCION

De repente, el eco lejano de una voz dulce y triste, hizo callar la lúgubre melodía del insecto. La voz se aproximaba entonando el último canto de Julieta:

"Oh! sfortunato atendimi...
Non mi lasciare ancor..."

Una sombra blanca, de forma vaporosa y vaga, se dibujó entre las tinieblas. El centinela avanzado del ejército vencedor, que vivaqueaba a algunos centenares de pasos, viéndola acercarse se santiguó y cerró los ojos, creyendo que era el alma de uno de aquellos muertos.

La sombra blanca entró en el recinto del campo de batalla. Era una mujer joven y bella, a pesar de la extrema extenuación de sus formas.

Sobre su larga túnica blanca se esparcía con admirable profusión una cabellera negra que, agitada por el viento de la noche, tenía la apariencia de un ancho velo de luto. La mirada de sus grandes ojos negros era vaga y extraña, cual si una sombra se interpusiera entre ella y los objetos exteriores; sus labios murmuraban alternativamente el canto de Julieta, las plegarias de los difuntos y el nombre de Wenceslao, deteniéndose delante de los muertos.

—¡Lezica! — dijo inclinándose sobre un cadáver y apartando suavemente los sedosos cabellos castaños, que ocultaban un rostro joven cuya belleza había respetado la muerte. — ¡Lezica!, pobre niño que al ver la luz encontraste en torno tuyo el lujo y la riqueza, ¡quién habría dicho a tu madre, cuando te mecía en cuna de oro y seda, que dormirías tu último sueño sobre el árido suelo de un desierto! y cuando besaba tus bellos ojos azules, ¡cuán lejos estaría de imaginar que habían de ser de los buitres!

—¡Varela! — exclamó contemplando el rostro yerto e inmóvil de un hombre tendido a corta distancia, y anegado en su sangre, noble vástago de esa familia de cisnes que ha encantado con sus melodías las riberas del Plata. — ¡La muerte ha puesto su negro sello entre los laureles de vuestras frentes! ¡por qué! ¡he ahí que mientras el chacal lame tu sangre generosa, mientras el tigre devora tu corazón donde ardieron sublimes inspiraciones, el puñal del asesino se prepara en la sombra para sofocar con un solo golpe el canto del poeta y el grito de la libertad del patriota! ¡Ay! ¡ay! — y comenzando de nuevo su fúnebre canto, prosiguió su camino.

El terreno por donde se dirigió estaba sembrado de centenares de cadáveres, y regado con arroyos de sangre, que mojaban los pies y el blanco ropaje de aquella fantástica peregrina. Se habría dicho que la espada del ángel exterminador había pasado por allí, o que la mano humana que había segado la vida de tantos hombres, habría tenido que ejecutar una grande venganza o redimir una gran falta.

A lo lejos, y al cabo de aquella vía sangrienta, rodeado de

cadáveres, de fusiles descargados, de lanzas y espadas rotas, yacía el cuerpo de un guerrero, cuyo noble y hermoso rostro conservaba aún después de la muerte una expresión de amenaza. Aunque todo indicaba que era él quien había hecho aquel estrago en las filas de sus enemigos, el acero de éstos no había osado acercársele; pues aquel cuerpo esbelto y elegantemente vestido estaba ileso, una sola bala le había muerto, atravesándole el corazón. Su mano estrechaba aún la guarnición de su espada, y el viento de la noche hacía ondear sobre su pecho esa terrible divisa roja, que contenía el retrato de Rosas, y la sentencia de muerte de los unitarios

La extraña viajera se acercaba,paseando su mirada sobre los rostros sangrientos y mutilados de los muertos, y llamándoles con voz lúgubre:

—¡Mons! ¡Torres! ¡Bustillos!

—¡Wenceslao! ¡Wenceslao! — gritó en un transporte de gozo insensato, cayendo de rodillas y abrazando el cadáver del bello guerrero. — ¡Heme aquí, amado mío!, llego tarde; pero es que tú habías dejado tu lecho perfumado de las orillas del Plata, para venir a recostarte en este suelo lejano, abrasado por el sol y mojado con la sangre.

Yo oí tu voz que me llamaba, y las tinieblas que de repente habían envuelto mi inteligencia se disiparon, la mirada de mi alma te mostró recostado en un lecho nupcial, tendiéndome los brazos y gritándome: ¡Isabel! ¡amada mía, esposa mía, ven! Y yo rompí fuertes cadenas que sujetaban mis pies, y caminé largo tiempo guiada por la voz que me llamaba siempre: ¡Isabel! ¡Isabel! ¡ y heme aquí que llego cubierta con el blanco cendal de la desposada para unirme a ti en un abrazo! ¡en un abrazo eterno!... Pero... ¡Oh! ¡Dios!... su pecho está frío e inmóvil, sus labios pálidos y yertos, su mirada fija y velada por una sombra siniestra... ¡Ah! es ese funesto talismán, ese funesto guante negro cuya vista introduce el dolor en el corazón, y cuyo contacto trastornó mi ser.

Y reclinando sobre sus rodillas aquella cabeza inanimada, descubrió con mano presurosa el pecho del cadáver.

—¡Oh! — gritóseñalando una herida profunda, de forma circular y bordes negros. — ¡He ahí la mano de Manuela Rosas, que le ha destrozado el pecho para robarme su corazón! Hela allí que se acerca para disputármelo todavía, para arrojar otra vez entre él y yo, como un desafío a nuestro amor, ese guante negro que nos separó. ¡Atrás! — gritó alzándose, y extendiendo sus brazos sobre el cadáver, — ¡atrás! ¡mujer fatal para los que te aman! ¡tu blanco velo de virgen está salpicado de sangre! ¡sobre tu cabeza está suspendida una nube de lágrimas! ¡Aléjate! — continuó adelantándose, como para cerrar el paso al fantasma que le presentaba su imaginación, — ¡no le toques! porque el puñal de la masorca caerá sobre él... ¡Ah! ¡no, es la sombra de mi padre que vaga gimiendo entre los despojos helados de sus compañeros! ¡Padre mío! ¡no es éste el último golpe que la mano de hierro del destino descargará sobre los defensores de la libertad! ¿Ves esos arroyos de sangre que corren por este campo? Así correrá por largo tiempo en toda la extensión de nuestro hermoso suelo. ¡Pero la tierra no puede absorberla! ¿Ves cómo se eleva al cielo, para hacer descender después, cual rocío benéfico, la clemencia de Dios? Mira allá, a lo lejos, en los límites del horizonte... ¿No ves un bizarro guerrero que se destaca de las filas del ejército federal? El mundo, asombrado, le contempla también, porque es el héroe que levantará sobre sus hermanos encadenados el estandarte de la libertad; arrojará

a la tiranía de su trono ensangrentado, y restituirá a la patria su antiguo esplendor y gloria.

Vuelve a dormir en la almohada de paz el sueño de la muerte, mientras mi esposo me estrecha entre sus brazos en nuestro lecho de bodas.

Y el silencio reinó otra vez en el campo; el *pampero* mezcló los perfumes de los aromas con las emanaciones mefíticas de la sangre; los algarrobos dejaron caer sus flores sobre el rostro desfigurado de los cadáveres, y el *coyuyu* volvió a comenzar su triste canto.

.. ..

Es fama que todas las veces que el tirano de Buenos Aires iba a decretar alguna de esas sangrientas ejecuciones, alguna de esas horribles carnicerías que la desolaron, se aparecía en las altas horas de la noche una mujer de aspecto extraño, que cubierta de un largo sudario, y con los cabellos esparcidos al capricho de los vientos, daba vuelta tres veces en derredor de la ciudad, cantando con voz lúgubre las sombrías notas del "De profundis".

JUANA MANUELA GORRITI

Belgrano y el clero



BELGRANO sabía conciliar los deberes de su destacada posición con las preocupaciones populares, según nos lo demuestra Bartolomé Mitre en su historia del prócer. En oportunidad de que tres desertores habían sido condenados a muerte por el tribunal militar que Belgrano presidía, una comisión de prelados de las religiones con sus comunidades, seguidos de una inmensa muchedumbre y con las imágenes de Nuestra Señora de Mercedes, Santo Domingo y San Francisco, se llegó hasta aquél a pedir gracia para los reos. Belgrano se negó a acceder y mandó que en el acto las imágenes fuesen restituídas a sus iglesias Pero un clérigo se encargó de alborotar los ánimos de aquellas buenas gentes, por lo que el tumulto cobró mayores proporciones. Belgrano, "manu militari", ahogó la revuelta, encarcelando a varios sacerdotes. Más tarde, comprendiendo la inutilidad de su severidad, perdonó a los desertores a tiempo de salir al suplicio y libertó a los curas.

Con motivo de este suceso escribía Belgrano al gobierno: "Hasta dónde llega la ignorancia de estas gentes. ¡Dicen que la imagen de Nuestra Señora de Mercedes había entrado a casa con colores, y que no habiendo conseguido lo que pedía, salió descolorida y llorando. ¿Se puede oír cosa semejante? Educación, educación es lo que necesitan estos pueblos para ser virtuosos e ilustrados como corresponde, siquiera en los principios de nuestra religión, de no, jamás seremos nada".

Conferencias de la señora Petrona C. de Gandulfo

La señora de Gandulfo dará su cuadragésima primera conferencia sobre el arte de cocinar, el 20 de julio, a las 16, en el salón de la Liga Argentina de Damas Católicas, Montevideo 850, bajo los auspicios de "Caras y Caretas".

Nuestras lectoras podrán asistir gratuitamente, para lo cual tendrán que recortar el cupón que va en esta página, el que les será canjeado por una entrada, mandándolo por correo a nuestra Administración o presentándolo personalmente en "Caras y Caretas", Chacabuco 151, o en la boletería de la Liga Argentina de Damas Católicas.

41.ª CONFERENCIA

Señor Administrador de "Caras y Caretas", Chacabuco 151:

Sírvase enviarme una entrada para la 41ª Conferencia que sobre el arte de cocinar dará la señora Petrona C. de Gandulfo.

Nombre ....

Domicilio ....

Las conferencias son para damas exclusivamente.

Los platos y otros objetos se rifarán entre los adquirentes de los números que se expenderán en la boletería, a 20 centavos, a beneficio del Patronato de la Infancia.



Un episodio de la batalla de Maipú

El general San Martín había tenido la previsión de encargar a sus jefes que le trajeran ante él, en el acto, al primer oficial prisionero que tomaran. Acababa de hacer entrar la reserva, para apoyar y sostener su izquierda, cuando el alferez de granaderos, don Rufino Zado le presentó un soldado de su cuerpo que traía en ancas a un capitán español de caballería, llamado González, que acababa de ser tomado por el comandante Medina. El general mandó que el prisionero se pusiese inmediatamente a su lado sin bajarse del caballo; dándole un anteojo le ordenó que le señalase el grupo en que se hallaba Ossorio, las señas de su persona, el caballo, traje, etc., bajo severísimas penas si mentía.

San Martín tenía interés en tomar prisionero al coronel realista por ser yerno de Pezuela, y para canjearlo con ventajas por los patriotas encarcelados en El Callao.

En ese momento un parte de Las Heras le informa que la reserva enemiga corría con ánimo de fortificarse en el "Caserío de Espejo". Da las órdenes necesarias para impedir la concentración del enemigo, cuando uno de sus edecanes llega muy excitado y le dice: — Señor; allá en aquel grupo dispara Ossorio; véalo, señor, va disfrazado con poncho blanco y sombrero "huarapú". — ¡O'Brien! — grita el general — ¿Ve usted en aquel grupo un hombre de poncho blanco y sombrero "huarapú"? Ese es Ossorio, córtese por la derecha y tómelo en el camino a Valparaíso. — Mientras tanto el general Balcarce, con las baterías de Borgoño y de Plaza, marchaba a toda prisa en dirección a "Espejo".

Apremiados de cerca por la columna de Las Heras, consiguen los realistas entrar a tiempo en las "Casas de Espejo", y decidieron hacer pie allí con alguna artillería que habían dejado el día anterior en previsión de una retirada. A los pocos momentos llegaba Las Heras, pero como los encontrara fuertemente establecidos, sin tener él a mano más que el número 11 y el "Coquimbo", que no había necesidad de sacrificar, se limitó a inmovilizar allí al enemigo mientras le llegaban algunas de las piezas que había pedido. Pero el general Balcarce, más animado y excitable en estos casos que prudente y reflexivo, y siempre impetuoso, llega, ve y le grita a Las Heras, con poca cortesía: — ¿Por qué no ataca usted, coronel? — Me falta artillería, general, para proteger mi tropa. — ¿Para qué quiere usted artillería, señor? Entre usted a la bayoneta por el callejón; ellos no tienen artillería. — Sí tienen, general. — No, señor, la han dejado toda en la fuga; ¡entre usted! Entre, que viene la noche.

Librada la terrible batalla en la que los patriotas pusieron en fuga a las fuerzas realistas, diezmando sus efectivos y apresando gran cantidad de material bélico, el general San Martín al conocer la fuga de Ossorio, sumamente contrariado, dijo: "Me falta un gran pedazo de la Victoria".

VICENTE F. LOPEZ

Entrada de la quinta de Bolívar, junto a los cerros Monserrate y Guadalupe, donde el Libertador pasó sus días de retiro y concibió muchos de sus grandes pensamientos.

Una de las pintorescas y tradicionales calles de Bogotá, de tipo colonial.





Una fuente ornamental del parque San Diego, de Bogotá, formado en el contrafuerte de la montaña.

Bogotá, señorial

Las "tres rutas milagrosas" de su fundación

Por M. RUIZ

EL REFUGIO DE SANTA MARTA

POBRES, diezmados por el hambre, la fiebre y las hostigaciones de los indios, los súbditos de Carlos V se constreñían cada vez más buscando el áspero abrigo de las montañas de Santa Marta en las costas tropicales del Atlántico. Estaban como quebrados, como corridos por aquel misterioso interrogante de la selva bravía, en que el sol hacía que las ráfagas de aire, fueran como lenguas de fuego sobre las espaldas y las frentes sudorosas de españoles y nativos.

Pero, detrás de aquel infierno, más allá de aquella horrible emanación de fiebres, detrás de aquel vivero ardiente de pumas temibles, de tigres agazapados, la boas enormes — perezosas señoras de la hojarasca y de la muerte — la idea del famoso "Dorado", la obsesión de las auríferas nacientes del río Magdalena inquietaba el alma de los conquistadores.

Muchas tentativas de penetración habían tenido un fin de tragedia y de muerte. A una expedición seguía otra y otra, para perderse en el vientre insaciable de la selva.

Ante tales fracasos, el ingenio se aguza; y, la última empresa de conquista se apoya en los primeros barcos que, como deformes fantasmas, debieron llenar de pánico y superstición las riberas de los ríos del trópico.

Jiménez de Quesada da comienzo a su aventura en Santa Marta; cuenta con su voluntad de hierro, con tres navíos, 800 hombres y 85 caballos; era el 5 de abril de 1536.

Como desperezándose la selva ante el extraño ruido de los intrusos, rápidamente da su primer zarpazo. De los tres navíos alistados, dos quedan encallados, perdidos en la célebre boca de ceniza del Atlántico y sólo el tercero, por un milagro consigue remontar el "Magdalena".

Los aventureros no se desaniman, empero, se apoyan en el único barco que queda y prosiguen su odisea. Bien pronto las penurias empiezan a acumular su peso sobre el espíritu y el físico de aquellos hombres diezmados; el sol les succiona las fuerzas, las solapadas flechas de los indios siembran la muerte de detrás de cada árbol, la fiebre los aniquila, las garras de las fieras y el veneno de las serpientes hacen estragos. La autoridad de Jiménez de Quesada decae y la rebelión comienza a morder el alma de sus soldados.

Entonces, el capitán todo voluntad, hace balance y se halla con un trágico saldo; sólo le quedan 166 hombres y 60 caballos; los demás están enfermos o han muerto. Sus servidores se amotinan; no dan un paso más hacia adelante: piden el regreso a gritos... El conquistador comprende que su ambición se derrumba, que está en juego su propia cabeza; y queda perplejo.

DOS MAYAS DE SAL

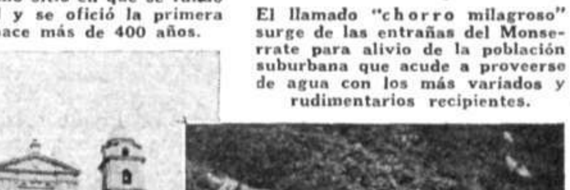
La infinta hurdimbre del destino mueve sus hilos. Desde la costa se oyen gritos; ha sido apresada una canoa nativa y se han secuestrado dos mayas de sal.

En las cruentas privaciones de aquellos hombres, la necesidad de ese reactivo se sobreponía a la misma ambición del oro. Más adelante hay sal... ya no habrá que comerse las alimañas y hasta la "vaina de los cuchillos" sin condimento. El hallazgo anima a la soldadesca. El padre de las Casas les incita a proseguir la aventura; la sal, el oro y un frescor paradisíaco esperan más allá para rendirse a los valientes que todavía quieran acometer la marcha.

Jiménez de Quesada aprovecha el entusiasmo de sus hombres y, como Hernán Cortés, abre un abismo entre la civilización que queda atrás y lo desconocido que tiene por delante; quita de en medio la posibilidad de regreso. Y dos días después, el único barco de la expedición, navega a la deriva hacia Santa Marta, para perecer también y dejar sepultados en el Magdalena a todos sus enfermos y tripulantes.



El famoso cerro Monserrate, a 3165 metros de altura. Desde su pie asciende un "decauville".



La Catedral de Bogotá, levantada en el mismo sitio en que se fundó la Ciudad y se ofició la primera misa, hace más de 400 años.



El llamado "chorro milagroso" surge de las entrañas del Monserrate para alivio de la población suburbana que acude a proveerse de agua con los más variados y rudimentarios recipientes.

y romántica

son un símbolo unionista para la América latina

MORENO

DOS FANTASMAS ENCABRITADOS

La sal fué un signo de la suerte. Durante la noche dos caballos se sueltan y alborotan la selva con sus retozos; son dos fantasmas encabritados, de fuerza y rapidez ultraterrena que llenan de supersticioso espanto el alma del indio.

Amedrentado el nativo, intenta someterse; deja al alcance de los conquistadores un viejo indígena, un desecho humano ya sin valor alguno. Los blancos lo colman de atenciones y regalos. Aquella bondad no convence sin embargo; el viejo indio era quizás demasiado duro para la asadera... La carnada se cambia por un niño tierno y robusto... Pero los hombres pálidos no se lo comen; lo bautizan, lo visten y lo mandaban de vuelta. La primera tribu de chibchas queda ganada; los indígenas se entregan entonces sin reservas; involucran la vida en su propia amistad; sentimiento que los intrusos traicionan y difaman más tarde.

EL ULTIMO ZIPA

Las fantásticas leyendas sobre las riquezas de "Muequetá" o "Bogotá", residencia del Zipa de los chibchas, hace olvidar a Jiménez de Quesada las nacientes auríferas del gran río del trópico, para desviar su ruta hacia el alto planicie bogotano, cuya gran sabana se aparece a los conquistadores como un "jardín sembrado de torres" merecedor del nombre de "Valle de los Alcázares".

La matanza, el asesinato y el pillaje son el bautismo de fuego que los europeos ponen en práctica para descubrir el refugio del Zipa y sus riquezas. Saguipa, el último heredero, muere como un mártir afirmando que "no dispone de suma alguna", aunque con su oro "podía llenarse la habitación que le servía de cárcel". Y, lo que no pudo arrancarse a la integridad de aquel indio que supo llevarse el secreto a la tumba, lo pudo, en mala ley, la traición de un nativo, que, como a Atylas, toma de la brida el caballo de Jiménez de Quesada y lo guía hacia el escondrijo de Quenunchatecha, donde la soldadesca profana y destruye todo en un saqueo de piratas sin freno y sin alma. Abordada la ciudadela por la noche, algunos soldados, impacientes y ebrios, no pueden esperar a la mañana para el robo y el reparto. Subrepticiamente se introducen en el templo con sendos candeleros de sebo; la torpeza de un movimiento derrama la lumbre y el templo se incendia. Se diría que, ante aquella profanación, los ídolos hubieran querido llevarse consigo las obras de arte y las mayores riquezas del Zipa, fundiéndolo todo en una informe masa de imágenes, oro y arcilla.

LAS TRES RUTAS MILAGROSAS

Al propio tiempo otros dos capitanes de la destrucción y la conquista, a fuerza de machetes y audacias, abrían senderos en la selva virgen y ascendían las montañas. Al igual que Jiménez de Quesada, estos otros dos conquistadores hispanos se habían dado cita en un indeterminado punto. En su inquietud de aventuras perseguían un sueño; cuadraba pues a su audacia que ese punto impreciso fuera una cumbre.

El calor del trópico les ponía fuego en los ojos y en las almas; se diría que los empujaba hacia arriba la fuerza de un infierno.

Para llegar al "Valle de los Alcázares" Jiménez de Quesada había sentido en sus nervios, las precipitaciones del rojo Magdalena, Belalcázar, el fundador de Quito, Guayaquil y Popayán, lleno de oro y de poder, traía desde el Ecuador la develación de las secretas fuerzas del Orinoco; y casi al mismo tiempo, Nicolás de Friedermann, con sus huestes rotosas y hambrientas acometía la fantástica azaña de atravesar los páramos intransitables de Sumapaz, saturándose de montañas, de nubes bajas y de nieves eternas. Sin que los tres capitanes lo supieran, estaban movidos por el índice del destino para llegar a un mismo punto. Marca-

ban en su marcha hacia lo desconocido. "Las tres rutas milagrosas" de que habla Luis Enrique Osorio.

Cada uno soñaba con llegar "más bien y mejor" al final de la ruta imprecisa. La suprema ansiedad de triunfo y de dominio les hacía ir venciendo lo imposible como dioses. Ninguno flaqueó; iban poseídos de la misma fuerza: llegar a la cumbre; palpar la gloria con las manos, apretarla dentro de sus puños y dominarla sobre toda la inmensidad de la selva ululante y bravía que quedaba debajo. Eran tres tigres en celo de gloria que, sin saberlo, debían encontrarse frente a frente sobre la meta, para seguir como hasta allí disputándose la presa a punta de espadas y a aullidos de lobos.

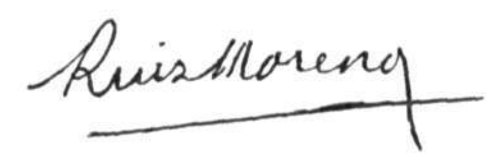
En medio de un continente sin ley, inmune al predominio y el crimen, el encuentro presagiaba una tragedia. Pero, la grandeza de las cumbres suaviza las pasiones; desde arriba los ojos miran a lo lejos y el espíritu se ensancha. Belalcázar, renuncia al botín porque no quiere que se diga que sus soldados han peleado por oro. Y, aquellos superiores aventureros, como a horcajadas en la Cordillera, deponen sus pasiones, se abrazan y labran la primera página de unionismo latino en la cual las generaciones futuras han de encontrar el ejemplo y el símbolo que guía hacia la verdadera hermandad de América.

LAS DOCE CHOZAS SANTAS DE BOGOTA

Jiménez de Quesada hace arrancar algunas yerbas, desenvaina su espada y a caballo, lanza el reto de desafío; pide que le contradigan en sus designios. Y ante el sumiso silencio de españoles y nativos, deja fundada la ciudad de Santa Fe de Bogotá y el reino de Nueva Granada; era el 6 de agosto de 1538.

En seguida se oficia la primera misa en una choza; es el mismo lugar que hoy ocupa la Catedral de Colombia. A continuación, el conquistador, manda construir doce chozas en honor de los doce apóstoles cristianos y ese homenaje es el principio remoto de la tradicional y pintoresca ciudad bogotana que admiramos hoy al pie de los imponentes cerros de Guadalupe y Monserrate, cimas que las nubes reclamen constantemente como sumisas a su majestad.

Son los mismos cerros simbólicos, entre los cuales, trescientos años después, el águila del trópico, Simón Bolívar, asentó su nido de gloria y de muerte; las mismas cumbres desde donde el Libertador lanzó su postrer y desesperado grito en procura de evitar la anarquía y el desmembramiento de la gran Colombia; "Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro".





SI en la mañanita todo resurge y revive, en el mediodía del campo arado, todo se completa, se llena, se perfecciona, se redondea. Es el triunfo de la luz y de la línea; es el contenido, el alma del campo mismo, que brota de todas las cosas y les presta una serenidad augusta del mediodía. El sol se hunde en el paisaje sin hacerle daño ni sombra, repartiendo en todas sus partes una equitativa porción de tibieza y de claror. La diafanidad de la atmósfera, ensancha el espacio, aleja los árboles, amplía la llanura, dilata el horizonte, aplana la planiforme pampa, personalizando cada detalle. Nada se mueve, ni agita, como si el raudal luminoso aprisionara la copa de los árboles, detuviera la rueda de los molinos, acostase los animales, acamara el sembrado, enjaulando a los pájaros y poniendo sordina al ruido y freno al movimiento. Hay en todo el campo arado un sopor, una soñolencia, una inmensidad desesperantes, y tanto se abre y amplifica el espacio, que la mirada se resiste, teme alcanzar el horizonte. El espíritu se abandona en la soledad perdido como un punto miserable en medio de la pampa y dentro del mediodía, que hace del campo arado una llanura infinita, caliente y radiante, donde todo el paisaje, mudo y sereno, habla de su alma, con la voz oculta, misteriosa y extraña de las cosas.

Por AMILCAR RAZORI

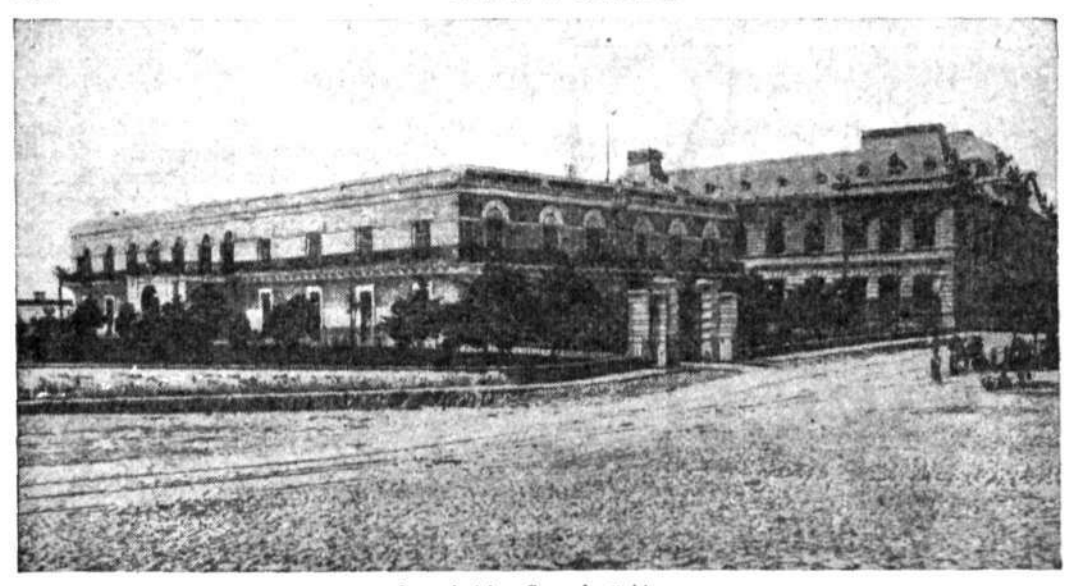
▼

Dibujo de Batlle

Y el rancho, con el verde de su raído sauce acaricia el alero, es un puerto que nos acoge y nos protege. Bajo los paraísos, los bueyes echados rumian lentamente, agitando despaciosos, sobre el lomo, su cola, volviendo, de rato en rato, su testuz para ahuyentar los tábanos más hábiles que posaran en la cerviz indefensa. Los perros, estirados cuan largos son, dormitan plácidos: uno sale del rancho, relamiéndose, llega hasta la sombra del sulki inclinado sobre las varas, da una vuelta y se echa perezosamente. En el corral, que exhala el hedor de su légamo, los chanchos descansan, arrullados por el suave runrún del mosquerío, que vuela infatigable dorando al sol sus alas. Y junto a la troja y en el rodal del patio, las gallinas, semiacostadas hacen con sus alas y patas un lecho de tierra, y encrespando sus plumas, reposan unos instantes.

El bochorno de la siesta, soñolienta, pesada y muda, se inicia. La claridad del mediodía se ha enrojecido un tanto y el aire caliente gravita aun más sobre las cosas. De la tierra sube un vapor, que pone puntas de fuego en los párpados y quema el respirar. Los objetos y los animales reposan cansados, fatigosos. El campo se estira uniformemente presionado por la hora. Sobre la superficie, a ras del suelo, el vapor que se eleva, mueve en espiral un suave telón de imperceptible gelatina blancuzca, que esfuma las sembraduras. Por los caminos sedientos, desolados, nadie va: sólo a ratos cruza, de uno a otro flanco, fugaz, la iguana serpenteante, que por momentos se para sobre el lomo de la huella, para elevar al cielo su fina cabecita de estilete. Los pájaros han huído, apagando sus voces. Sobre un poste de la troja osténtase la bolita negra de un nido de caseros. Por la puertita aparece su dueño, mira el campo y penetra rápido. Todo rezuma sopor y quietud, al impersonalizarse en el bochorno de la siesta, cuando el paisaje mudo, sereno y caliente, habla de su alma, con la voz oculta, misteriosa y extraña de las cosas.

AMILCAR RAZORI



La primitiva Casa de Gobierno.

La primitiva Casa de Gobierno por donde pasaron cuatro grandes presidentes: Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca

Por

Félix Lima

El viejo Melitón Maldones abrió la puerta de su escritorio, puerta que cayó horizontalmente como puente levadizo de castillo feudal para dejar al descubierto decenas de cajones, cajoncitos y recovecos, algunos con secreto, y, de uno de aquéllos exhumó una fotografía que había sepultado en ese camposanto de recuerdos y de reliquias de cosas y hombres idos.

—Aquí está, medio amarillenta, ¡también!, hace rato que no la saco para ventearse. La tengo y la conservo para mi nieto Cesáreo, mocito muy dado al estudio de lo histórico argentino, y por cierto que la guardo bajo doble llave, oro en polvo para mí; pero me alegra facilitársela a "Caras y Caretas", con destino al número patrio de este 9 de Julio de 1938. Siéntese. ¡Cirila!

—Señor...

—Unos mates, mujer, cebá sobre el tambor ¿querés? Don Bernardo de Irigoyen, a quien conocí y traté, decía, que cuando se encaja la carreta de la memoria, unos dulces o margos, al punto la sacan del mal paso, y la azotea craneana del más castigado por los años, queda igual que la de uno de veinte; y como yo ya voy para los ochenta...

—Bien llevados, don Melitón — apuntalo.

—Tal vez... Bueno, ¡al grano! ¿Y el mate, Cirila?

—Va, señor.

—Ahora, un poco de historia vista, que no es lo mismo que historia narrada o escrita. Y vaya tomando nota para su "Caras y Caretas".

—Lo espero, lápiz en mano, don Melitón.

—De la manzana en que estaba emplazado el viejo Fuerte, el colonial, solito fué edificada su mitad norte al construirse la Casa Rosada o de Gobierno, ¡Un momento!

—Y dos, también, señor Maldones.

—El presidente Sarmiento dispuso que la pintaran de rosado, y desde entonces los porteños la conocemos por Casa Rosada. ¿Había quedado?... Este...

—Que sólo fué edificada la mitad norte...

—¡Cirila! ¿Y los mates, mujer? Aquí tiene usted una fotografía de la primitiva Casa de Gobierno por la que pasaron cuatro grandes presidentes, Mitre, porteño; Sarmiento, sanjuanino; y dos tucumanos: Avellaneda y Roca. ¡No me la vaya a perder! Oro en polvo para mí, pertenece al acervo de mi nieto Cesáreo. No era un edificio suntuario ni mucho menos, pero los porteños de otrora la queríamos en su modestia primitiva. ¿Sabe quién era gobernador de la provincia de Bue-

nos Aires cuando demolieron el viejo Fuerte, el colonial?

—¿Obligado?...

—Sí, don Pastor Obligado, en 1853, siendo gobernador de la provincia de Buenos Aires, fué autorizado por la cámara de representantes, para proceder a la demolición del Fuerte, y Roca, durante su primera gran presidencia, en 1882, ordenó la demolición de la Casa de Gobierno primitiva, es decir, de la que se levantó en el lugar que ocupó el Fuerte. ¡Ahora, sí, Cirila, que no se me va a empantanar la carreta de mi memoria patria! Yo amargo, ¿y usted, don?

—Dulce, ni a los postres, señor... — sentenció.

Durante aquellas presidencias de rango, de la mitad restante de la manzana de referencia, se ocupó el angulo S. O. para levantar en él la primera casa de Correos y Telégrafos que tuvo esta ciudad, la que fué inaugurada, ¡espérese!... sí, el 29 de enero de 1873, y de la que disfrutó muy poco tiempo, pues la reedificación y ensanche de la Casa de Gobierno la comprendió en su totalidad y el Correo hubo de volver a ocupar la que abandonara al trasladarse a la propia. El Correo, le agrego por mi cuenta, fué nacionalizado en 1814, y muchos años después, en 1862, recibió el nombre de Dirección General de Correos de la República. No me vaya a perder esta fotografía, oro en polvo, para mí, y posiblemente, "número único".

—Señor...

Si garabatea unas líneas sobre la fotografía que facilito, no olvide de decir que en ella aparece, a la derecha, la primera Casa de Correos y Telégrafos, precisamente, la que la reciente demolición de una parte de la actual Casa Rosada, la que apunta al sur, reclamada por el ensanche de la bajada de la calle Victoria, vista y aire para el monumental edificio del Ministerio de Hacienda, ya terminado en conjunto.

—Se hará constar.

—Y no olvde, tampoco, de dedicar una línea de recuerdo a los faroles a gas que aparecen festoneando la Casa de Gobierno primitiva, faroles que yo vi parpadear cuando cacheteaba fuerte el viento sudeste, y otra línea de añoranza para el viejo empedrado, el de punta, que si uno iba en coche, el vehículo semejaba botella que la enjuagan, coctelera que la sacuden. ¡Cirila!

—Señor...

—Una ginebra para ir asentando los amargos.

Y la puerta del escritorio arcaico, puerta a modo de puente levadizo de castillo feudal, volvió a su posición perpendicular.

—Ginebra... ¡Con bebida blanca se humedeció la campaña del desierto! Roca, Lavalle, Bernal, Luis María Campos...

Félix Lima

UNA PROCLAMA DE LA MADRID



Crisis de vida o muerte fué la de 1820 para la República. Hacía casi un mes que Belgrano desapareciera, amargado en sus últimos instantes por el dolor de la Patria. El Gobierno Provisorio, al nombrar jefe del ejército a don Gregorio Aráoz de La Madrid, encontró la justa medida para remediar tantos males. Este es documento probatorio de las energías puestas al servicio del país por el gran tucumano.

Argentinos: Según decreto de hoy del Gobierno Provisorio, la patria está en peligro; y todo habitante de este gran pueblo está autorizado para armarse, con el objeto de sostener el orden público y cuidar de que sus garantías individuales no sean atropelladas por cuatro ambiciosos. Todo el pueblo está en alarma, y nuestros hermanos de la campaña son arrastrados contra su voluntad, abandonando sus quehaceres para apoyar las miras ambiciosas de unos pocos. En estos momentos solemnes invita el general que subscribe a todos los verdaderos argentinos, y a los amigos de la libertad que quieran sostener su dignidad y el lustre de su nombre, a que se le presenten voluntariamente en el Fuerte. Aunque no estoy autorizado para ofrecer ningún premio a los que se presentaren a sostener conmigo los derechos y la libertad del pueblo y de la Provincia, puedo sin embargo aseguraros que ni el gobierno ni la H. Sala de Representantes, dejarán sin recompensa el servicio que vais a prestar. Compatriotas: La pureza de mi patriotismo, de mi amor a la libertad, y de que no tengo, ni tendré en mi vida, otra aspiración que la de sacrificarme por la felicidad y ventura del último de nuestros pueblos, os son bien conocidas. Fiad, mis amigos, en la promesa de un soldado que jamás faltó a su palabra, y que perecerá mil veces antes que traicionar vuestra confianza, y que es y será vuestro mejor amigo. — *Gregorio Aráoz de La Madrid.*

Buenos Aires, julio de 1820



Regalos recíprocos

Yo fuí padrino de cuatro criaturas, inclusive la hija de Mariano Rosas. Poco tenía para obsequiar a mis ahijados y ahijadas. Pero como cuando hay deseo y buena voluntad nunca falta algo con qué manifestarlo, con todos ellos quedé bien.

Deshicimos el altar, guardamos los ornamentos y en seguida nos fuimos al toldo de Mariano Rosas.

Nos esperaba con el almuerzo pronto.

Estaba plácido como nunca.

—Ya somos compadres, hermano — me dijo: — ahora usted dirá cómo nos hemos de tratar.

—Compadre — le contesté, — como antes, no más, de hermanos.

—Es lo mismo, le doy las gracias — repuso, y dirigiéndose a los frailes, añadió: — ¿Muchos cristianos ahora aquí, eh?

—Es verdad — le contestaron. — ¡Dios los ayude a todos!

Sirvieron el almuerzo, almorzamos y nos despedimos para retirarnos.

Yo antes de salir le dije a mi compadre:

—Esta tarde acabaremos de conversar.

—Cuando guste — me contestó.

Iba a salir del toldo; me llamó y sacándose el poncho pampa que tenía puesto, me dijo, dándomelo:

—Tome, hermano, úselo en mi nombre, es hecho por mi mujer principal.

Acepté el obsequio, que tenía una gran significación y se lo devolví, dándole yo mi poncho de goma.

Al recibirlo, me dijo:

—Si alguna vez no hay paces, mis indios no lo han de matar, hermano, viéndole ese poncho.

—Hermano — le contesté, — si algún día no hay paces y nos encontramos por ahí, lo he de sacar a usted por esa prenda.

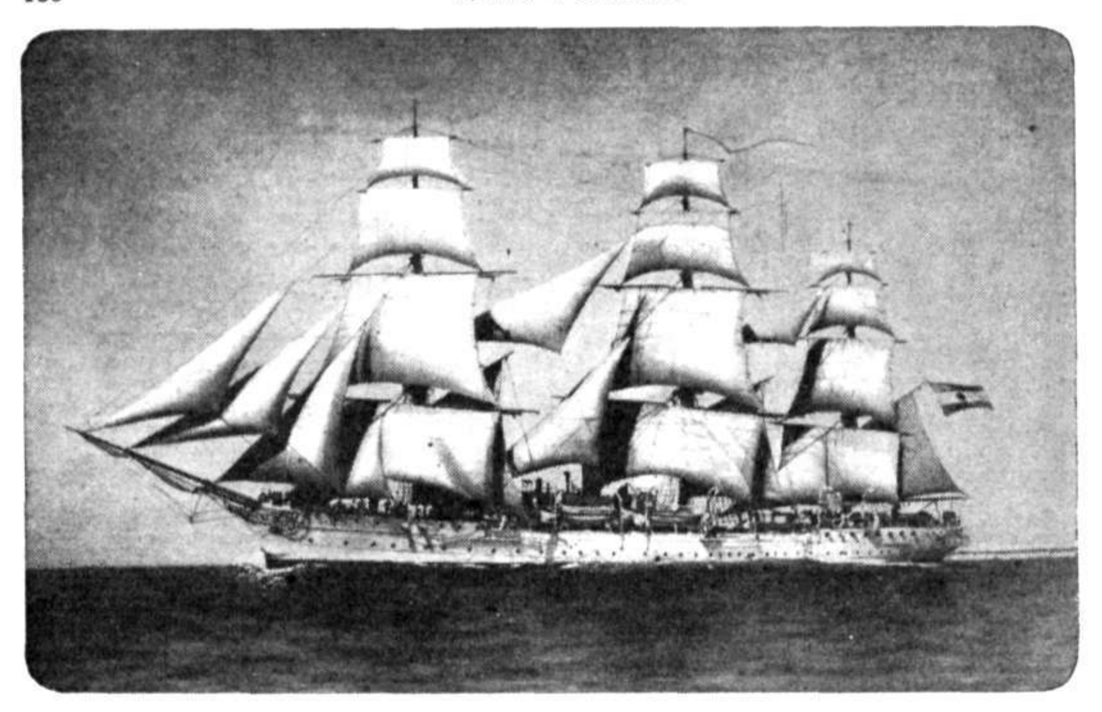
La gran significación que el poncho de Mariano Rosas tenía no era que pudiera servirme de escudo en un peligro, sino que el poncho tejido por la mujer principal es entre los indios un gaje de amor, es como el anillo nupcial entre los cristianos.

Cuando salí del toldo y me vieron con el poncho del cacique, una expresión de sorpresa se pintó en todas las fisonomías.

La gente de "palacio" se mostró más atenta y solícita que nunca.

¡Pobre humanidad!

LUCIO V. MANSILLA



La "Sarmiento" lleva hasta los últimos confines del globo la clarinada augural de todo un continente

Así dice "El Diario", de La Paz, Bolivia, en un emocionado comentario sobre nuestra gloriosa nave, que firma Fra Moreale

En una reciente edición de "El Diario", de La Paz, Bolivia, hallamos un comentario sobre la fragata "Sarmiento", que firma Fra Moreale y que gustosos reproducimos en estas páginas, por la suave emoción con que ha sido escrito y por los bellos conceptos que lo han inspirado. Trasunta este comentario de Fra Moreale una nueva prueba de la solidaridad que preside las relaciones entre los pueblos de América, para los cuales los acontecimientos de cada país tienen, en los otros, ecos propicios de amistad y de comprensión recíprocas. Y es también en homenaje a estos sentimientos, compartidos y estimulados por nosotros, que honramos nuestra revista con el hermoso artículo del mencionado colega boliviano. Dice así:

LA "SARMIENTO"

"Existen sucesos internacionales que para nosotros tienen una enorme trascendencia, ya que ellos pertenecen al mundo, en nuestro concepto, y no son patrimonio de ciertos pueblos, sino de la humanidad misma. Por otra parte, como en las áureas leyendas milianochescas, nos llevan amablemente por los risueños caminos de la evocación, poniendo sobre la hosquedad de la vida diaria el milagro de las proezas épicas del pasado y la profunda sugestión de todas las acciones bellas y legendarias. Hace algún tiempo, al comentar que en Noruega se había lanzado al mar el velero más grande de la tierra, montados en el pegaso de los cascos de oro de la fantasía, nos fuimos en esa nave por los caminos fosforescentes de los navegantes a vela de todos los tiempos, viviendo por consiguiente horas de inusitada belleza y de profunda sentimentalidad. Hoy queremos, con la misma emoción de entonces, referirnos a la fragata "Sarmiento", el buque-escuela de la Argentina, que, después de haber dado la vuelta al mundo treinta y ocho veces, se ha llamado a un glorioso y merecido descanso.

Un día — pasan muchos años, — cuando las más grandes naciones del orbe apenas si tenían conceptos muy rudimentarios de la potencialidad de los países americanos, una gallarda nave blanca, ostentando la bandera de paz que hizo flamear San Martín en las cumbres de los Andes, ancló en todos los grandes puertos y ante el asombro de esas razas, que nos tenían a menos, demostró que en América existían naciones poderosas que en su despertar, anun-

ciaban un porvenir sencillamente grandioso. Desde entonces, los coolíes de Hong-Kong, como los malayos de Singapur; los rubios atletas de Bergen, como los pálidos pescadores de Sakalín; los hombres de ojos azules del Támesis, como los alegres celtas de Marsella, y, en suma, todos los hombres de mar, de todos los pueblos, aprendieron a amar y venerar a esa nave, que en la bandera argentina llevaba hasta ls últimos confines del globo terráqueo, la clarinada augural de todo un continente. De ahí decimos, que por su labor cultural, ese bello símbolo que encarna la gallarda nave, no pertenece solamente al pabellón del cielo y de la nieve, sino que es también un símbolo de la grandiosa y bella Amerindia.

La "Sarmiento", recibida hace poco, jubilosa y triunfalmente, no volverá ya a surcar los mares, no obstante de que aun se halla gallarda y fuerte. Le espera el ocaso junto a las aguas bituminosas y quietas de las dársenas pobladas de rumores y hasta la cual llegarán siempre las nuevas generaciones con veneración y amor. Pero, ¡cómo sufrirá ese albatros acostumbrado a la lucha! ¡Cómo sentirá la inmensa nostalgia de los bravíos huracanes cantando el valor en sus jarcias, el beso rumoroso de las grandes olas en sus flancos floridos, el embate de su proa en los grandes huracanes y todo aquello — sol, viento y yodo — que es el encanto del mar. Su destino es reposar en el silencio de la ribera asombrada. Empero, nosotros, adentrándonos en el alma de la nave, pensamos que quien sabe ella habría deseado reposar en el fondo de los mares. En ese inmenso y admirable cementerio adonde no llegan ni llegarán nunca las pasiones y las infamias de los hombres.

Una poderosa nave de guerra, recientemente construída, será en el futuro la escuela de la juventud marinera de la Argentina. Así lo dispone el tiempo y las circunstancias. Pero estamos seguros que los nuevos grumetes y oficiales, a bordo de ella, sentirán — aun sin haberla conocido — la inmensa angustia y nostalgia de la "Sarmiento". Y es que ella es la tradición vívida de la marina argentina y, sobre todo, de la navegación a vela. Y, al decir de la navegacinó a vela, nosotros recordamos los días de oro, las luchas audaces, desde aquellos tiempos en que los nautas de Sidón y Tiro, se adentraron en el misterio de los mares brumosos; de los vikingos de ojos azules y melenas leonadas, de las flotas de Salomón en pos de Ofir y de Golconda y, en suma, de todos los grandes marinos que entre el acordeón del grumete y la canción del viento en las velas y jarcias, fueron arando sobre las aguas de todos los mares, hasta el día en que en sus modestas hamacas y con una bala en los pies fueron a descansar para siempre y dulcemente junto a la tumba coralífera del Capitán Nomo.

Se va, después de haber dado la vuelta al mundo treinta y ocho veces, la gallarda nave argentina. Con ella se va un bello trozo de la historia naval de la república del Plata. Se va un libro de emociones, que han leído muchas generaciones, y se va, y esto es lo doloroso, un paladín más de la navegación a vela. Angustia y duele, aun cuando enorgullece la trayectoria magnífica de ayer.

Relojes de sol


Cuadrante solar del siglo XVIII, encontrado en la antigua chacarita de los franciscanos.

HABLEMOS de dos cuadrantes históricos, uno desaparecido, otro en uso, hechos ambos por los hermanos de todas las cosas: los padres franciscanos.

Fué el primero en importancia y antigüedad el cuadrante que, en tierras de la chacarita de los franciscanos — Pavón, Tarija, Quintino Bocayuva y Yapeyú — construído durante el año de 1768.

Señaló los días del renacimiento argentino: las invasiones británicas, el 25 de Mayo, el 9 de Julio y todas las fechas victoriosas.

En 1901, año infeliz para la gloria histórica del venerable reloj, estaba como lo reproduce nuestro fotograbado. Las construcciones modernas habían destruído todo a su alrededor. Vigas carcomidas, tejas rotas, latas abolladas y otros despojos le daban guardia de honor. Firme aún, mirando frente a frente al norte, desde su pilar de 3 metros 60 centímetros, aquel cuadrante de barro cocido desafiaba al tiempo, acompañado de sus cuadrantitos gemelos.

Hoy ya nadie sabe dónde fué a morir.

El segundo reloj, o triple cuadrante, casi idéntico al finado, existe todavía en el patio de San Francisco. Fué obra del padre Alegre.

Está fechado en 1802 y, más dichoso, señaló los días de nuestras conmemoraciones centenarias. El cuadrante del padre Alegre, como se llama, ha visto el sol de este 9 de Julio.


Cuadrante solar del año 1802, llamado del padre Alegre, existente en el patio principal de San Francisco.

Así eran aquellos padres...



EL coronel Lorenzo Lugones nació en Pampallagta, curato de Soconcho, jurisdicción de Santiago del Estero, el 10 de agosto de 1796. En unas breves pero ejemplares memorias refiere cómo, a la edad de catorce años, fué incorporado, a instancias de su padre, don Germán, a las filas del ejército auxiliar enviado por la Junta revolucionaria al Alto Perú.

Fué agregado a la comitiva del general en jefe, don Francisco Ortiz de Ocampo e iba bajo la protección del doctor Vicente López y Planes, el más preclaro y digno de los hombres de aquellos tiempos.

Muchacho al fin, Lorenzo Lugones, seducido por aquel mundo brillante e inusitado que se abría ante sus ojos — y lo anota en sus hoy casi olvidadas memorias... — parece ser que olvidó de escribir a su padre.

Fué entonces, cuando, en Tucumán, a las tres jornadas de la partida, recibió de don Germán esta carta que todos los padres argentinos debieran conocer de memoria...

"Mi querido hijo — le escribe. — Por el dragón Sustaita que acaba de llegar a ésta con las comunicaciones del general y por la que me escribe el Secretario, he sabido que llegaron buenos; mucho me alegro que hayan sido tan bien recibidos en ésa; pero me ha sido muy sensible que no me hubieses escrito teniendo tan buena proporción; esta omisión no tiene disculpa y sin embargo te lo dispenso con tal que no vuelvas a cometer otra igual falta. Con el alférez Zeballos, que conduce los equipajes del cuartel general, te remito tu cama y la ropa militar que recién ayer la han concluído de coser: los adjuntos papeles contienen dos cosas esenciales para ti: primero, la fe de bautismo acompañada de los certificados de tu buen origen, requisito necesario para ser admitido en tu clase, no obstante que, la genealogía del militar está en la foja de sus servicios y los ascensos obtenidos con suficientes méritos, son los verdaderos títulos de su linaje, el segundo es un credencial tomado razón en esta tesorería y librado a la Comisaría del ejército, para que te abonen la onza mensual que te asigno según ordenanza, hasta que llegues a ser oficial Te advierto que vas formalmente recomendado a mi amigo el secretario de guerra, doctor don Vicente López y Planes, al Intendente del ejército y al mismo General en Jefe para que ocurras a ellos cuando te sea necesario, teniendo cuidado de no molestarlos a manera de un niño majadero, especialmente al Secretario que ha de hacer mis veces contigo; adviertе pues que ninguna recomendación puede servir sin el acompañado de una buena comportación; te prevengo que en todo caso el honor es lo primero y habiendo de elegir un partido entre la muerte o la deshonra, no se debe trepidar en abrazar lo primero.

No te entristezcas por nada, ni te intimides; desecha con valor despreocupado toda idea, todo pensamiento que no esté de acuerdo con el honor y los principios; piensa alegremente en las glorias de la patria y en su venturoso porvenir, mientras yo, pensando en lo mismo, ruego a Dios por ti. Tu madre y tus hermanas quedan buenas con el consuelo de que a la vuelta de un tiempo y no muy tarde, volveremos a verte. Tus condiscípulos de clase están envidiando tu suerte; Dios te la depare buena y te dé todo acierto para que al fin la patria tenga algo que agradecerte; sírvela como Dios manda, id en vuestro paseo militar con las bendiciones del cielo y las de este tu afectísimo padre".

La vida del coronel Lorenzo Lugones estuvo dedicada por completo a la patria. Figuró en los cuadros de oficiales que lucharon al norte del país, falleciendo en Tucumán el 20 de enero de 1868.

"Fué el primer papel escrito que tuvo interés en guardar, — dice en las aludidas memorias, — y cada vez que me acordaba de mi padre, sacaba de entre mis papeluchos la carta para leerla tres o cuatro veces, hasta que llegué a saberla de memoria...".

Pasado internacional argentino

Por VICTOR LASCANO

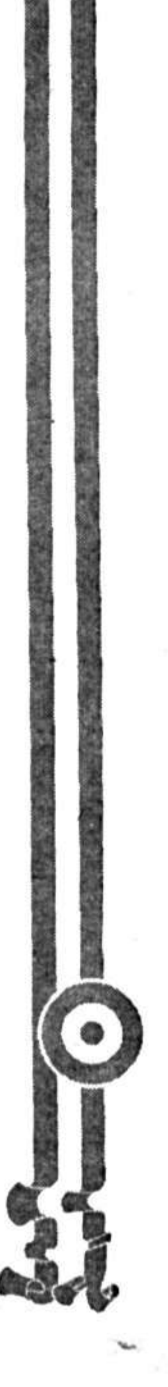


TODA evocación es una síntesis: síntesis de la fantasía en contacto con la realidad.

No como fantasmas vengadores, sino cual espiritus tutelares, se alzan en alineada teoría del fondo del pasado y del cuadro de la historia internacional de la República — todavía reciente y aun no escrita — las figuras próceres de sus ministros de Relaciones Exteriores, inspiradores directos de la política argentina y las de aquellos que, en otros planos, contribuyeron también a asentar sus bases y definir sus orientaciones en el período de su trabajosa formación.

Su obra difícil no fué estéril.

Debemos estudiarla con atención e investigarla con



esmero, para desentrañar el generoso idealismo que nutrió su "alma mater"

Rufino de Elizalde — el primero en el tiempo, — inteligencia concreta, sin ampulosidad, hombre de estado a la inglesa; formula con claridad los fines del país en la guerra impuesta por el dictador del Paraguay; enuncia principios prácticos de panamericanismo en su célebre nota sobre el tratado continental.

Mariano Varela — cruzado caballero del ideal hasta el ocaso de su vida, — hijo de aquel ilustre mártir de la tiranía que selló con su sangre su vocación por la libertad. Concurre a la formación del primer gobierno provisorio del Paraguay, surgido después de la derrota; escribe la famosa frase "la victoria no da derecho", es decir, el veredicto de las armas no sanciona por sí solo la legitimidad de los límites.

El vencido será admitido en igualdad de condiciones en los estrados del vencedor; si sus títulos son mejores, serán reconocidos.

El derecho de la fuerza no es la fuerza del derecho.

¡Bella doctrina romántica, aplicación del derecho puro!

Carlos Tejedor, espíritu inflexible, recto y probo. Algo dado a la quimera, conserva la rigidez del unitario que desdeña la enseñanza de los hechos.

No se inclina a las concesiones; cuando una idea lo posee, no la abandona jamás. Parece decir: que se salven los principios aunque perezca la República.

Su poca ductibilidad fué, sin embargo, firmeza.

Era necesaria porque a la acción internacional le faltaba nervio y energía; y con intrépida decisión proclama en 1874 que, "con tratados o sin ellos, el gobierno argentino terminaría todas las cuestiones internacionales por el arbitraje".

Bernardo de Irigoyen — equilibrio, sensatez, moderación, prudencia.

Puño firme en guante de terciopelo.

Sabe calcular la resistencia del adversario; conoce de antemano hasta dónde llegará.

Sus réplicas son hábiles jugadas de ajedrez; elige sus posiciones en el tablero; con certera intuición percibe los movimientos de las piezas contrarias y se apresta sereno a dar el jaque inevitable.

Domina el arte de conciliar antítesis, de armonizar antinomias, de suavizar diferencias, de preparar la transacción. Fué así como arregló las más importantes cuestiones de límites con países vecinos.

Y cual lábaro de largo y continuo itinerario, lanza a los vientos su lapidario apotegma jurídico, que condena las guerras de conquista como apuestas y anacrónicas a la civilización de América.

Zeballos, Quirno Costa, Montes de Oca, Murature...

Mitre, Sarmiento, Alberdi, forjadores de la nacionalidad.

Avellaneda, Pellegrini, Quintana, Rawson, estadistas de amplia visión intelectual.

Sáenz Peña, Drago, constructores de doctrina.

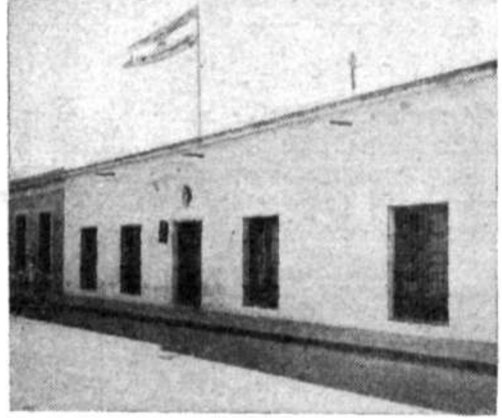
Presidentes y ministros, pensadores y soldados soñaron con una Argentina grande y respetada por las irradiaciones de su espíritu.

Que las generaciones actuales no olviden su patriótico anhelo.

VICTOR LASCANO



La ruta automovilística Nº 9.



La histórica Casa del Acuerdo, en San Nicolás.

Un "weekend" re ruta automovi

□ *Por LOLA PITA*

La vasta red caminera felizmente emprendida por nuestro país, desde hace pocos años, empieza a dar sus frutos que se traducen en riqueza de todo orden.

Riqueza material en el sentido del dinero que deja el viajero en las localidades por donde pasa; riqueza económica, por el transporte de mercaderías, por la facilidad de las comunicaciones; riqueza por valorización de las tierras cruzadas por caminos; riqueza espiritual por la cultura que produce el conocimiento de todos nuestros pueblos, antes aislados de la capital. Si bien todo el país estaba vinculado por la red ferrocarrilera y por los medios aéreos de comunicación y de transporte, no se iba generalmente a las localidades del interior como no fuera en circunstancias especiales: un veraneo, un negocio. Los caminos de asfalto nos llevan hoy simplemente de paseo, en un amable rodar veloz y suave que nos permite alejarnos mucho sin cansancio, con economía, deteniéndonos donde hay algo que ver.

Nuestros *weekends* empiezan a dilatarse más allá del Tigre. Ya puede el dueño de un modesto auto aprovechar su sábado y su domingo en un paseo tan agradable como instructivo para la familia, echándose a correr por la ruta automovilística Nº 9, que lo conduce a Rosario y por continuación a Santa Fe y Paraná. El camino es una cinta de infinito, sobre la pampa abierta donde se asienta la gran riqueza del país. Monótona planicie sembrada de pastos de engorde, haciendas cuyas carnes se disputa el refinado paladar europeo; escuelas donde se acriolla el hijo rubio del checoslovaco.

La ruta automovilística Nº 9 nos permite conocer ciudades importantes del interior, como Pergamino y San Nicolás, bañada esta última por las aguas del Paraná. San Nicolás de los Arroyos, situada en el deslinde de la provincia de Buenos Aires, tiene prosapia histórica. Su *Casa del Acuerdo* es un poderoso atractivo para el turista que gusta saborear las cosas del pasado. Recientemente abierta al público en calidad de Museo, la Casa del Acuerdo representa el momento más constructivo de nuestra organización nacional. Por sí sola constituye un motivo de viaje, digno del mayor interés. Pocos kilómetros más al norte, el arroyo del Medio nos indica que ha terminado la dilatada pampa bonaerense y que empezamos a cruzar la rica tierra santafecina. Es el último tramo del camino que nos conduce a Rosario. Hemos empleado cinco horas para llegar a la segunda ciudad de la República.

Rosario siente ya el impulso de su camino flamante.

Rosario siente ya el impulso del camino calles circulan muchos automóviles de chapa forastera. Los garages, principalmente los de los hoteles, están atestados de coches de Buenos Aires. Esto es riqueza líquida y valor de intercambio, porque análogamente en Buenos Aires, tenemos hoy circulando cientos de chapas rosarinas. Ningún abrazo más sólido entre nuestros pueblos que el que establece un camino de asfalto.

Ojalá pronto todas las provincias y hasta las



Vista aérea de Rosario.

más remotas gobernaciones, se vean igualmente enlazadas a nosotros por vínculos análogos. Entonces comenzaremos a pedir que nos enlacen en la misma forma con los países vecinos y toda América estará surcada por arterias asfálticas que nos permitirán visitarnos, querernos y parecernos. (Este es el único lado malo del asunto: la fusión borra las diferencias regionales y el

comendable o la lística número 9

M A R T I N E Z □

color típico se atenuará. Pero desde que el hombre ha inventado la supresión de la distancia, ese es el destino de todos los pueblos de la tierra).

Volvamos a Rosario, adonde nos ha conducido la ruta automovilística Nº 9 durante nuestras pequeñas vacaciones de fin de semana. Rosario tiene en pequeño todo lo que Buenos Aires puede ofrecer. No han de faltarle pues al turista comodidades ni diversiones, pero, el viajero no debe dar por terminado su paseo, sin visitar el histórico convento de San Lorenzo situado en las márgenes del Paraná, 26 kilómetros al norte de Rosario por el camino que va a Santa Fe.

La visita al convento y al pino histórico, a cuyo pie descansó San Martín después del glorioso combate del 3 de febrero de 1813, ofrece al viajero una honda sugestión evocativa.

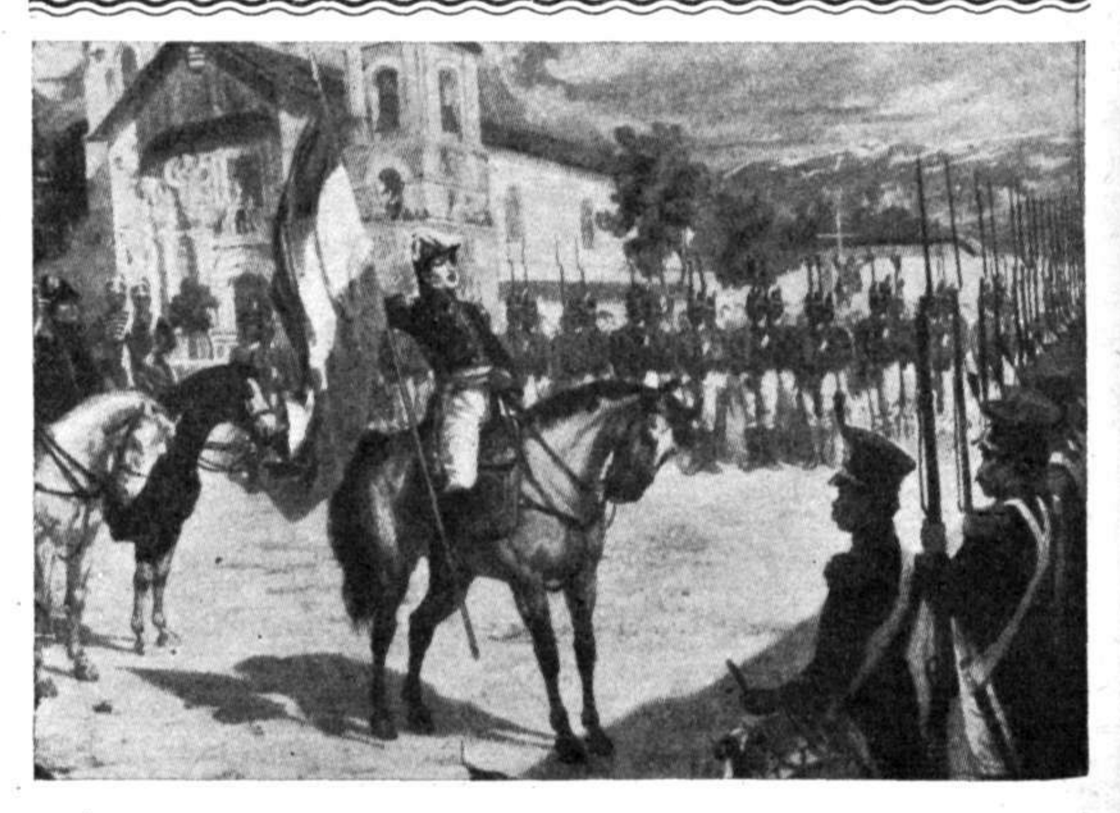
Viejo monumento de la cristiandad en América, se llenó de gloria el día en que el Libertador, entonces coronel de granaderos a caballo, libró batalla triunfal en sus contornos después de haber apostado a sus soldados entre sus muros venerables. Lástima que esa reliquia de nuestro pasado histórico no tenga un cicerone criollo, versado en historia, capaz de subrayar con oportunas referencias sobre el terreno el episodio que le dió realce imperecedero. El convento, en poder hoy como entonces de los virtuosos monjes franciscanos, ofrece restringidas posibilidades evocativas debido a la displicencia con que los sacerdotes extranjeros atienden al viajero que se apea con el corazón henchido de emoción histórica. Y si ese viajero es mujer, tanto peor, porque el hermetismo conventual le impide llegar hasta la habitación de San Martín, debiendo conformarse con mirar una fotografía, colocada al efecto en el zaguán de entrada. Como veis la historia sólo se ha hecho para los hombres.

Bella es la orilla del Paraná a esa altura.

La barranca, elevadísima, cae a plomo sobre el río, formando un alto acantilado. Por allí se despeñaron muchos soldados realistas perseguidos por nuestros granaderos, encontrando la muerte en las profundas aguas. Allí estampó Cabral su nombre en las páginas jóvenes de nuestra historia.

La ruta automovilística Nº 9, expresión reciente de nuestro progreso, es un viejo sendero historiado para el turista que busca en su camino algo más hondo que el placer de andar.

El niño y la escuela



Así fué jurada la bandera argentina

Uno de los soldados de Belgrano, el que más tarde llegara al grado de coronel, Lorenzo Lugones, describe así el instante solemne de la jura de la bandera de la patria:

"Llegamos al río del Pasaje, punto de reunión general para el ejército, donde tuvo lugar un acto solemne, digno de la historia.

" Habiendo formado el ejército en parada conforme a la orden general, se presentó en el cuadro, Belgrano, con una bandera blanca y celeste en la mano, colocándola luego con mucha circunspección y reverencia en un altar situado en medio del cuadro.

" Después proclamó enérgica y alusivamente al ejército y concluyó diciendo: *Este será el color de la nueva divisa con que marcharán a la lid los nuevos campeones de la patria.*

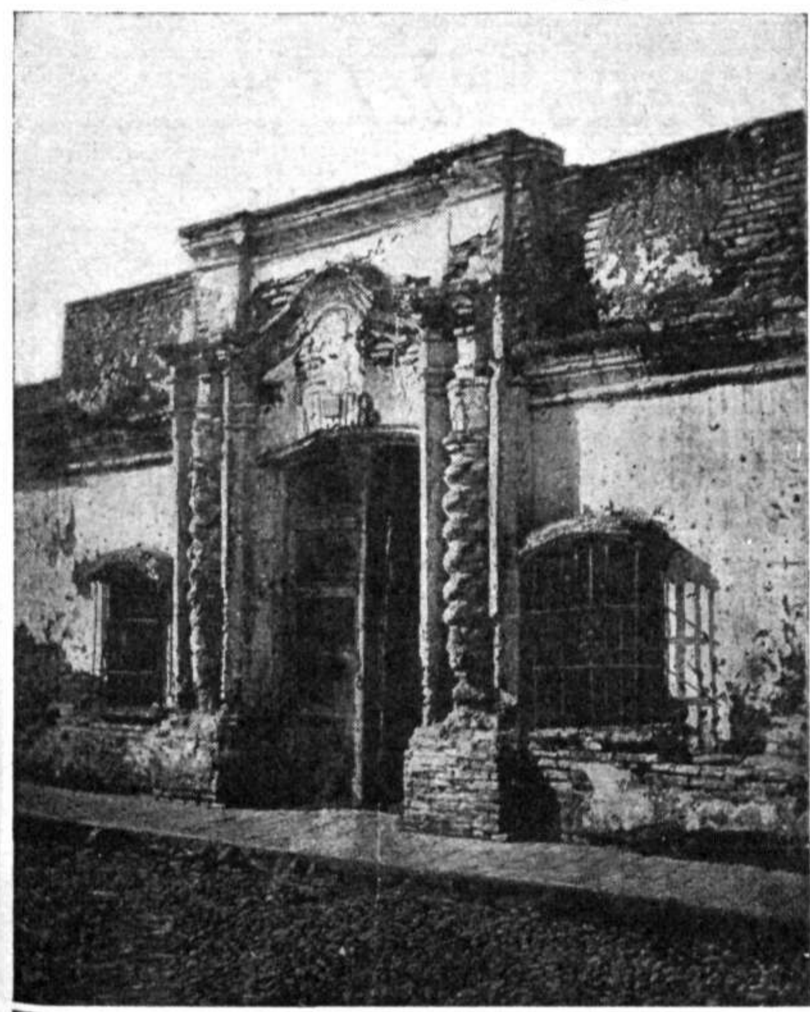
" Esta es, pues, la bandera que flameada por primera vez en el suelo de la patria, a las márgenes de un río memorable, la que improvisada por el genio, renovó, como dice el poeta, *de la patria el antiguo esplendor;* la que llevada luego en triunfo por el heroico Belgrano hasta la cima del Potosí, *conmovió los huesos del Inca en sus tumbas;* ella es también la que traspasando los Andes con San Martín arribó triunfante hasta el Chimborazo, donde Bolívar la saludó reverente.

"¡Oh, bandera de mi patria guerrera! ¡Signo preciso de la libertad, inmortal divisa de la *noble igualdad;* también yo en ese día, yo, acaso el más joven de todos los guerreros de aquel tiempo, en medio de todo un ejército que desfilaba a tus pies, juré, por la patria, vencer o morir!

" El ejército ratificó su juramento besando una cruz que formaba la espada de Belgrano, tendida horizontalmente sobre el asta de la bandera; con este ceremonial concluyó el acto y las tropas quedaron dispuestas para la primera señal de partida.

" A distancia de cien varas del paso del río, sobre la ribera que mira al oeste, a la altura de un elevado barranco, había un árbol que por su magnitud se distinguía sobre todos los de sus cercanías; limpiando una parte de su corteza, hacia media altura de un hombre, en medio de un círculo de palma y laurel, dibujado en el tronco del árbol se grabó una inscripción que decía *Río del Juramento,* y más abajo la siguiente estrofa:

Triunfaréis de los tiranos
Y a la patria daréis gloria,
Si, fieles americanos,
Juráis obtener victoria."



La Casa Histórica de Tucumán

Para 1º y 2º grado



Una síntesis del Congreso de Tucumán



ANTECEDENTES

Al disolverse la Soberana Asamblea, cuyas primeras reuniones se efectuaron en el año 1813, y caído el gobierno del Director Alvear, el gobierno provisorio decidió convocar a las provincias para un Congreso general que debía reunirse en una de las ciudades del interior, descartándose Buenos Aires para satisfacción de algunas provincias que no miraban con simpatía su preponderancia. La Junta de Observación, por medio del Estatuto Provisional, especificó cómo se elegirían esos representantes.

LA ELECCION

Alvarez Thomas, Director interino, invitó a las provincias y les comunicó el Estatuto que dejaba a cada una en libertad para designar a sus gobernadores, regirse por sus instituciones y elegir a sus representantes. Fué dispuesto que Tucumán sirviera de sede al Congreso. Era un lugar equidistante y contaba con la protección de las fuerzas de Belgrano y de Güemes. Con excepción de la Banda Oriental, que respondía al caudillo Artigas, lo mismo que las de Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes, todas enviaron congresales. El Paraguay estuvo también ausente, no así las del Alto Perú.

EL CONGRESO

En los primeros días de 1816 comenzaron a llegar los representantes provinciales a la ciudad de Tucumán. El 24 de marzo estuvieron reunidas las dos terceras partes de la representación, fecha en que se realizó la solemne apertura.

LA ANARQUIA

Alvarez Thomas renunció debido a la anarquía reinante. Todo el Litoral era un caos y en la misma ciudad de Buenos Aires cundió la anarquía y el desconcierto. Los congresales, conscientes del peligro, se apresuraron a designar Director Supremo, y el 3 de mayo lo fué el coronel Juan Martín de Pueyrredón, hombre de confianza, enérgico, respetado por el pueblo y que contaba con la amistad y la confianza de San Martín y Belgrano. La gestión de Pueyrredón fué inmediata. Reorganizó al país, cortó en la medida de lo posible el anarquismo, se impuso a los revoltosos y contribuyó a la creación del ejército que pasaría a Chile para libertarlo de los realistas, alejando así el peligro de su acción sobre nuestro territorio.

LA DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA

Para el 9 de Julio, bajo la presidencia de Laprida, representante de San Juan, el pueblo, hasta el cual habían llegado rumores sobre posibles gestiones para traer un rey al Río de la Plata, se impuso a la asamblea y por medio del secretario se le hizo saber que era deseo general "que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España". Así fué declarado, con el agregado posterior de que también lo serían de toda dominación extranjera.

RESULTADOS DEL CONGRESO



El más inmediato fué el de retemplar los ánimos de la población, desconcertada y alarmada por las luchas partidistas. Reafirmó los anhelos de libertad declarados por los hombres de Mayo y fué, además, el apoyo con que contó el Director Supremo para cooperar con San Martín en la empresa libertadora de Chile y del Perú. La asamblea declaró enseña nacional la creada por Belgrano y, algo más tarde, después de infructuosas deliberaciones sobre la forma de gobierno que convenía al país, se trasladó a Buenos Aires, donde comenzó a sesionar el 12 de mayo de 1817.

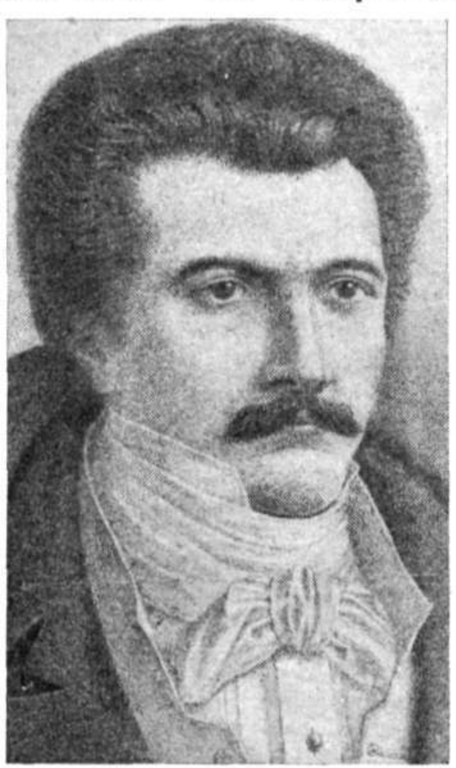
Esquema biográfico del presidente del Congreso de Tucumán don Francisco Narciso de Laprida

Fué hijo de San Juan, en cuya capital nació el 28 de octubre de 1786. Realizó sus estudios en la Universidad de Chile, donde se doctoró en leyes. En aquel país hermano le sorprendió el movimiento revolucionario de septiembre de 1810, que fué una consecuencia de la Revolución de Mayo. Pero, después de una breve actuación, decidió regresar a su patria, pues quería luchar por la Independencia.

En San Juan le correspondió intervenir en el movimiento contra el gobernador Zaraza, llevado a cabo por los patriotas y por el Cabildo, en 1813.

Cuando San Martín inició los trabajos de organización del Ejército que llevaría la Independencia a Chile y al Perú, el doctor Laprida fué uno de sus más abnegados y eficaces colaboradores.

En los comienzos del año 1816, al establecerse el Congreso de Tucumán, le correspondió a Laprida la representación de su provincia, y en el mismo, sus colegas de representación lo eligieron presidente de la histórica asamblea que declararía la Independencia de las Provincias Unidas tanto de la dominación de los reyes de España como de todo otro yugo extranjero disipando, de esta manera, las sospechas de que se proyectaba colocar en nuestro suelo un trono para que lo ocupara un descendiente de los monarcas peninsulares. Laprida estuvo al lado de los que deseaban la libertad total de América, respondiendo plenamente a las inspiraciones de los hombres de Mayo.



Francisco Narciso de Laprida.



Estatua de Laprida, en San Juan.

En 1818 desempeñó el puesto de teniente gobernador interino de San Juan y, luego de la sublevación encabezada por Mendizábal, se le colocó al frente de la gobernación.

En 1824 pasó a Buenos Aires como diputado al congreso que, dos años más tarde, influiría en la constitución del gobierno unitario.

Después de las reuniones de aquella asamblea regresó a su provincia. Allí actuó con su labor patriótica y con su consejo hasta que las persecuciones de los sectarios de Juan Facundo Quiroga le obligaron a refugiarse en Mendoza.

El 22 de setiembre de 1829, cuando la invasión de esta provincia por los hermanos Aldao, cayó en la horrenda matanza del Pilar.

Así terminó sus días este argentino ilustre, que tan eficazmente actuó en las jornadas del año 1816 y del que la patria tenía derecho a contarlo por más tiempo entre sus benefactores.

ERA UN 9 de JULIO...

Por Alberto Pidemunt

El viejito don Zenón
es patriota sin chacota
y es, a fuer de buen patriota,
criollazo de corazón.

Por eso, al conmemorar
una vez la fecha julia,
pretendió, en una tertulia,
lo más típico juntar.

Y, haciendo justos distingos
entre lo propio y lo ajeno,
dijo: "Lo criollo es lo bueno.
¡Nada de cosas de gringos!"

Y se trajo a dos cantores
que lo eran de cepa pura
con la voz y la diablura
de los gauchos trovadores.

Como era criolla la farra
y era criollo el sentimiento,
no permitió otro instrumento
que el más criollo: la guitarra.

El repertorio era estampa
del folklore nacional,
con gorgeos de zorzal
y olor agreste de pampa.

La letra, ya se imagina,
si no es cuadrado, el lector,
que era lo bueno y mejor
de la poesía argentina.

En ambiente nada exótico
la fiesta se realizó
y se cantó y se bailó
con entusiasmo patriótico.

No hubo bronca ni a ninguno
le rompieron el bautismo,
y fué sincero el criollismo
que demostró cada uno.

Pero más tarde y en frío,
y haciendo un examen justo,
don Zenón cachó un disgusto
de padre y muy señor mío.

Pues los cantores con uña
de guitarrero baquiano
eran: el uno, toscano,
y el otro, de Cataluña.

La guitarra, de cadencia
más criolla que torta frita,
tenía la marca escrita
de su origen: de Valencia.

También comprobó después
que el músico, ¡qué frangollo!,
aunque con pinta de criollo,
era siriolibanés.



Y el que brindó la delicia
de una letra de mi flor
del más gauchesco sabor
¡era un hijo de Galicia!

Pasada la humillación
del engaño analizado,
no se sintió defraudado
nuestro amigo don Zenón;

pues lo dicho nos demuestra
que en este bendito suelo
las razas de cualquier pelo
se truecan en raza nuestra.

Alberto Pidemunt

Dibujos de Valdivia



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
DIRECCION, REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES
151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES
TELEFONOS: Unión Telefónica:
Administración. (34) 0924. Dirección: (34) 0925.
Publicidad: (34) 0926. Talleres: (34) 0927.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

Capital: Trimestre $ 2.50 m$n. Semestre $ 5.— - Año $ 9.—
Interior: Trimestre .. 3.— .. Semestre .. 6.— - Año .. 11.—
Exterior: Trimestre .. oro 2.— Semestre $ oro 4.— Año $ oro 8.—
Número suelto en la capital, 20 centavos. En el interior, 25 centavos.
Número atrasado del corriente año, en la capital, 40 centavos.
En el interior, 50 centavos.

Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos de Norte América, Guatemala, Haití, Honduras, Méjico, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. Año $ 5.— oro sellado, equivalente a m$n. **11.35**



No se devuelven los originales ni se pagan colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

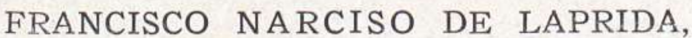
EL ADMINISTRADOR

ARISTIDES RECHAIN



POTENCIA S.A. DE PUBLICIDAD

FRANCISCO NARCISO DE LAPRIDA,
nació en San Juan el 28 de octubre de 1786. Fué presidente de la Asamblea que declaró la Independencia Nacional el 9 de Julio de 1816.



HOMENAJE DE PINI HNOS. & Cía. Lda.

Sintonice todos los dias de 20.30 a 20.45 horas, por L S 10, Radio Callao, al gran actor Tomás Simari, en las creaciones de Porro y Porriño, con libreto de Goicoechea y Cordone, animador Redy, exclusivamente para Pineral, Gran Aperitivo.

